



*Una escuela exclusiva,
una inesperada
romance,
un peligroso secreto...*





Academy 7

Anne Osterlund

Agradecimientos

Agradecemos los grandes esfuerzos realizados por el equipo de traducción y corrección de Purple Rose

Por el excelente trabajo desempeñado en este proyecto.

Moderadora:

❖ Ckony

Recopiladora:

❖ cYeLy DiviNNa

TraductorAs:

❖ Ckony
❖ Anelisse
❖ Dani
❖ Anne Iris Heaven
❖ PaolaS
❖ Jen0303
❖ Sookie 2125
❖ Priici!!
❖ k-mii...88
❖ vamp 29
❖ cuketa lluminosa

CorrectorAs:

❖ Cyely Divinna
❖ Nanis
❖ hojadeluna
❖ neru
❖ obsession

Diseñadora:

❖ Ynexiz





Academy 7

Anne Osterlund





INDICE

SINOPSIS:	5
PROLOGO: "FUGITIVO"	6
CAPITULO UNO "FUEGO"	9
CAPITULO 2: "LA INVITACIÓN"	16
CAPITULO 3: "SOBRE TIERRA SANTA"	29
CAPÍTULO 4: "ENCUENTROS CERCANOS"	39
CAPITULO 5: "COMBATE"	48
CAPITULO 6: "LO INEVITABLE"	55
CAPITULO 7: "EL DELITO"	64
CAPITULO 8: "ACUSACIÓN"	70
CAPITULO 9: "CASTIGO"	79
CAPITULO 10: "EN RIESGO"	88
CAPITULO 11: "OPORTUNIDAD"	95
CAPITULO 12: "TOQUE DE PIEDRA"	106
CAPITULO 13: "CATARATAS CHIVALRY"	114
CAPITULO 14: "NAVIDAD"	127
CAPITULO 15: "PAIN"	143
CAPITULO 16: "NEGACIÓN"	146
CAPÍTULO 17: LA NOCHE	151
CAPITULO 18: "VUELO"	166
CAPITULO 19: "EL HUSO"	172
CAPITULO 20: "SIMULACIÓN"	179
CAPITULO 21: "PERCUSIONES"	194
CAPITULO 22: "COMPROMETIDOS"	198
CAPITULO 23: "LA FUENTE"	207
EPILOGO: "CASTIGO"	211
ANNE OSTERLUND	214



SINOPSIS:

*TRADUCIDA POR: Clarissa Darkness**

CORREGIDA POR: cYeLy DiviNNa

Con un pasado demasiado terrible como para contar, y un sombrío y solitario futuro por delante, Aerin Renning descubre con asombro, que se ha ganado un lugar en la escuela más exclusiva del universo. Aerin sobresale en todo en la Academia 7, excepto en debate, donde Dane Madousin — hijo de uno de los hombres más poderosos de la Alianza — constantemente la sobrepasa. Afortunadamente Aerin lo burla consecuentemente en combate.

Ellos son los mejores de su clase hasta que Dane pone en peligro todo y Aerin es involuntariamente arrastrada con él. Cuando a la pareja se le es dado un castigo en común, una amistad inesperada — y romance — empieza a formarse. Pero Dane y Aerin albergan peligrosos secretos, y los dos están vinculados de formas, que ninguno de ellos jamás podría haber imaginado...



PROLOGO: "FUGITIVO"

TRADUCIDO POR: ckony

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNA

**A**erin trataba de ignorar la mancha de sangre del panel de control de "Fugitivo". El barco de su padre. Y su sangre. Metió la imagen lejos, abandonándola en el pequeño cofre dentro de su mente, para después, cerrar de golpe la tapa. Suficientes recuerdos.

El viejo buque se sacudió como si en el exterior hubiera una turbulencia, pero en la cabina del piloto la ventana mostro solo el vacío espacio de un limpio cielo negro salpicado con estrellas. Aerin reviso el combustible. El dial se mantuvo en la misma posición que había estado cuando ella se lo había quitado horas antes. Al igual que la flecha del monitor a presión. El traqueteo se hizo más intenso, cada pieza de la nave comercial parecía moverse. Las chapas de metal se tambalearon hacia atrás y adelante en los tornillos redondeados. Los cables expuestos temblaban abiertos en la pared y los cordones caían del techo. El mensaje era claro. Ella no iba a hacerlo. No en el siguiente planeta. Ni siquiera en la estación espacial que viene. Si ella era solo capaz de arreglar el computador del barco se podría decir que estaba mal. Pero, aunque el piloto automático funcionaba lo suficientemente bien como para completar el despegue y seguir su curso, la pantalla seguía de un sombrío blanco.

Las precipitadas reparaciones habían comenzado en Vizhan que había sido suficiente tiempo para que la nave destortalada en la tierra, atravesara la atmósfera y en el espacio.

Con una súplica silenciosa, ella encendió la radio. Una luz verde brillaba. Gracias, ella susurro en su mente, subió el volumen con sus dedos agitados. Un suave zumbido se hizo más fuerte. ¡Trabajó! al menos por el sonido parecía que estaba trabajando.

Aerin escribió en código la señal de socorro *bep, bep, bep, beeeeeep beeeeeep beeeeeep bep bep bep*, el código entro en la maquina y comenzó a repetir el mismo mensaje una y otra vez. Con sus pies descalzos se desplomo en la silla. Nada podía hacer ahora. Simplemente mantener a la nave con las coordenadas en el diario de pesca. Sus párpados se hicieron pesados por el



peso del agotamiento. Tal vez sería mejor meterse en una de las literas de la nave, en la de su padre estaba su propia cuna pero ahora era demasiado pequeña incluso para los flacos miembros de su delgado cuerpo de diecisiete años.

Quizás solo debía ir a dormir. Se dejó a la deriva, gracias a que iba a morir libre, aquí en la nave de su padre, como él lo había hecho. Libre del hambre y la violencia de Vizhan. Del terror. *El miedo no es el enemigo. El amor si lo es* recito el mandamiento que la había mantenido con vida los últimos 6 años. Ni su conciencia ni el vibrar del casco del navío permitían su descanso. Estaba sentada allí, ella lo sabía, mirando por la ventana, ajustando las perillas y marcas, la lucha contra esa malhumorada pieza de maquinaria, la mantuvo ocupada hasta que lo logró. Hasta que llegó ayuda o aliento a todo lo que quedaba de su cuerpo.

El tiempo parecía no avanzar. Estando allí no marcaba el paso de las horas y el reloj de la esquina estaba oscuro. Se quitó el reloj y comprobó los pequeños bulbos. Los filamentos estaban negros. Rotos. No era sorpresa. Incluso los objetos más viejos se rompieron durante el accidente. Aerin cayó en su asiento, una vez más con la mirada fija en la distancia. Esperando. La vida o la muerte. Con sus ojos en la ventana. Fue la radio, pensó, eso finalmente le trajo esperanzas. Un crujido y luego una voz a través de la estática. Palabras fundidas saliendo. Irreconocibles. Silabas perdidas en un submundo sin contexto. Se inclinó hacia adelante, rodó la boquilla y llegó de lejos de su mano, un cable cortado. Se lanzó y lo vio golpear la pared, caer en el piso quince pies chocando con la parte trasera de la cabina.

La voz en la radio volvió, tirando lejos la frustración. Las palabras se hicieron más fuertes y más claras — Este es el Enviado, respondiendo a su llamada de socorro. ¿Me escuchas? —el mismo mensaje se repetía una y varias veces. Miro debajo de la radio, sabiendo que debía haber una manera de responder en el código. Pero una vez más callo víctima de su propia ignorancia.

Sin embargo la voz no se dio por vencida. En cambio, el mensaje fue: — Este es el Enviado, en seguimiento de una llamada de socorro, en las coordenadas 09—74—6002. No hay respuesta verbal recibida. Cambio de rumbo para interceptar llamadas.

La voz se desvaneció y Aerin susurro la última frase en voz alta, agarrándose en



la frase *interceptar llamadas*. ¿El buque había venido entonces? ¿Para ayudar? ella espero contando los segundos, con dolor en un sentido de control.

Entonces el Enviado surgió de cientos de metros de negrura de la nariz hasta su cola, su casco oscuro hizo primero su aparición bloqueando la luz de las estrellas de su vista. El navío se fue inclinando hacia ella, con los bordes completamente lisos y una nariz puntiaguda, las alas a los lados, como manchas de plumas en una flecha emplumada. Luego el barco que se balanceaba se encontró derecho en una recta, estrecha. El sensor interior de Aerin astillo terminaciones nerviosas en su cerebro. ¿Que había hecho? ¿Quien la había invitado a su mundo? su corazón se sacudió al mismo ritmo de los paneles en la pared. Estaba atrapada, inmóvil, atrapada en el espectro del miedo.

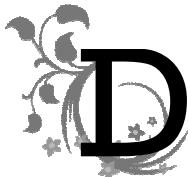




CAPITULO UNO “FUEGO”

TRADUCIDO POR: Dani

CORREGIDO POR: Nanis



Dane Madousin dio un rápido barrido en arco por la atmósfera, probando la velocidad de su nueva aeronave. La máquina de dos pasajeros dejó una huella silenciosa por el cielo azul.

— Preciso —murmuró Dane a la máquina, luego giró las luces del casco de la parte superior hacia abajo.

Su cabeza se dejó caer hacia atrás, su fija mirada descubriendo la superficie del planeta. El enorme follaje de la caballerosidad se expandía por debajo de él: abeto y cicuta, arce y álamo, vegetación teñida de rojos y verdes, dividida de vez en cuando por una franja de azul o, más a menudo, una cama de cala seca. Naturaleza pura, pensó Dane, deseando haber sido asignado antes a este sector.

Estaba harto de la superficie artificial de la base y de los altos rascacielos de la única ciudad del planeta. Aquí es donde estaba la acción, donde las explosiones de vientos calientes de verano se encontraban con la yesca muy reseca y mucho combustible. Las principales condiciones para el fuego.

— ¡Creo que conseguimos algo! —la voz de un chico gritó sobre la radio.

Dane bajó el volumen.

— Bueno, ¿Dónde está? —escuchó decir al jefe de bomberos.

— Cuadrante suroeste —dijo el muchacho— Parecen ser las coordenadas cincuenta y cuatro con sesenta y uno.

Dane levantó su cabeza, sin molestarse en comprobar el mapa fijado en la visera. El sabía que el lugar estaba en su sector.

— Vamos, Gold Dust —él dijo, tirando la boca del avión hacia arriba y registrando las coordenadas.



— ¿Conseguiste eso Madousin? —la voz del jefe vino otra vez sobre la radio.

Dane recogió su micrófono.

— Si, en marcha —dijo. Finalmente. Dos veranos volando viejos batidores con la compañía y nada más emocionante que un incendio en City Park. Entonces esta mañana había cobrado sus ahorros en efectivo por un avión interplanetario, y ahora, en el mismo día, tenía la oportunidad de algo de acción.

No es que los dos estuvieran relacionados. Dane sabía que la única razón por la que él había sido asignado a este sector era por la enorme llama en el noroeste que requirió a todos los luchadores experimentados. Los aviadores bajo los diecisiete años por lo general eran mantenidos al margen y él tenía otras dos semanas antes de cruzarse con ese hecho memorable.

— ¿Qué nivel de fuego vemos? —preguntó el jefe.

— Uhm, en la vista general el humo luce negro y un poco alto —masculló el chico.

Eso era útil. Dane mantuvo su sarcasmo para él. Siendo breve sobre los luchadores, querían decir a la persona que controla los monitores que estaban cerca de no tener entrenamiento.

— ¿Qué tipo de material se está quemando? —dijo el jefe con voz paciente.

— ¿Árboles? —dijo el chico.

— ¿Árboles alrededor de una casa? ¿O una corriente? ¿O un bosque? —preguntó el consejero.

— Un maldito bosque —Dane consiguió su respuesta por la ventana de la cabina del piloto, no por la radio.

Humo negro ondeaba en el aire, demasiado oscuro para una pequeña base de tierra ardiendo. Agarró su micrófono.



— Tengo un incendio forestal soplando hacia el este, al menos nivel tres. —Él mantuvo su voz tranquila como había sido entrenado, pero su mente estaba gritando por dentro.

El estúpido niño que nunca debió dejar esto cerca del nivel tres antes de llamarnos. Esta no era la clase de fuego que podrías omitir sobre la pantalla de tu radar. No si tú pagabas cualquier tipo de atención.

— Cinco aviones en tu radio. ¿Esto va proporcionar suficiente apoyo? — preguntó el jefe.

A esta hora, las cenizas estaban cayendo con fuerza en el parabrisas de Dane, y estaba agradecido por la resistencia al fuego que obstruía el olor del humo y lo protegía de quedar con cicatrices. Por cierto, él podía ver que el fuego estaba fuera de control. Cinco aviones no iban a cortarlo. Ellos aún tendrían suerte si le hacían mella.

— Vamos a necesitar al menos treinta aviones aquí —contestó Dane— Esta cosa tiene cúspide.

— ¿Cúspide? —Por primera vez, la voz del jefe vaciló— ¿Me estás diciendo que las llamas están fuera de las malezas y las hojas ardiendo?

— Varias. Estamos hablando de cientos de abetos y cicutas extendiéndose lejos como el ojo puede ver —Lo que no era toda la extensión, considerando la neblina grisácea que amortiguaba y llenaba el aire.

Hubo un crujido al final de la otra línea, y una nueva voz reemplazó a la del jefe.

— Madousin, sal como el infierno de allí. No tienes la edad para combatir un nivel cuatro.

Dane se agachó para alcanzar el acelerador. La caída de las cenizas se ponía más espesa.

Frunciendo el ceño, miró detenidamente por las ventanas. El humo casi eliminaba su vista ahora. Esta cosa estaba creciendo rápido, y por cómo se veía esto, la zona caliente se acercaba a un desprendimiento rápido.



Cuando comenzó a retroceder, la estática estalló en la radio. Él pensó que escuchó la palabra ayuda pero no pudo distinguir nada más.

— Este es Dane Madousin. No capté lo último. Por favor repita.

— No te confundas —la voz vino del control— Dije que salgas de ahí.

— No —Dane trató de explicar— Pensé que escuché algo más. ¿Hay alguien fuera de ahí? —Más rasguños y nada claro.

Dane echó un vistazo a su radar. Ningún signo de los aviones prometidos de respaldo. Pero algo enviaba una señal, muy débil y no muy lejos, detrás de él.

— Dile al jefe que yo creo que ahí hay alguien...

— Madousin, ¡vuelve aquí ahora! —retumbó el jefe de bomberos.

Dane apagó la radio. Le amainó la velocidad a Gold Dust en movimiento, volviendo por la señal. Cuando el humo se aclaró lo suficiente para descubrir la tierra, buscó por una rotura en la cubierta del árbol. Los espacios querían decir agua o zona de protección alrededor de una estructura artificial. Lo que sea que el radar haya recogido, no era natural, y ninguna zona iba a ser de mucha ayuda ante este fuego.

Saqueó su memoria, intentando recordar si él había visto alguna estructura en el mapa. No, no debería haber ningún edificio aquí. A menos que el mapa...

Entonces lo vio, saliendo desde un lado de las llamas. No un edificio pero una recta tira designando un camino. Un vehículo de tierra rojo oxidado vaciló fuera del humo. No había forma de que ese armatoste, ganara la batalla a las llamas. Un cambio en el viento y la maquina con ruedas sería cubierta por las llamas.

Dane cambió el movimiento de su avión y barrió hacia abajo en una media luna inclinada.

Presionando en el estrecho espacio entre los troncos de los árboles y el vehículo de tierra, Gold Dust se cernió al otro lado de la máquina. Dane le hizo señas al conductor para que se detuviera, pero la neblina era tan gruesa que él



no estaba seguro de que los frenéticos movimientos de su mano pudieran ser vistos. No antes de que el vehículo de tierra traqueteara hasta detenerse.

Tirando hacia delante, Dane dejó caer al avión sobre la comprimida tierra. Ahora en la zona de peligro. Sintió una sacudida de adrenalina cuando deslizó su máscara de oxígeno, entonces con un fluido movimiento, empujó la puerta lateral del piloto y saltó hacia fuera, cayendo seis pies a la superficie del camino.

Un rugido resonante lo empujó al suelo, el sonido del fuego aporreaba la madera. Se arrastró dentro del aire sofocante y buscó el vehículo de tierra. El conductor había dejado su cabina pero parecía haber tenido problemas caminando.

Sus ropas estaban apelmazadas en hollín, y él tropezó, su espalda estaba encorvada, su pecho lo bajó al nivel de su cintura. Inhalando humo.

Dane se apresuró hacia delante, agarró al hombre alrededor de la espalda, y lo arrastró hacia el lado más lejano del avión, dando un paso y una sacudida a la vez. El aire caliente azotaba fuerte en la cara de Dane, un recordatorio de que ellos estaban a merced del viento. Fueron hacia el avión brillante de pintura fresca, su color dorado estaba estropeado con las cenizas que volaban.

Liberando al hombre de su agarre para escalar el costado del avión, Dane tiró la puerta y saltó otra vez al camino.

El hombre había caído a la tierra, su cuerpo sobre su costado, doblado en una pelota apretada.

Luchó para sentarse pero se derrumbó contra la tierra. Dane se agachó para ayudarlo, luego de alguna forma tiró, levanto, y empujó el débil cuerpo sobre el espacio abierto de la puerta del piloto.

Un brazo inclinado cogió la correa de la máscara de oxígeno, sacando la cubierta de posición. El humo acre invadía los pulmones de Dane. Amordazando, él empujó el cuerpo dentro del asiento del pasajero y cerró de golpe la puerta, entonces corrió a toda prisa alrededor de la punta del avión, los dedos desgarraban su máscara pero solo lograban enredar la correa. Se arañó, necesitando sus manos para subir al asiento del piloto.



Después de unos segundos, el avión despegó de la tierra. La cabina del piloto se había llenado de humo, y los ojos de Dane se inflamaron cuando dirigió el avión fuera de la niebla.

Intentó prender la radio pero fue en vano. Sin respuesta, ni siquiera estática.

El radar permaneció en blanco. Esto también estaba fallando o los aviones de respaldo nunca habían llegado.

La tos áspera se repetía en el hombre del otro asiento. El hollín cubría su piel, haciendo la edad y los rasgos faciales difíciles de distinguir, pero el dolor era fácil de leer.

Dane finalmente se sacó de un tirón su máscara y la deslizó alrededor de la cabeza del hombre.

Entonces el puso las coordenadas para el hospital sobre la base y cambió a una velocidad mayor.

¡Zhhzh! Ellos se estaban elevando. Muy, muy por sobre el límite de velocidad, pero al demonio con eso. El pasajero se había desplomado, con su cabeza al revés en un ángulo extraño contra la puerta, y nada decía si todavía estaba respirando.

Las afueras de la ciudad aparecieron a la deriva con formas rectangulares, paredes rectas que indicaban pirámides desarreglando el horizonte. Dane giró a la izquierda, esperando evitar el tráfico y la patrulla de vuelo de la ciudad. Viró alrededor del cerco de la ciudad.

Las estériles estructuras grisáceas verdosas de la Base de las Fuerzas Aéreas se extendían hacia el oeste. Dane llegó dentro del espacio militar sin ser golpeado, tomándose las cosas con calma, con autoridad, cuando él descubrió el hospital descendiendo sobre el apoyo, y aterrizando con una precisión que haría a cualquier piloto encogerse de envidia. Incluso a su padre.

Pero no había tiempo para saborear el momento. Las figuras se precipitaron hacia el avión. Ahora tosiendo, Dane envolvió sus brazos alrededor del pecho del pasajero y bajó el deslucido cuerpo en los brazos extendidos de un médico.



Él descendió para contestar las preguntas, pero un pesado brazo lo empujó contra el costado del avión.

— ¿Dane Madousin? —La áspera voz rechinó en su oreja.

Dane tosió.

— S—Si.

Frío acero se cerró alrededor de sus muñecas.

— Usted está bajo arresto.





CAPITULO 2: “LA INVITACIÓN”

TRADUCIDO POR: K—mii...88

CORREGIDO POR: hojadeluna


La escotilla del compartimiento de Aerin en el “Enviado” se abrió con un frío sonido, como de succión. Ella había estado cuatro semanas a bordo de esta embarcación, y todavía no podía acostumbrarse a ese sonido. Parecía que arañaba en las profundidades de su cerebro.

Ella se puso rígida, pero permaneció sentada sobre el estrecho banco del pequeño camarote personal. No podía ser definido como una habitación, ya que, aparte del banco y del espejo de la pared opuesta, el único mobiliario del compartimiento consistía en una cama plegable que, si hubiera sido abierta, podría ocupar en total seis por cuatro pies de la superficie.

Al elevarse la escotilla, reveló las botas negras, el oscuro uniforme, y la canosa cabeza del capitán. Él cruzó velozmente por debajo de la pequeña entrada sin necesidad de agacharse. Ella sabía mejor ahora, que lo había juzgado por su pequeño tamaño. Sin una ligera personalidad podría haber dirigido el enorme buque y ganarse el respeto de la gran tripulación. Y así lo había hecho. ¿Cómo? Ella no lo sabía, pero había visto la forma en que los hombres y las mujeres a su mando, observaban todos sus movimientos, saltando a obedecer, incluso cuando tenían que poner fin a un viaje importante para responder a una llamada de socorro de un buque de cabotaje accidentado.

Aerin todavía no podía creer que le habían respondido. Ella mantuvo el control de su sombra, esperando a que un látigo cayera o que la cerradura de seguridad se deslizara en su lugar, pero había sido sometida a otra clase de cosas, a una serie de pruebas físicas o mentales a la semana de su llegada. Sin embargo, este podría ser el momento.

Se le puso la piel de gallina.

El capitán esbozó una sonrisa torcida y le entregó una pesada caja blanca, cerrada herméticamente — Llegó un paquete para ti desde el Consejo.

¿Consejo? Su lengua se mantuvo plana en la parte inferior de su boca



mientras ponía la caja en el banco y pasaba sus manos por la lisa superficie del paquete, viendo si podía encontrar alguna apertura. Nada, pero entonces, quizás estaba haciendo algo mal.

El capitán se agachó y sacó un delgado cuchillo de mango negro de su bota.

Ella sintió su pulso acelerarse y retrocedió, golpeando su columna vertebral y sus hombros contra la pared.

Él no reaccionó, excepto para darle la vuelta al mango enfrentándose a ella, y luego lo tendió en su dirección.

Un extenso momento pasó antes de que ella se diera cuenta de que él quería que tomara el cuchillo para poder abrir la caja. Con un movimiento rápido, cogió el arma y se lo aseguró.

El capitán permaneció inmóvil, mirándola.

Con un simple y ágil corte, el paquete se abrió. Sobre el banco, cayó fuera un paquete azul y ropa oscura: botas, pantalones, medias y una remera con botones de ébano (de color negro teñido de oliva o marrón). Un tejido tan fino. Extendió un dedo, tentada a tocar las prendas, pero luego retrocedió.

— Adelante, es tuyo —dijo el capitán, recuperando el cuchillo y volviéndolo a poner en su bota— Es un uniforme común y corriente. Lo que significa que la Alianza te ha puesto en una escuela. —Se asomó a la caja para ver el contenido restante— Una académica, juzgando por el grosor de esos libros —Alzó una ceja mostrando curiosidad mientras le entregaba una carta sellada— También vino esto. Léelo y mira hacia donde te diriges.

Aerin obedeció, pero las palabras escritas no tenían mucho sentido.

Levantando la base de su boca con la lengua, se obligó a ella misma a hablar por primera vez desde que abordó el gigantesco buque, no para decirle el nombre de la escuela que figuraba en la carta, sino para preguntarle una de las cientos de preguntas que golpeaban en su mente:

— ¿Qué es la Alianza?



Los ojos del capitán se ampliaron. Se balanceó sobre los talones de sus botas de charol y por un vertiginoso momento de pánico, Aerin temía que hubiese cometido un grave error. Luego, él se echó a reír, tomando asiento en el borde del banco, a varios pies de distancia. Ella se tensó por la cercanía, pero se obligó a permanecer inmóvil.

— Bueno, es una pregunta difícil. No estoy seguro de haber tenido que contestarla antes, pero además no suelo viajar tan lejos de la frontera.

Ella esperó, incómoda con su risa.

— Supongo que la respuesta más sencilla es decir que la Alianza es el gobierno más grande en el universo— dijo— compuesta por cinco sistemas centrales de estrellas. Los Delegados de cada planeta que es miembro, dirigen al gobierno.

— ¿Los Delegados? —ella preguntó.

— Sí. —Se rascó la cabeza, como si tuviera problemas para decidir cómo explicar. —La gente en el planeta elige a alguien para que los represente. Todos esos habitantes del planeta deben tener algo que decir.

Si todas las personas en Vizhan tuvieran que decidir la elección de sus líderes. Entonces, la vida sería muy diferente.

El capitán continuó, sus curvados dedos daban toquecitos sin descanso sobre el músculo de su muslo. — Por supuesto, hay muchos Delegados que trabajan de forma rápida o sin problemas, por lo tanto, también hay un Consejo formado por cuatro líderes respetados. El Consejo escucha a los delegados y toma decisiones.

— ¿Y qué tiene que ver el Consejo con mi asistencia a la escuela? —ella preguntó.

— La educación es el eje central de la Alianza. De hecho, una de los miembros del Consejo es también la Directora de la Academia 7, la escuela más prestigiosa en el universo.

Aerin levantó la cabeza, pero el capitán siguió hablando, y ahora el golpeteo



de las botas se movía en sincronización con sus inquietos dedos.

— A todos los ciudadanos jóvenes entre dieciséis y diecisiete años se les da la E.I.A., Examen de Ingreso a la Academia. Esa es la prueba que te di después de subir a este buque. No es como cualquier otro examen que hayas tomado, ¿verdad?

— No.

La palabra “prueba” tenía otro significado para ella. Significaba utilizar las habilidades que tenía para sobrevivir. No hacía referencia a resolver problemas y ejecutarlos durante un período de tiempo. Las preguntas con las que ella había luchado del E.I.A., en su mayoría eran los de la apertura. *Nombres de los Padres*: ella había dejado en blanco el de su madre. *Escuelas asistidas*: el capitán la había llenado con las palabras *educación en casa*, aunque él no podía saber que era en parte correcta.

— ¿Para qué sirven los resultados? —ella preguntó.

— Para ponerte en una academia. Hay escuelas por todas partes de la Alianza ahora, además de las siete originales. Los resultados de los exámenes te sitúan en el que más se adapta probablemente a tu nivel de habilidad.

La mente de Aerin daba vueltas. Un gobierno que no sólo permitía a todos aprender, sino que *querían que ellos lo hicieran*? La idea parecía descabellada, pero el capitán no parecía estar bromeando.

Sus ojos eran serios, mirando el diseño teñido en su vincha gris. Había hecho lo suficiente para que ella supiera que él reconocía la marca de Vizhan. Él no podía saber la historia de su pasado, pero entre esa marca y su aspecto andrajoso, debía tener alguna idea de lo que había pasado.

Su mirada cayó sobre la ropa a su lado.

— Debería dejarte para que te las pruebes. —Pero él no se movió. En cambio, miró hacia los libros de texto, luego extendió su mano derecha y la cerró en un puño— Es posible que desees comenzar a estudiar. Como he dicho, los fondos para la educación de la Alianza son para todos sus ciudadanos.



Y entonces ella comprendió lo que este hombre había hecho: le había dado una oportunidad, una única oportunidad de un futuro, en forma de una prueba que ella nunca debería haberse permitido tomar. ¿Podría ella hacer lo que él insinuaba? ¿Pretender ser un ciudadano de un mundo que ella nunca había sabido que existía? ¿Pero qué otra elección tenía? Ella no conocía a nadie, y no tenía ningún lugar para ir. Si esta era su oportunidad, debía tomarla.

Levantó su mentón.

Y él se puso de pie, desplegando su puño contra la superficie lisa de la pared.
— Tienes un mes para prepararte antes de tu llegada. —Él esperó un momento, como si esperara que ella dijera algo, quizás el nombre de la escuela para la cual había sido elegida.

Pero Aerin todavía no estaba lista para compartirlo.

El capitán se dio la vuelta, y la puerta de la escotilla se deslizó, cerrándose detrás de él.

Ella permaneció sentada por un minuto, luego se movió hacia el amplio cristal colgado en la pared. El rostro que vio en el reflejo ya era de una desconocida. Su pelo aclarado por el sol se había oscurecido, sus reflejos naturales de color marrón estaban cepillados, limpios y rectos. Una vez, su piel de color bronce había empalidecido en torno a sus altos pómulos y su barbilla puntiaguda, y aunque su vestido andrajoso revelaba las puntas afiladas de sus hombros, codos y costillas, ya con las comidas a bordo, había empezado a llenar la carne alrededor de sus huesos.

Volvió a mirar la remera, pantalones, y botas negras sobre el banco.

¿Qué persona iba a ser cuando se las pusiera?

Lentamente, sus dedos llegaron a deslizar la vincha gris de su frente. Incluso mientras contemplaba la V teñida en la parte frontal de la vincha, todavía podía sentir su impresión. ¿Realmente podría escapar de su pasado tan fácilmente? ¿Renunciando a ella con harapos?

Luego sus ojos volaron hacia la carta doblada sobre el banco. Ella la recogió y la guardó en la esquina inferior del espejo. ¿Podría quitarse sus memorias y los



últimos seis años de su vida por un futuro poblado con lo desconocido? Nada podría ser peor de lo que ella ya sabía. No quería nada que le recordara a los campos, las plataformas y los láseres. Iba a refregarlos a todos lejos, como la suciedad de sus pies descalzos.

Cuando terminó, no habría ni una sola señal del lugar donde provenía. A excepción de la marca en su hombro, que ahora mostraba barras oscuras donde caía su amplio escote.

Dane se despertó con los violentos chirridos de los barrotes de las celdas deslizándose una y otra vez. Rodó sobre su espalda, mientras que los duros resortes del polvoriento catre se le clavaban en la columna. Le dolían los músculos por haber pasado toda la noche en la estación de policía, y la boca le sabía a humo.

Había soñado con fuego, llamas al rojo vivo lamiendo su rostro y sus cejas, el calor ardiendo en su pecho, el humo sofocando su nariz e impidiendo el paso del aire. El mismo olor ahora llenaba sus poros, su ropa, y el incómodo colchón de la celda.

— Supongo que ayuda tener amigos con mucha influencia. —Una voz burlona lo impulsó a levantarse de la cama. Al otro lado de la puerta, estaba parado un guardia de rostro cetrino, con una amplia sonrisa en sus labios.

— ¿Qué sabes al respecto? —Dane contestó.

El hombre enroscó su mano alrededor de un barrote y sacudió la puerta abriéndola.

— Eres libre —dijo.

Con deliberada lentitud, Dane se paró, frotándose sus nudillos a lo largo de la cara. El hollín, tan oscuro como su cabello, manchó el dorso de sus bronzeados dedos.

— ¿Qué pasa? ¿Ustedes no pueden proporcionarme un jabón para limpiarme? —él estalló, luego pasó por al lado del guardia, dejando una mancha en el piso de cemento, y se deslizó por el pasillo.



La sala de espera lo recibió con una exhibición de fotos de policías engréidos y el aroma de café quemado. Entre la fila de sillas vacías y la recepción, había una figura familiar parada: un encorvado hombre de sesenta años vestido con un traje grasiento y las manos hundidas en los amplios bolsillos.

Dane sonrió.

— No sé —el policía con sobrepeso de la recepción estaba diciendo—. ¿Señor?

— Pete —contestó la figura, descartando la necesidad de un apellido.

— Es contra las normas liberar a un menor de edad a alguien que no sea su padre o su tutor legal. —Los robustos brazos estaban cruzados sobre el abultado estómago, y el policía se recostó en su acolchada silla.

Dane abrió la boca para protestar y decirle que él conocía a Pete de toda su vida. El viejo mecánico le enseñó a volar, lo iba a visitar después de que su padre se fue. Y estuvo ahí para él cuando las cosas se pusieron difíciles. Realmente difíciles.

Sin embargo, Pete levantó una mano, deteniendo su protesta antes de que comenzara, a continuación, se enderezó y le dio al policía una dura mirada.

— Su padre no está en el planeta, como bien sabe. Él no va a regresar de la misión por otras seis semanas. Pero ¡claro!, esperemos. Veamos cómo reacciona cuando se entere de que su hijo estuvo encerrado sin una acusación formal.

— ¿Sin? —Dane comenzó a preguntar.

— Siéntate y cállate —Pete ordenó.

Dane se sentó.

El rostro del policía flameó rojo, su papada sobresalió hacia delante. — Está bien, pero esta es la última vez que hago una excepción—. El hombre volvió a dirigir su mirada a Dane—. ¿Escuchaste eso, Madousin? Aparécete de nuevo aquí después de tu decimoséptimo cumpleaños, y no te daremos otra oportunidad, no importa cuál sea tu apellido.



Dane apretó sus dientes, pero permitió que el agarre firme de Pete lo guiara a través de las sucias puertas de la estación, antes de que pudiera contestarle. El calor del exterior lo atacó. Se golpeó el muslo contra una baranda oxidada y miró con enfado alrededor de la Zona Gris. Nadie más se movía entre el estrecho trío de edificios diseñados tanto para la ciudad como para el uso de la base, y ni una sola aeronave se posaba sobre la vacía plataforma de aterrizaje.

— ¿Y Gold Dust? —Dane preguntó, de repente preocupado por su nueva nave.

— Sabes que fuiste despedido, ¿verdad? —Pete gruñó.

Dane se encogió de hombros. Ser bombero no era precisamente su trabajo de ensueño. Él sabía que no debía soñar. *Pero ¡maldita sea!*, pensó. — Me gané ese avión.

— Está de vuelta en el depósito —dijo Pete—. Estás caminando a casa, y tienes suerte de que la policía no lo confiscara.

— Ellos no tenían ningún derecho. Sabes que no merecía ser...

— Oh, yo sé bien. Sé que te he visto en ese lugar muchas veces. —Pete marchó con su carga a través de la puerta de la cerca alambrada con púas, que separaba la Zona Gris del resto de la Base Militar de Caballería.

— ¿Por qué? ¿Por imprudencia temeraria? —Dane argumentó, sin evitar la mirada a los patrulleros armados que recubrían la cerca—. Vamos, no hay manera de que pudieran hacerlo, no cuando el avión me pertenecía a mí en vez de a la compañía de bomberos.

— Esto no es sobre el avión. —El agarre de Pete apretó el hombro de Dane cuando se dirigían por un estrecho pasillo. A la izquierda se levantaban los altos muros de la instalación de los Aliados de la Fuerza Aérea. Mientras que a la derecha, un partido de béisbol se quedó congelado, sus jóvenes jugadores estaban absortos mirando a la gente que pasaba. Pete ignoró las miradas—. Aún estarías sentado en esa celda si el hombre al que salvaste no hubiera sido un coronel retirado.

— Porque la mayoría de gente que salvan vidas son tratados como criminales.
— El sarcasmo llenó la voz de Dane.



— La mayoría no vuela en una zona caliente después de que le ha sido ordenado salir.

— ¿Y qué si soy unos pocos días menor para luchar contra un nivel cuatro? Vuelo mejor que la mayoría de esos muchachos.

— Pero no para entrar en ese fuego a salvar la vida de alguien —dijo Pete— y lo sabes. Imprudencia temeraria es un término adecuado, aún si los cargos fueran retirados como si no. Deja de intentar matarte, o uno de estos días tendrás éxito.

Quizás, Dane pensó. Había cosas peores. Como vivir bajo el control de su padre.

Una pausa incómoda paró la conversación.

Incluso a temprana hora, la base nunca estaba en silencio. Los gritos del personal, los zumbidos de los motores en funcionamiento, y los pitidos de las señales de tráfico, llenaban el aire. Y la superficie de cemento hizo poco para amortiguar los sonidos o las luces intermitentes de las barreras de seguridad de la torre en el centro de acción. Dane tuvo un flashback de la vida silvestre sobre la que había volado el día anterior y sintió un súbito deseo de escapar. Él lo apartó.

— Espera. —Pete dejó escapar un lento suspiro, los músculos de su cansado rostro se relajaron cuando hundió la mano en su bolsillo y le tendió un sobre—. Esto vino para ti. El ama de llaves me lo dio cuando me detuve a contarle que estaba por ir a buscarte. También vino con un paquete. —El sello de oro le brilló a Dane.

Sin tomar el sobre, comenzó a caminar por el largo borde inclinado de la pista de aterrizaje. Los rayos del sol formaron visiones de charcos profundos flotando en la ancha pista diagonal, y un sólido muro de alambre apareció en primer plano.

Pete se le acercó por detrás, señalando al sobre, — ¿Sabes qué es?

— La carta con mis resultados del E.I.A. —dijo Dane, dando un paso, a



propósito sobre una grieta—. Sólo el Consejo se preocupa lo suficiente sobre el secreto de usar cartas tradicionales.

— ¿Tienes pensado abrirla?

De nuevo los ojos de Dane volaron al sello de seguridad. No podía abrirlo, no podía permitir interesarse. —No.

— ¿Entonces no te importa que lo haga? —Las palabras fueron una petición.

— No es como si una prueba tenga algo que decir sobre mí.

Pete recuperó el contenido del sobre. Sacudió la cabeza ligeramente hacia atrás cuando comenzó a leer a continuación, sus hombros se relajaron y le entregó la carta a Dane. —Si la prueba no vale nada, ¿por qué hacer el esfuerzo de hacerla bien?

El nombre de la escuela se enroscó en el camino a través del sistema de defensa mental de Dane, y tuvo que luchar un momento para recuperar su escudo de desprecio. —Paul —él respondió— cuando él hizo el E.I.A. hace dos años, no pudo obtener un lugar en la Alma Mater de mi Padre.

— Ah. ¿Y la rivalidad entre hermanos es siempre una prioridad para fingir ser estúpido? —Pete dijo.

¡Claro que sí! En toda la vida de Dane, su hermano nunca había fallado en nada, no al menos ante los ojos de su padre. Hasta su rechazo escolar. E incluso entonces, la escuela había sido la culpable. Ese no era el hijo de oro siguiendo los pasos de su padre.

Dane arrojó la carta al suelo y siguió caminando. —No es como si fuera a asistir.

— ¿Qué? —El mecánico se detuvo repentinamente.

— Mi padre odia esa escuela. —Dane le tiró la verdad al viejo hombre.

— Realmente no creo que me deje ir. *Ni siquiera en mil años.*

La ira y la confusión cruzaron el rostro de Pete, y luego desaparecieron,



siendo aplastados por la burla. — ¿Dejarte? ¿Como cuando él te dejó unirte a la compañía de bomberos, o cuando te dejó ganarte un lugar en la cárcel de la base? ¿Desde cuándo haces algo que tu padre quiera? Ni siquiera va estar aquí cuando empieces la escuela. —Pete hizo un firme gesto hacia el papel en el suelo—. Es tu futuro, chico. Es mejor que lo levantes.

Querido Estudiante:

¡Felicitaciones! Ha sido puesto entre los mejores cincuenta alumnos que tomaron los Exámenes de Ingreso a la Academia y, por lo tanto, ha sido seleccionado para unirse a las clases de primer año de la más exclusiva escuela de educación superior en el universo, Academia 7. Su uniforme, el paquete de detalles, y sus libros de texto están incluidos en el paquete adjunto. Por favor, tenga en cuenta que los resultados de su examen solamente proporcionan su entrada al colegio. No le aseguran su capacidad para quedarse.

Atentamente,

Dra. Jane Livinski

Miembro del Consejo y Directora de la Academia 7

La Dra. Livinski volvió a leer la invitación sin firmar que estaba sobre el escritorio de su oficina. Hizo una pausa, pasó una mano sobre el moño que estaba en la parte posterior de su cabeza, y se acomodó las patillas de los anteojos. Luego, con un ligero movimiento, firmó el formulario y apartó el papel.

Ese era la última de ellas. Cincuenta invitaciones. Otra clase completa de primer año.

Cerró su mano derecha fuertemente alrededor de la taza de café, y por un momento se quedó quieta, atreviéndose a que el calor quemara la palma de su mano. El vapor se elevaba de las oscuras profundidades, para luego evaporarse antes de llegar a su cara.

Cincuentas nuevos estudiantes. Otra clase de engreídos e ingenuos de primer año, quienes nunca se han enfrentado a un reto que no pudieran cumplir. Pero algunos de ellos se enfrentarían a uno aquí, de hecho la mitad de ellos. Al menos la mitad.



Porque eso era lo que ella quería. Su mirada voló de regreso hacia la forma definitiva de la carta. La palabra “*Felicitaciones*” parecía mirarla. Ella no habría elegido comenzar la carta de esa manera. Creaba falsas esperanzas. Como si los estudiantes hubieran sido invitados a una fiesta donde había torta de helado y serpentinas de colores. No, la última línea era la favorita de la Dra. Livinski. La que daba la advertencia. Ella había sido bastante clara sobre esa línea con la nueva secretaria. Simplemente no había pensado en hablarle de la primera.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Había firmado la mitad de las formas sin prestarle atención, y en el momento en que había leído una, muchas ya habían sido enviadas por correo. No había nada que hacer en ese sentido, sino enviar las últimas cartas. No les tomaría mucho tiempo a los estudiantes aprender que la Academia 7 no era como preparar un pastel.

Con una leve sonrisa, se enderezó en su dura silla de roble, estirándose. Su chaqueta de tweed de color caoba se tensó con el movimiento, y ella volvió a sumirse en su posición normal. A continuación, centró su mente en la alta pila de archivos de los estudiantes al borde del escritorio.

Su secretaria se había quedado contemplando con asombro esa pila, cuando se enteró de que tendría que escanear todos los datos en los archivos de alta seguridad de la computadora del laboratorio. — Debe ser importante. —le había dicho.

— Son los informes de los resultados. —la Dra. Livinski había contestado.

No era una lectura fascinante. Ella comenzó la ardua tarea, primero ignorando los nombres y clasificando la pila desde la puntuación más baja a la más alta de los exámenes. A continuación, comenzó con el expediente del estudiante con la nota más baja, y así trabajó a su manera con la pila.

Esto le adormecía la mente, gracias a que la Junta de Educación consideraba que los directores debían saber sobre sus nuevos alumnos: fechas de cumpleaños, miembros de la familia, escuelas asistidas. Como si alguna de estas pudiera decirle si los alumnos tendrían éxito, si ellos tendrían la fuerza y la resistencia. Y, lo más importante, la voluntad.



Las horas se prolongaron. En el momento en que llegó a los dos últimos expedientes, la sala de afuera de su oficina estaba a oscuras. Su secretario se había ido hacía más de una hora, y el edificio estaba en silencio. Miró las últimas dos carpetas con el ceño fruncido, y a continuación, se decidió hacerles frente a los dos a la vez y revisarlos.

Movió los dos expedientes uno al lado del otro, abrió las tapas delanteras, y bajó su mirada para leer. Sólo entonces, algo hizo que su actitud calmada cambiara.

Su mano se cerró en torno a su fría taza de café, y por un segundo la habitación parecía que le daba vueltas. ¿Cómo pudo suceder esto? Allí, impreso en tinta negra, estaban los nombres Dane Madousin y Aerin Renning.





CAPITULO 3: “SOBRE TIERRA SANTA”

TRADUCIDO POR: Neru & Alec Lentner

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNA

Ya que Aerin bajó del “Enviado” al planeta en donde se encontraba la Academia, los sonidos de la Ciudad Siete palpitaron alrededor de ella: pequeños aerodeslizadores que pasaban rápidamente a través de la estrecha y torcida calle, vendedores ambulantes que vendían de puerta en puerta mantas con soportes de madera; el sonido de las campanas de la torre del reloj. La ciudad vibraba con lo que parecía ser una rica mezcla de vida moderna y tradición antigua.

Pero la sangre de Aerin corrió helada al ver la pared. El capitán lo había mencionado brevemente en sus direcciones, pero su descripción había estado muy lejos de ser adecuada. La cara pulida de la pared se elevó a la distancia ante ella, levantándose en un círculo arrebador, bloqueando de su vista la escuela que ella sabía que estaba en el centro de la barrera. Y la superficie de la pared era negra. Del color de una mortaja.

De repente, ella no podía sentir ni la invitación en su mano, ni la correa de su bolso sobre su hombro. Ella no podía sentir nada. Excepto una cáscara rígida de carámbano colocada sobre su cuerpo. ¿Ella había escapado al terror de la esclavitud, arriesgando su vida y quizás la de otros, caminando derecho nuevamente al confinamiento?

Ella se forzó a avanzar, rechazando mirar hacia atrás al “Enviado” mientras salía hacia el océano verde cielo con su tripulación y capitán. Por casi ocho semanas, ella había vivido en los cuartos de la gran embarcación, gastando las últimas cuatro en sus libros de texto y todo lo que podía encontrar sobre la Alianza. Y ahora el Enviado se había ido, llevándose consigo los restos del barco de su padre. Otro vínculo con el pasado, había sido cortado.

Diez cuadras de la ciudad desaparecieron bajo sus pies mientras se acercaba a la pared. Un guardia corpulento con una barba desigual estaba en la base de dos puertas enormes. — ¿Invitación? —él exigió. Aerin apretó el papel arrugado.

— Camina a tu izquierda. —dijo el guardia, presionando su peso a una puerta.



Las bisagras crujieron, y se formó una estrecha grieta, bastante grande para que un solo humano se deslizara a través de ella. De alguna manera Aerin lo hizo. Con el ruidoso cierre, sus paredes internas se endurecieron, más fuertes que cualquier estructura de metal.

Nadie se encontró con ella al otro lado, solo una extraña, tranquilidad surrealista. Un fino camino de cemento agrietado seguía hacia delante entrando en un círculo cerrado, luego se dividía en una aguda V. Su mirada siguió el camino derecho hacia un edificio macizo hecho no de metal de la era espacial pero si de piedra desmoronada. El alto arco sobre la entrada cedió sobre la escalera inclinado, y Aerin apenas podía distinguir las palabras “GRAN SALÓN” en un letrero oxidado.

Detrás de la sala, una estructura diferente a todo lo que ella había visto alguna vez se elevaba en el aire. Su tallo delgado, del mismo material negro que el del muro, se elevaba a miles de metros sobre el círculo. En lo alto del tallo estaba equilibrada una figura en forma de diamante, con contorno negro y el centro blanco. En la base del diamante, un enrollado tubo negro se abría paso en un amplio círculo, entonces bajaba en espiral en lazos más y más apretados por quizás unos mil metros. Y la estructura entera se movía, dando vueltas a la izquierda en una rotación constante.

Aerin arrastró lejos su mirada, buscando consuelo en el vertiginoso movimiento. No encontró nada entre el salón y ella, nada más que el camino de acceso y un plano césped verde. El implacable espacio estaba abierto, como los campos de trabajo en Vizhan. Un escalofrío estremeció su torso.

Pero el guardia le había dicho a la izquierda. Sus pies dieron vuelta rápidamente hacia la división de caminos, cruzó al otro camino y se apresuró.

Ella pasó por un hundido edificio de ladrillos, su estómago sonó ligeramente al ver las filas de mesas vacías en la cafetería a través de los vidrios manchados.

Era el jardín, sin embargo, lo que la hizo detener sus pasos. Cada sombra de la espesa vegetación la abrazó: los largos helechos colgaban brotando del suelo; hojas en forma de corazón salían de arbustos y setos; el suave musgo se extendía por el corredor a partir de las colgantes de un árbol. Aquí entre el follaje, ella estaba oculta. Si alguien se acerba por el camino, ella podía ocultarse detrás del manto verde y mirar entre las ramas.



Levantó la palma de la mano hacia un sedoso pétalo rojo y respiró profundamente el olor del polen. Dulce. Y de alguna manera calmante, a pesar de su entorno cerrado. Por primera vez desde su entrada a las tierras del colegio, ella se permitió sentir.

Y pensar. *¿Por qué los jardines estaban tan tranquilos?* Seguramente debe haber otras personas presentes. Pero no había señales de nadie. Ella siguió adelante, impulsada ahora por la curiosidad.

Otro edificio surgió de entre el follaje, éste, como el salón, mostraba señales del paso de los años. De tres pisos de alto, ofreciendo una fachada de ladrillos cubierta de hiedra. Dos alas se extendían al Este y al Oeste, y la puerta principal estaba abierta, apoyada con un pesado bloque.

El sonido de una discusión se escuchaba por la apertura y cortaba la calma. —No puedo entenderte, Yvonne —dijo una voz fría, de mujer madura—. Tú no deberías sentir ninguna obligación de quedarte con solo llevar dos años dentro.

— Y yo pensé que quería que tomara más responsabilidad, madre. —se burló una aguda voz femenina.

— No cites mis palabras como un arma. Tengo en mente la calidad de tu posición. La capacidad de mando cuenta.

— Dudo que necesite el crédito adicional. —Contestó la hija.

— Después de todas esas desgraciadas lecciones privadas que me hizo tomar, estoy obligada a estar entre los mejores estudiantes.

— Espero ciertamente que tú no estés entre ellos. Tú eres una Entera. Nada menos que el mejor será suficiente. Nuestro planeta lleva nuestro nombre de familia, y, como miembro, tú nos representas a todos nosotros.

— Solo porque cada Entera durante los pasados trescientos años haya sido supervisor de cabecera en la Academia 7 no significa que yo debería —se quejó la chica—. Yo preferiría dirigir el comité social.

— Bien, tú no puedes asociarte a cada uno, ahora, ¿cierto?



Aerin subía por la escalera, esperando llegar al lugar correcto. A través de la puerta abierta, ella podía distinguir la esquina de un vestíbulo. Una lámpara de débil luz estaba en el borde de un mostrador y un andrajoso sofá marrón estaba estirado detrás de un pequeño banquillo. En otra parte del cuarto, aún fuera de su vista, la discusión estalló.

— Honestamente, Yvonne —continuó la mujer— la radio anunció la entrada en el espacio local a todo el mundo, tú lo sabes. ¿Por qué todavía estas allí?

— En realidad, madre —el sarcasmo rasgaba a través de la voz de la hija— ¿Me está aconsejando que abandone mis deberes porque algún criminal está por llegar a las tierras de la escuela?

El término criminal provocó un escalofrío a través de la espina dorsal de Aerin. ¿Estaban hablando de ella? Su mente recopiló las leyes que ella había roto en los últimos dos meses, primero huyendo de Vizhan y ahora intentando hacerse pasar como un ciudadano de los Aliados. Sus pensamientos se devolvieron al refugio protector de los jardines, pero ella no podía escapar ahora, no sin previo aviso. Ella había entrado al vestíbulo.

Una exótica joven más o menos de la edad de Aerin estaba sentada, con una pierna cruzada sobre la otra, en la esquina de una mesa. La piel marrón oliva brillaba en su garganta donde ella había fallado en asegurar los dos primeros botones de su uniforme, y los ojos negros de la muchacha brillaban en una reluciente imagen emitida sobre la pared. Su voz bajó a un tono burlón. — ¿No crees que sería mejor que mi primera conversación con él fuera aquí? —Ella enfatizó las últimas dos palabras—. En privado.

La imagen, de una mujer elegante en un esculpido sombrero blanco, abandonó una sonrisa condescendiente. — Oh, querida —dijo, tocando un largo collar de perlas opacas— que ingenua eres. —Los dedos dejaron caer las perlas—. Los jóvenes con su clase de antecedentes no tienen privacidad. Si quieres esperar hasta que él llegue aquí, él ya tendrá alguna compañía. Tú mejor asegúrate de que lo estas conduciendo.

Los negros ojos de la hija dudaron, luego se dirigieron hacia la puerta. Y aterrizaron por primera vez en Aerin. Una expresión aterrada cruzó el rostro de Yvonne mientras ella cerró el dispositivo de plata en su mano. La imagen de la madre se evaporó inmediatamente. Un transmisor personal, Aerin se dio cuenta



mientras miraba fijamente el objeto de plata que había sido mencionado en el manual del estudiante como no permitido en el campus.

Yvonne enterró el dispositivo de comunicación en su bolsillo y depositó una gran cantidad de pelo negro sobre su hombre. —Tú llegarías ahora —dijo, su mirada prohibía cualquier mención del transmisor prohibido.

Aerin sintió una extraña subida de calor a sus mejillas. Ella entre todas las personas no iba a acusar a alguien por romper las reglas.

— ¿Apellido? —Yvonne levantó un portapapeles.

Los dedos de Aerin se clavaron fuertemente en el marco de la puerta astillada. ¿Y si alguien había descubierto de adonde era? ¿Iba ser enviada de vuelta? ¿O castigada? Ella podría dar un nombre falso, pero una mentira llamaría la atención inmediatamente. Además, ella sabía que su nombre real había estado en el examen de ingreso. El capitán debe haber encontrado una manera para que las listas la registraran como ciudadana Aliada, siempre y cuando no pareciera muy difícil. —Renning. —dijo finalmente, diciendo la verdad.

La chica pasó una página. — Tu horario, uniformes adicionales, y designación de grupo deben estar en tu habitación. Aquellos de nosotros en la clase de primer año, nos dividimos en dos grupos debido al mayor número de estudiantes. Las tres clases permanecen aquí: los mayores en la planta baja, los de segundo año en la planta media y los de primer año en la planta superior; chicas en el ala oeste, chicos en el ala este. Los pasillos están abiertos a cualquier persona. El toque de queda es a las diez. —Ella le extendió un sobre.

Aerin tuvo que abandonar su apretón en el marco de la puerta para tomar el sobre sellado.

— Tu habitación es la 307 —continuó Yvonne—. El código de entrada se encuentra dentro del sobre. La seguridad es de alta prioridad por aquí. —Ella des cruzó sus piernas y se levantó—. No hay intercambio de habitaciones. Todos tenemos el mismo espacio reducido. —Una leve sonrisa brilló—. Estoy segura que tú puedes encontrar tu camino.

Y con esto, ella se deslizó por el borde de la mesa y a través de la puerta desapareciendo en una ráfaga de perfume. El olor dulzón y los pasos de salida



se fueron debilitando hasta que Aerin estaba sola de nuevo. Ella cruzó lentamente la habitación, entonces siguió el camino de las escaleras hasta el tercer piso, y entró a un vestíbulo con filas de puertas cerradas. Nada más se movía en el pasillo, ni una voz o una brisa o un trozo de papel. Su garganta se apretó, y ella tenía una imagen de sí misma caminando inconscientemente hacia la ejecución.

Allí. Se detuvo ante una puerta idéntica a las demás a excepción del número 307 grabado en la pintura descascarada. Con los dedos temblando, abrió el sobre en su mano y sacó un trozo de papel pulido. Los números escritos en el eran borrosos para ella, pero ella parpadeó para aclarar su visión y forzando su mano para que no se sacudiera, ella digitó el número en el teclado numérico. La puerta chilló mientras se abría.

Y ella vio su habitación. El verdadero significado de las palabras se hizo evidente al momento que Aerin entró. *¿Reducido?* Era un completo lujo. Una cama se extendía a lo largo de la pared, limpias mantas blancas cubrían el colchón. Entre la cabecera y la pared del fondo había un escritorio de madera y una silla a juego, sin mencionar un ordenador y una pequeña pila de cuadernos. A su derecha había un armario abierto, un estante con lavado incorporado y un grifo de agua. *Lo que habría dado por agua en los concurridos galpones de esclavos en Vizhan!*

Una cadena con un mango colgaba del techo, con la palabra “Tire” grabada al final de mango. Ella obedeció.

Y su corazón se detuvo. La cortina de color beige de la pared del fondo se había levantado para revelar una ventana. *Una ventana!* De ocho metros de ancho. Su bolso de pesados libros de texto se deslizó por su hombro hasta el suelo. Ella tropezó hacia delante, levantó la ventana, y se inclinó hacia los brazos acogedores de un Arce gigante.

El aire fresco rozó su rostro mientras ella admiraba la vista. El alto jardín se extendía bajo ella, un destello de marfil brillaba en el enredado centro. Ella se permitió respirar, entonces lentamente levantó su mirada, un solo pensamiento estropeó su éxtasis. *¿Dónde estaba todo el mundo?*

Dane vio a la multitud desde el aire. Uniformes negros rozaron el borde del pequeño espacio de aterrizaje de la Academia 7 en el extremo sudeste de la



escuela, apenas dentro de la muralla protectora. Una buena protección que le serviría a él. Él tuvo el repentino deseo de hacer nuevas coordenadas y redirigir el Gold Dust en la dirección opuesta.

¿Por qué había dejado a Pete engañarlo con esto? El viejo mecánico lo conocía muy bien, sabía cosas que Dane no quería admitir incluso a sí mismo. Y sabía exactamente como apretar los botones de Dane. Ahora era demasiado tarde para volver atrás. Especialmente con todos los pares de ojos que miraban boquiabiertos.

No es que la muchedumbre fuera una sorpresa, no realmente. Después de un mes de ser maltratado en los diarios aliados, él supuso que una entrada discreta a los terrenos habría dado mucho para hablar, incluso en la escuela que alardea con tener a los jóvenes más inteligentes en el universo.

Renovando su determinación, dirigió la nariz del avión hacia la pista y barriendo su aterrizaje en la pista. Rápido. Limpio. Y derecho dentro del estacionamiento asignado.

Las ruedas tocaron la tierra, y él echó un vistazo por la ventana. Quizás un centenar de cuerpos comenzó su acercamiento, usando todos los mismos atuendos negros. Ningún profesor entonces. Bien, eso era algo.

Dándose un último momento de paz, él cortó la corriente y deslizó una mano sobre el borde rectangular del panel de manejo. —Supongo que esto es todo, Gold Dust. Estas fuera de los límites durante un periodo—. Las coordenadas de vuelo fueron designadas al piloto automático. Dane respiró el olor del cuero recién limpiado y cerró sus ojos, imaginándose rozar una vez más el espacio vacío.

El sordo sonido de botas interrumpió la tranquilidad mientras que los cuerpos formaban un semicírculo alrededor del avión por el lado del piloto. Consideró salir por el otro lado, pero luego descartó la idea.

Apretando la manija de la puerta, él caminó hacia fuera en un pequeño espacio hacia el centro del enjambre que se removía. Murmullos, suspiros y risas se encontraban en el aire. Los estudiantes se empujaban unos a otros, emulando con rodillas y codos para conseguir una mejor vista, presionando hacia delante.



Dane sintió una familiar ola de molestia hervir a fuego lento en su estómago.
Solo ignóralos. No es que no hayas tenido suficiente práctica.

Una joven delgada con la piel marrón oliva se separó del enjambre y se acercó. Ella dio a aquellos detrás de ella una mirada de repremisión, y giro con una sonrisa forzada en su dirección. — Soy Yvonne. —el perfume de ella asaltó su nariz mientras le extendía un sobre—. Traje el código de tu habitación. ¿Puedo ayudarte a encontrar tu camino?

— Eso no es realmente necesario. —Él arrebató el sobre de sus uñas pintadas de verde y caminó libre del perfume. Sus hombros se pusieron rígidos. Ella le envió una mirada arrogante mientras regresaba a la fila de los otros estudiantes. Dane se encogió de hombros. No tenía ni el tiempo ni el deseo de una aventura. Las chicas siempre querían estar muy cerca, para saber demasiado. Especialmente las bonitas. Él pasó a abrir el compartimiento exterior del avión y sacó dos bolsas de equipaje.

La multitud comenzó a tararear, los cuerpos cambiaban de puesto y se presionaban unos contra otros. Para el momento en el que había levantado sus bolsas en sus manos, una estrecha abertura se había formado. Él camino a través de ella, consciente de que se cerraba detrás de él. Entonces, libre del enredo, él salió a través de la pista, en dirección al Norte.

Un grito masculino lo detuvo, chocando con su camino desde detrás de la muchedumbre. — ¡Hey, Madousin! La velocidad de aterrizaje es quince kilómetros por hora. Si lo rompes de nuevo, tú ni siquiera llegarás al final del curso.

La risa de la muchedumbre se elevó, rota por un silencio inmediato mientras Dane bajó sus bolsas y se giró. Con deliberada lentitud, él pasó los ojos sobre el grupo, atreviéndose cada miembro a encontrar su mirada. *¿Quieres mirar fijamente? Bien. Pero, ¿intimidación? Yo no juego ese juego.* Una a una las caras miraron hacia abajo.

Sus manos se estiraron de nuevo para alcanzar las bolsas, y se fue. *Como si hubiera una oportunidad de que terminara el ciclo,* pensó con ironía. Tenía dos semanas y media hasta que su padre lo sacara. Cuando mucho.

La Dra. Livinski tosió mientras entraba al auditorio del Gran Salón. Gracias a



dios que abrir la ceremonia requería solo un podio al frente de la habitación. El único conserje ya había limpiado el piso rayado y las bancas de madera, pero el polvo aun estaba en el aire. La Dra. Livinski temió lo que pasaría si alguien movía la pesada cortina del escenario. Este, como sea, no era el momento de lamentarse por el estado tan triste del presupuesto de limpieza.

Tenía otras prioridades.

Para entonces el salón de afuera debía estar rebosando de estudiantes. Dos de los cuales tenía un interés inusual por ver.

Sentándose en la esquina frontal del lugar, metió sus pies bajo la afilada orilla de la silla y aplano su falda recta y beige sobre sus piernas, luego asintió como consentimiento a que se abrieran las puertas.

Los de tercer año entraron primero, calmados y controlados con las cabezas en alto. Caminaron, no en línea recta sino con un propósito, cada uno o una a su lugar, sin vacilación o prisa. Estaban sentados después de unos momentos. La Dra. Livinski le sonrió a las caras familiares, aquellos jóvenes y jovencitas casi listos para tomar un lugar activo en la alianza.

Lo mismo no se podía decir de los de segundo año, que llegaron pareciendo una brigada con demasiados capitanes y varios casos perdidos. Una jovencita trataba de decirle a cada uno donde sentarse mientras un varón alto alegaba con ella, ambos le fruncieron el ceño a un estudiante que usaba un reloj extraño y un par lentes AV. Algunos rezagados entraron tarde, y la Dra. Livinski se encontró a si misma preguntándose qué miembros de la clase serían capaces de soportar las asignaturas avanzadas del segundo año y a cuales tendrían que mandar a casa con una carta de retiro.

El desorden de los de intermedios no era nada comparado con los de primero. Los nuevos estudiantes llegaron en una extraña multitud de brazos y piernas desgarbados, cabezas que volteaban aquí y allá, voces elevadas con emoción. En lugar de sentarse rápido en las bancas vacías al frente del salón, decidieron desparramarse unos sobre otros intentando encontrar asientos lo más alejados en la parte de atrás y después de haber llegado a los lugares vacíos cambiaban de opinión cambiando posiciones de aquí para allá.

Sin esperanza de reconocer algún nuevo estudiante entre aquel tumulto la Dra.



Livinski se resignó a una espera más larga e inicio rápidamente su camino al podio.

El caos desapareció cuando empezó a hablar, su voz profunda abriéndose camino hasta el final de la habitación. —Este es el año numero 5021 de la Academia 7 —dejo que las palabras quedaran en el aire— estar en esta Escuela no es un privilegio. Es un reto que requiere de trabajo duro y compromiso. Si tienen éxito en graduarse, se marcaran como el futuro de la alianza—.

Un cambio recorrió a sus oyentes. Las piernas desparramadas se encogieron, las gafas desaparecieron bajo una banca, y las miradas llegaron a donde correspondían.

Ella continúo con el clímax del discurso. — Miembros de la clase del primer año, en la extraña oportunidad de que no hayan escuchado , debo poner un punto en claro, cincuenta alumnos de primer año son escogidos para unirse a la Academia 7 cada año, pero el mayor número de plazas abiertas para el segundo año es de 25. Y déjenme asegurarles, que ese número aun no está garantizado. Si regresan o no será determinado completamente por mí. —Un pesado silencio descendió, el peso de sus palabras cayendo sobre cada nuevo estudiante, esperó dejando que el momento se extendiera y se estirara hasta que el silencio mismo se convirtió en parte del reto. Luego agrego— Ahora los presentaré a cada uno. Por favor pónganse de pie cuando diga su nombre.

Los estudiantes hicieron lo que se les pidió. Ninguno de los dos que la Dra. Livinski quería ver hizo nada excepcional. Aerin se sentó rápidamente como si quisiera desaparecer, y Dane, que no podía evitar llamar la atención se paro y sentó mientras mantenía su mirada en la pared, como si esperará que su curiosa audiencia perdiera interés si los ignoraba. La Dra. Livinski dudó seriamente que los engendros de Gregory Madousin o Anthony Renning tuvieran una oportunidad de encajar.



CAPÍTULO 4: "ENCUENTROS CERCANOS"

TRADUCIDO POR: Sookie2125

CORREGIDO POR: obsession

El sol de la Academia apenas se había despejado el horizonte cuando Dane tropezó por las escaleras antes de su primera clase. El mundo era todavía un borrón, y él casi se arrancó el tobillo sobre las medidas desiguales del Gran Salón antes de llegar a la tercera planta. Él frunció el ceño entrando en el fuertemente atestado salón de clases y pasando en por las filas de estudiantes ya arraigados, comprobó el reloj de su muñeca, no era tarde y se movió a través de los escritorios de viejo estilo, hacia una silla vacía.

Ésta se sacudió hacia adelante, tratando de mandarlo de vuelta. Él frunció el ceño a la pata de una silla inclinada y recorrió el lugar buscando otro puesto vacante. No quedó nada, excepto un banco quebrado apoyado contra una pared desnuda. Resignándose a permanecer en ese puesto, bajó su frente hacia la mesa y trató de despejar la bruma de su mente.

El que había programado el debate para temprano en la mañana merecía un viaje a través de un cinturón de asteroides.

— Soy el señor Xioxang.

La voz profunda de un hombre corto a través de la bruma. Dane levantó la cabeza para encontrar unos ojos dorados lagrimeando en su cráneo. Las túnicas rojas del profesor cubrían su marco haciendo imponente al hombre, y una capucha indicaba la nitidez de su rostro. En su mano izquierda, sostenía un lapicero y un cuaderno oscuro.

— ¿Quién me puede decir por qué la Alianza es la más grande nación del universo?

Dane desvió la mirada. Era por esto que él odiaba la escuela. Estaba llena de opiniones presentadas como un hecho. A su alrededor, una masa de manos saltaba en el aire.



Ansiosos novatos desesperados por impresionar al halcón.

Haciendo caso omiso de las manos, Xioxang fue hacia adelante. Sus dedos curvados aterrizaron con un fuerte golpe en la mesa de una de las chicas con uñas pintadas de verde. Ella dejó caer su archivo y le disparó al profesor una mirada ofendida.

— ¿Qué?

Dane la reconoció del día anterior, Sean o Dawn o algo así.

El maestro frunció el ceño. — ¿Tengo que repetir la pregunta, señorita Entera?

Ella dio una mirada sutil en la dirección de Dane, como si estuviera comprobando que estaba escuchando, y luego enderezó los hombros.

— La razón por la que la Alianza es tan grande es debido al manifiesto.

Yvonne. Ese era su nombre.

— ¿Por qué el Manifiesto? —El profesor dijo intrigado—. ¿Cómo puede un documento, hacer grande a una Nación?

No puede, pensó Dane. Es por eso que su pregunta inicial es errónea.

Yvonne frunció los labios cubiertos de brillo.

— No es el documento en sí, sino la misión indicada en el mismo.

— ¿Qué misión? —Xioxang se acercaba a ella.

Se echó su negro cabello sobre su hombro.

— La misión de crear la paz y la estabilidad poniendo cada planeta en la Alianza.

Él gimió interiormente.

El Manifiesto no dice eso. La misión es unificar todos los planetas, no



absorberlos.

Curvó la boca hacia abajo, el maestro hizo una marca nítida en su cuaderno, entonces él golpeó con la palma la lima de uñas abandonada y la partió por la mitad.

Yvonne se puso rígida y abrió la boca como para protestar.

Pero el maestro ya se había ido. Cruzó a la parte posterior de la sala y enfrentó a una simple chica flaca escondida detrás de una cortina de liso cabello castaño y un texto de historia.

— ¿Cómo? —Exigió Xioxang—. ¿Cómo pretende la Alianza una difusión de paz duradera?

Su respuesta fue suave, pero sorprendentemente rápida.

— A través de la igualdad de derechos y gobiernos justos.

Dane frunció el ceño. No es que le desagradasen los ideales del Manifiesto, pero estos eran muy idealistas. Él no podría haber listado el número de veces que el Consejo había evitado el crecimiento.

— El plagio no vale ningún punto en esta clase.

Xioxang levantó su lapicero para hacer otra marca en su cuaderno.

Pero la chica bajó su texto. — Entonces, no estoy de acuerdo con la opinión del autor, Señor.

El lapicero se quedó inmóvil. — ¿Cómo?

Ella se colocó el cabello detrás de la oreja. Los ojos oscuros parecían fuera de su rostro solemne en su mirada penetrante.

— Sí. . . si la Alianza cree en la igualdad de derechos, ¿por qué permite que se produzca esclavitud en los planetas de Nivel X?

Ahora había una pregunta.



El maestro, una vez más levantó su lapicero.

— Eso es un detalle que encajaría mejor en un debate posterior.

— Dudo que los esclavos de los planetas lo vean como un detalle —dijo súbitamente, su voz cada vez era más fuerte.

— La Alianza no puede imponer su código moral en un planeta que no es miembro —dijo Xioxang.

Claro. Como si nunca sucediera.

Los pliegues del uniforme de la chica pasaron por encima de su delgado torso y su piel se tornó en un rojo óxido.

— La Alianza parece haberlo hecho con cualquier número de planetas en toda su historia —Hizo un gesto a su libro de texto.

Dane no estaba aburrido. Su mente se mantenía fija en el argumento.

En vez de admitir la derrota, el profesor cambió su táctica.

— Los planetas del Nivel X son etiquetados como tal, porque sus dirigentes permiten un trato inhumano. Al negarse los planetas, al comercio con la Alianza, el Consejo espera para imponer el cambio.

En la opinión de Dane, fue el argumento más razonable que el profesor había hecho hasta ahora, pero la furia superó la cara de la chica y su postura. Ella se inclinó hacia delante, como un gato, con los codos doblados y las palmas de las manos sobre su escritorio. Como si fuera a salir de su asiento y atacar a su oponente. Su mentón sobresalía, y sus pómulos agudos subrayaban la cólera que hervía en sus ojos color marrón. Por varios momentos, su lengua se estancó, las palabras se derramaron en un apuro.

— ¡Ese tipo de esperanza carece de valor cuando el precio es la vida de miles de niños!

Xioxang dio un paso atrás de las llamas de su ira. Entonces, una extraña sonrisa apareció en sus delgados labios.



Dane conocía esa sonrisa. Era la que llevaba su padre cuando preveía el triunfo. Indispuesto a dejar que el bastardo ganara, Dane se lanzó a la hoguera.

— Señor, ¿no le parece mal que nuestros militares han atacado a Wyan—OT cuando crímenes mucho más graves se producen en los planetas del Nivel X?

Un murmullo viajó por toda la habitación, y algo se rompió desde la dirección de la mesa de Yvonne, probablemente, otra lima de uñas.

La sorpresa se dibujó en la cara del profesor, antes de desaparecer detrás de una respuesta calculada.

— El ejército no ha atacado Wyan—OT, Sr. Madousin, como estoy seguro que usted sabe. Una pequeña fuerza se ha ido para proteger al planeta de la Unión Sindical que se había infiltrado en su gobierno.

— Sospecho que los trescientos soldados Wyan—OT que murieron en el conflicto lo consideraron como un ataque. Y usted acaba de resaltar su pregunta.—Dane asintió con la cabeza hacia la chica enfadada.

— Si la Alianza se fue a proteger a los Wyannese, ¿Por qué no ir para proteger a las miles de víctimas en los planetas de Nivel X?

No hubo respuesta. El argumento quedó estancado, cada participante quieto con los dientes apretados.

Hasta que la campana sonó.

Xioxang caminó hacia el frente de la sala, se volvió de repente, su mirada radical sobre el resto de la clase.

— ¿Qué les parece? —dijo—. ¿Está el señor Madousin en lo cierto? ¿Lo está ella? Su dedo índice señaló a la chica.

— ¿Lo estoy yo?

El silencio se extendía en todas las filas.

— Bueno, es mejor que decidan.



El profesor rompió su cuaderno cerrado.

— Ya que no pasarán esta clase con una cita de un texto, incluso la requerida. Y no pasarán por citarme a mí. Espero que todos los presentes tengan una opinión y la apoyen con una fuerte defensa. Si estamos hablando de Wyanot. O de los planetas de Nivel X. —Hizo una pausa— La clase ha terminado.

Los pensamientos de Dane se tambalearon. ¿Acaso acaba de ser elogiado? Se puso de pie, con ganas de hablar con la niña con vívido temperamento.

Pero ella había huido de la escena.

Su nombre, Dane lo aprendió rápido, era *Aerin Renning*, y aunque ella no era nada resplandeciente a la vista, tenía una mente como una cortadora de Éfeso. Durante Ciencias ella recitó la estructura de un replicador de H₂O, y en Literatura Universal, era la única estudiante en reducir el antiguo poema, "Migración Humana".

Sin embargo, con el señuelo de los alimentos a menos de una hora de distancia, Dane podría haber perdido el interés en ella. Si los acontecimientos en la clase de tecnología no lo hubiesen hecho imposible.

El laboratorio de alta tecnología estaba en el sótano. Y basándose en el semi—desmoronado estado de los otros salones de clase, Dane no se había sorprendido al tener que pasar a través de una franja de telarañas en su camino a través de la puerta. Era evidente que el gobierno de la década rozaba el fondo general en favor de los gastos de la defensa y había cobrado su precio inclusive en la escuela más famosa de la Alianza.

Pero la condición real del salón lo sorprendió. Las paredes de plata brillaban con tiras de datos. Paneles vidriosos cubrían el techo. Hileras de cojines y sillas giratorias alineadas en las mesas: treinta sillas, una para cada uno de los treinta estados del arte de la técnica de computadoras. *Ravens*. Dane las reconoció. El laboratorio de alta tecnología debía ser apoyada por el Consejo.

Un hombre regordete con una túnica de rayas verdes, indicó a los estudiantes que tomaran sus asientos. Su barba estallaba desde su mentón, y sus ojos azules brillaban por encima de su nariz torcida. A juzgar por su sonrisa, él prefería gozar con la reacción de sorpresa de los estudiantes hacia el laboratorio.



Dane notó a Aerin entrar en la habitación, dando unos pasos vacilantes, para luego hundir su atención en una brillante maquina negra. Se deslizó en la silla junto a ella.

— Bienvenidos al laboratorio de alta tecnología de la Academia 7 —dijo el hombre vestido, metiendo sus manos en los grandes bolsillos y balanceándose sobre los talones.

— Yo soy el señor Zaniels y éste es mi dominio. —Él sacó la barbilla en un suave círculo.

— Pueden tener acceso a la base en esta sala —y sólo esta habitación— es la segunda más grande en la Alianza. Su Código de habitación les servirá como contraseña y les dará acceso a cualquier dato que pueda ayudarles con su trabajo escolar.

Quiere decir que el código nos restringirá de ver cosas que no se nos permiten ver.

Dane había oído hablar de la base de datos de la Academia 7. Se suponía que eran archivos de alta seguridad de cada estudiante que alguna vez había pasado por la escuela: los dirigentes, héroes, y los delincuentes. Ni siquiera los militares tenían el control sobre los archivos.

Zaniels continuó, — Si ustedes no han visto este tipo de ordenador, no se preocupen. Cada uno de ustedes está sentado frente a una Raven ZL. La Raven aún no ha tocado el mercado abierto y trabaja un poco diferente en comparación con otras máquinas. Su reto ahora es ser los primeros en recuperar el archivo titulado... —hizo una pausa para dar énfasis— Código de Conducta de la Academia 7.

Un coro de gemidos recibió el nombre. — Si se quedan atascados y no están seguros de qué hacer —continuó Zaniels— intenten algo. Empiecen.

Dane dio un vistazo a la pantalla en blanco delante de él. Él falló al tratar de ganar para demostrar que era propietario de una Raven allí en la base. A su lado, Aerin corría sus manos a lo largo de los bordes de su máquina. Ella sacó un mechón de pelo castaño de entre los dientes, entonces dejó que sus dedos se colocaran sobre el teclado.



— ¿Pasa algo? —Preguntó él.

Sacó el cabello de su boca y lo miró con recelo.

— Se supone que estemos averiguando por nosotros mismos —ella susurró.

Dane se encogió de hombros y bajó la voz en complicidad mientras se inclinaba hacia ella.

— Técnicamente, Zaniels no dijo que no podíamos ayudarnos unos a otros.

Ella se apartó, manteniendo su distancia, pero sus ojos volaban hacia las pantallas de iluminación alrededor de la habitación. Se mordió los labios, luego volvió la cabeza en un rápido movimiento.

— ¿Dónde está el interruptor de encendido?

Él parpadeó. Claro que hay diferencias entre la Raven y otros modelos, pero este no era uno de ellos.

— Ya está encendida. Sólo tienes que escribir "Alianza" como código de entrada.

Él se acercó a su teclado, pero ella le ganó, su cabeza azotó alrededor y sus dedos volaron sobre las teclas. Ella no le dio las gracias.

Furioso por el abrupto desaire, Dane golpeó el código de la entrada en su propia máquina. Él escribió su contraseña, se saltó la introducción, la cual algunos se han tomado el tiempo para descargar, y un puñado de gráficos molestos. Dentro de unos segundos, él estaba en la base de datos, escaneando la interminable lista de archivos. Increíble. Debía haber el doble de datos aquí como en la base.

Allí estaba: el nombre del archivo. Un mensaje apareció listando los tiempos de descarga para el control de seguridad en tres minutos. Echó el asiento de atrás y miró a la computadora de Aerin.

Las palabras de código de conducta brillaron en letras color púrpura brillante en el centro de su pantalla. Él se quedó con la boca abierta.



Algo parecido a una sonrisa tembló en su rostro, lo que no es tan simple. Ella estiró un delgado brazo sobre el teclado y pulsó el botón de Reiniciar.

El enojo sustituyó la impresión.

— ¿Qué piensas que estas... —comenzó a protestar.

— Congélalo —interrumpió ella.

— ¿Qué?

— ¡Cállate y mira!

Ambas manos usurparon su teclado. Unos pocos pasos más adelante y miraba fijamente las palabras púrpura brillante parpadeando en la pantalla. Ni él ni ella habían entrado con su contraseña.

Entendió el palpitar dentro de su pecho. Ella había afectado la seguridad de todo el sistema.

Y ella le mostró cómo hacerlo.





CAPITULO 5: “COMBATE”

TRADUCIDO POR: Anne Iris Heaven & PaolaS

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNa

**A**erin intento bloquear el ensordecedor ruido de la cafetería: los cubiertos golpeando contra los platos, los platos moviéndose contra las bandejas, las bandejas contra las mesas. Las sillas moviéndose contra el suelo. Las cámaras de fotos sonaban en la entrada. Y por encima de todo esto, el choque discordante de cien voces hablando sobre la primera mañana de clases.

Quería salir. Necesitaba salir.

Pero si se iba, alguien podría notarlo. En su lugar, se retiro en su cabeza, elaborando una visión del código de conducta, su lista de tres reglas, girando en la parte de adentro de sus párpados. Cuestión. Compromiso. Esfuerzo. Se aferró a las palabras. Por seis años, su único código de conducta había sido la supervivencia.

Aquí la supervivencia era diferente, las trampas invisibles para el ojo desnudo, oscurecido por lo desconocido. Ella había estado en vilo toda la mañana, segura de que cometería un error.

— Sabes qué hiciste el ridículo hoy. —Una voz aguda confirmó sus temores. Unas uñas pintadas de verde rozaron el lado de la bandeja de Aerin, y una mano marrón oliva se apoyó en el borde mismo de la tabla. Yvonne se inclinó hacia adelante, equilibrando un plato de ensalada en la palma de su mano izquierda—. No es posible que no sepas quien es él —dijo, mordiendo un chile caliente, luego agitando la mano como para enfriar el sabor.

¿Quién es quién? Aerin optó por no responder. Una de las lecciones que había aprendido en Vizhan fue nunca confirmar la acusación de otra persona.

— Realmente no lo sabes, ¿verdad? —La voz de Yvonne brilló con asombro. Inclinándose encima de la mesa, le susurró el nombre— Dane Madousin —y luego se hizo hacia atrás, buscando algún tipo de reacción.



No hubo ninguna. Aerin codificó a través de su base de datos mentales, pero el nombre no significaba nada.

La muchacha hizo un gesto hacia un joven levantando una masa pegajosa de la mesa de postres. Sus mangas recogidas hasta pasados los codos, con una cicatriz blanca en la parte inferior del brazo estropeando el marrón de su bronceado. Pálidas sombras trazaban ligeramente las mejillas y el borde de su mandíbula. Su pelo negro y rizado hasta la mitad de su cuello, y Aerin reconoció la manera en que examinó la habitación con sus ojos, buscando sin que pareciera que lo hacía.

Era el chico del laboratorio de alta tecnología, el que se había ofrecido a ayudarle, dándole una mirada extraña cuando le preguntó cómo había que iniciar la máquina. Como si él supiera que algo andaba mal. Que no pertenecía allí.

— Él es el hijo del general Madousin—. Las palabras de Yvonne llegaron lentamente, con fuerte énfasis—. Miembro del Consejo. Y el jefe de las fuerzas armadas aliadas.

Una punzada ominosa pinchó el estomago de Aerin.

Yvonne continuó: —Durante el debate criticaste a la Alianza por no ahorrar un poco de esclavos o algo, y de hecho el estaba de tu lado—.

Aerin apretó la cuchara en la mano. Los acontecimientos del debate volvieron a ella. Ella no tenía la intención de discutir con el profesor, pero él había rechazado su primera respuesta. Y ella no podía permitirse el lujo de fallar. Él le había hecho enojar tanto, respecto a su pregunta, y a continuación, rechazando a todas las personas en planetas de Nivel X, a todas las víctimas, como si fueran nada. Y luego resultó que el maestro la estaba probando para ver si iba a defender sus puntos de vista. Bueno, ella lo había hecho. Era hermoso el poco bien que le haría a la gente que había dejado atrás.

Yvonne seguía hablando de Dane. — Incluso pretendió criticar la misión Wyan—. Ot cuando todo el mundo sabe que su padre está a cargo de ella.

— ¿Pretendía? —La pregunta se deslizó. Aerin recordaba vagamente a alguien



unirse a su lado del argumento, pero para entonces había estado demasiado alterada para prestar atención.

— Por supuesto. No creías que iba en serio, ¿verdad?

Aerin parpadeó, con las mejillas encendidas. Había estado burlándose de ella entonces, tal vez toda la mañana.

Yvonne levantó la mano para saludar a un grupo de niñas al otro lado del salón, y luego cambió su plato y se mantuvo derecha. — Simplemente pensé que deberías saberlo. — Sus caderas se balanceaban a medida que se alejaba, y el dorso de las uñas pintadas de verde de su mano derecha rozó contra el brazo del joven con que había estado discutiendo

Aerin se encogió y miró a su tazón. El queso se había congelado en la parte superior de la sopa, y el olor de ajo ahora le revolvía el estomago. Todos los meses se había dedicado al estudio, pero le había llevado menos de un día traicionar a su propia ignorancia y convertirse en un objetivo.

— ¿Te importa si me siento?

Miró hacia arriba.

A los ojos de color marrón oscuro de Dane Madousin.

— Ya me iba. — Ella se tambaleó a sus pies, pero golpeó la mesa con la rodilla.

Su bandeja se sacudió, y el vaso de leche cayó de lado, regando el líquido en todo el frente de su uniforme.

Se quedó allí, congelada, con su bandeja todavía en sus manos, la leche goteando por los negros pliegues de su camisa y los pantalones.

— Oh, lo siento —dijo ella, pero entonces maldijo. ¿Por qué pedir perdón cuando le había destruido su mañana entera? enrojecida, pasó junto a él, tratando de ignorar la mirada ardiente de los otros estudiantes. ¡Corre! ¡Sal! la cabeza le gritó, pero se obligó a caminar tranquilamente. De algún modo, dejó la bandeja en el cinturón transportador y se dirigió a través de las puertas de vaivén antes de empezar a correr.



Sus pies golpearon en todo el camino. Corrió a través de los márgenes del jardín y continuó, más y más en el núcleo enmarañado. Al principio, ella estaba corriendo, sin hacer caso de a dónde iba, ni del rasguño de las ramas. Luego, un hilillo de sangre manó en su ojo y la llevó a parar.

Se pasó un dedo a través de la raspadura, decidió que no era nada grave, y se movió en un ritmo más lento, deteniéndose para evitar raíces y ramas que colgaban bajo. Un destello de color blanco brillaba entre los árboles, y por un momento pensó que podría haber dado la vuelta de nuevo a la ruta, pero un murmullo sostenido llegó a sus oídos.

Un escalofrío se deslizó a lo largo de su cuello. Diez pasos y se encontraba de pie en el borde de un círculo blanco pavimentado, de diez pies de ancho. En el centro del círculo se levantaba una columna de agua clara, un arco hacia arriba y hacia afuera, y luego caía en un aerosol de finas gotas.

La fuente actuó como un disparador, liberando la tensión. Los Pies de Aerin cedieron debajo de ella, y su cuerpo cayó al suelo justo fuera del alcance del agua.

Acercó sus rodillas junto a su pecho y bajó la cabeza.

¿Era esto en lo que se había convertido? Una cobarde escondida dentro de un círculo aún más estricto que el Muro. No podía, no podía vivir así. Y ¿de qué estaba huyendo? ¿Del comportamiento grosero de un hombre joven?

Nada en la escuela realmente asustaba. No era este lugar, sino el pensamiento de que era temporal. De que sería enviada de vuelta.

Cerró los ojos y trató de obligarse a alejarse las imágenes de los golpes que había visto dando a fugitivos capturados. Las muertes lentas y dolorosas en bienestar de otros esclavos que se podría considerar en el mismo curso de acción. La sangre. Y los gritos.

Sin embargo, ella había elegido correr ese riesgo. Y ella no iba a dejar que un pequeño error, o una persona, interfirieran con su oportunidad de un futuro. Poniéndose de pie, Aerin se sacudió. Sería tonto pensar que ella podría invertir y cambiar el curso natural de sus sentimientos, pero tendría que intentarlo. Enfrentando un reto a la vez. Empezando con Dane Madousin.



Dane resultaba ser un reto mayor, y Aerin lo había previsto. La instructora de la tarde, la señorita Maya, quien estaba a cargo de la aptitud física y el entrenamiento de combate, hizo pasar a todos los de primer año a través de un riguroso conjunto de pruebas de aptitud en el extremo sur del jardín. Pruebas de velocidad, fuerza y agilidad: correr una corta distancia, una larga, lanzamiento de pesas, subir la red, y saltar a la piscina. Competencias para ver quien lograba más sentadillas en cinco minutos, y más abdominales en cada diez. Subir la cuerda con un tiempo limitado y una carrera de obstáculos.

Sin excepción, Aerin ocupó el segundo lugar en cada una de las pruebas detrás de Dane. Al romper la media tarde, ya no se preocupaba por enfrentar sus temores. Ella solo quería ganarle en algo.

— ¡Paren! —la señorita Maya llamó, chocando sus palmas y soplando un silbato color plata—. ¡Júntense! —El rostro joven de la maestra y el cuerpo pequeño la hacía parecer casi tan joven como los estudiantes, pero su traje de entrenamiento delataba sus músculos tonificados producto del entrenamiento de combate. Nadie desobedecía sus órdenes.

— Muy bien —dijo— todos ustedes han visto lo suficiente como para evaluar las fortalezas y debilidades de sus compañeros de clase. Encuentren un compañero de combate con una estructura y nivel de condición física similar al suyo.

El pelotón se fragmentó, y Aerin trató de alejarse de la muchedumbre, pero un apretado agarre se cerró sobre su hombro. — Su pareja está aquí, Señorita Renning.

La maestra la coloco delante de Dane.

Él arqueó una ceja color negro y tendió una mano para que Aerin la estrechara. Ella se negó, y frunció el ceño ante la sonrisa que se extendió a lo ancho de su rostro. Él de seguro debía pensar que podría derrotarla fácilmente.

En pocos minutos ya se había dividido la clase en parejas. Una vez más la Señorita Maya sopló el silbato. — La persona que está de pie frente a ustedes puede o no, ser su compañero al final del día de hoy. Empezaremos con algunos retos fundamentales, y los re-acomodare de acuerdo a como trabajen. La persona que tienen al frente, será su compañero para el resto del periodo.



— Esto es un combate físico —continuó—. Ustedes puede usar sólo su cuerpo y su entorno. ¡A trabajar!, Señoras y Señores, y traten de derrocar a su pareja en el suelo.

— Sin causar lesiones graves —agregó tardíamente.

Aerin sintió sus nervios tambalearse como estática sobre su piel mientras seguía a Dane al extremo donde se encontraba el grupo. Es sólo una sesión de entrenamiento, se recordó.

Se enfrentaron, su esbelto cuerpo, a apenas cuatro pies de ella. Sus manos descansaban a los lados; sus hombros estaban caídos, relajados. Pero ella había aprendido mucho en las pruebas de aptitud para subestimarlo. Moviéndose a la izquierda, Aerin trató de sentir el suelo bajo sus pies. La hierba anuló la tracción en sus botas, y anhelaba deshacerse de los cordones y deslizarse libre de los pesos de cuero.

Su oponente, sin embargo, se movió con facilidad, también dando vueltas a la izquierda. Ella flexionó su paso para ver si él se pondría en guardia. Él lo hizo. En su propio tiempo, sin arrastrar los pies o perder el estilo. — He estado pensando en hablar contigo —dijo, rompiendo el silencio entre ellos. *Tratando de romper mi concentración*, ella cambio de dirección con ganas de verlo reaccionar. Su rostro se mantuvo en calma mientras se desplaza en sentido contrario, manteniendo su centro en ángulo recto a través de ella, no dejando que lo disuadiera de hablar—. Acerca de lo que hiciste en el laboratorio—.

Sin previo aviso, él dio una vuelta rápida, con el objetivo de darle una patada. Ella dio un paso más de cerca para disminuir su poder y empujar la pierna a distancia con las manos. Él sonrió, saltando de nuevo fuera de su alcance. — En la clase de Zaniels —él continuó— eso fue algo... la manera en que eludiste la contraseña. Nunca he visto a nadie romper una seguridad como esta, de esa manera.

El horror corría por sus hombros como sudor. Había pensado en esquivar la contraseña de acceso directo, no romper las reglas. ¿Era él una amenaza para su permanencia adentro?

En lugar de medir su reacción, sus ojos vieron su cuerpo, con una profundidad intermitente de la oscuridad a la luz, encerrándola en un círculo en la



trayectoria del sol. Cuando él por fin encontró su mirada, sólo tenía una extraña mirada de curiosidad. — ¿No crees que te gustaría compartir en donde aprendiste el truco? — Dio la vuelta a la izquierda, moviéndose en un golpe. Entonces él bloqueo su brazo derecho—. Supongo que no. — Su boca se torció con el humor. ¿Qué era eso? ¿Su manera de entretenerte a sí mismo? Se echó para atrás, lo que lo obligó a hacer el siguiente movimiento. Él se acerco una vez más. Entró con un golpe de lado a su pecho. Esta vez, ella respondió, curvándose alrededor de él, pegando su codo hacia su abdomen. Él tomo distancia. Pero ya ella había aprendido lo que necesitaba saber. Todos sus movimientos eran previsibles: bloqueos, golpes, patadas, todas las cosas que había aprendido de su padre cuando era joven. Antes de Vizhan. Antes de que ella tuviera que luchar por cada comida y se enterara de que la violencia creativa era la única defensa contra la inanición.

Una vez más, esperó que Dane la atacara. Se tomó su tiempo, eligiendo en lugar de pelear, y perder el aliento con más voz. — Tenías un punto esta mañana, en el debate. — ¿No había tenido suficiente placer de ese episodio esta mañana como para usarlo aquí también?

Aerin tiró de las riendas de su temperamento. *Estaba tratando de incitar un movimiento*, se dijo a sí misma. Luego, así fue. Él hizo una rotación rápida y una patada hacia su cadera.

Ella se dejó caer en la tierra, pero utilizó su pie derecho como eje, e hizo girar a su pierna izquierda por debajo de los pies de él. Para su crédito, reaccionó con rapidez, saltando por encima de la pierna. Pero ella ya lo tenía de todos modos. Su salto fue todo en defensa, sin un contrarresto. Él estaba apenas en el aire cuando ella enganchó la rodilla con el interior de su codo y lo jaló hacia adelante. Fuerte. Haciéndolo caer. Sus piernas salían de debajo de él, y su espalda cayó al suelo con un golpe sólido.

Aerin espero, y se agachó a su lado hasta que vio la primera subida y bajada de su pecho.

La sonrisa enloquecedora había desaparecido, reemplazada por algo que ella no podía leer. Se enderezó, y solo cerró un puño en señal de triunfo.



CAPITULO 6: “LO INEVITABLE”

TRADUCIDO POR: dani

CORREGIDO POR: Nanis

Las primeras dos semanas en la Academia le enseñaron a Aerin a luchar sobre con su miedo, al menos durante clases. A pesar del constante temor que ella misma se daba, se forzó a levantar su mano y hablar. Aprovecharía al máximo esta oportunidad y demostraría que ella merecía estar aquí, no importa cuánto tiempo durara esto.

Y demostrándolo ella lo hizo, coherentemente ganando el lugar más alto en las clasificaciones diarias de cada una de las clases de la Academia. Excepto debate.

No es que ella también tratara de liderar ese curso. Pasaba horas registrando la biblioteca y buscando en la red, esperando llenar los profundos agujeros en su conocimiento de generalidades sobre la Alianza y acontecimientos corrientes. Estudió minuciosamente los libros de historia, boletines informativos, y artículos instantáneos. Nada ayudaba.

Porque nada la preparaba para derrotar a Dane Madousin.

Él había ganado cada debate hasta ahora. Y hoy probablemente no sería una excepción. Aerin lo veía desde la esquina de su ojo con irritación. Como siempre, él parecía relajado. La agitación de su bolígrafo contra su silla era el único signo de que siquiera estaba despierto.

El resto de la clase, mientras tanto, esperaba en un duro silencio, ansiosos por la aproximación del anuncio del tema del día. Manos agarrando las esquinas de los escritorios. Dientes mordiendo las uñas. Las miradas se fijaron en el profesor al frente de la sala de clases.

Xioxang también esperó, su infame mirada estaba fija en el bolígrafo de Dane. Durante un momento el traqueteo creció en intensidad, luego vino una abrupta parada. Y el profesor alzó su mirada fija, ahora incluyendo a toda la clase. Aerin odiaba esa mirada, la forma en que esos ojos dorados cavaban dentro de su cráneo. Entrometiéndose.



Finalmente Xioxang anunció el tema, cuidadosamente, como si les presentara a sus estudiantes un tubo con nitroglicerina.

— ¿Ha alcanzado la Alianza su objetivo en Wyan—Ot? — preguntó, luego se deslizó a una esquina.

Otra vez con Wyan—Ot. La acción militar sobre aquel pequeño planeta ya había tomado cuatro periodos de clase.

— Sí —dijo Aerin, no exactamente manteniendo la indiferencia de su voz. —Los militares aliados comenzaron a retirar sus tropas hace unas horas.

Había revisado la red esa mañana y leído las publicaciones más recientes.

— Si —agregó un chico alto quien estaba claramente ansioso de probar que él los había leído también—. Forzamos a los infiltrados fuera del poder. —Una amplia sonrisa se estiró a través de su pálida cara—. Y hemos comenzado a enviar diplomáticos para ayudar a establecer un nuevo gobierno.

Dane, desde luego, abrió su boca. Dos personas con la misma opinión, Aerin pensó sarcásticamente. Él no podía permitir eso.

— Fallo en ver como es válida la ganancia de decidir invadir un planeta —dijo, dejando caer su bolígrafo en su escritorio con un ruido sordo.

— ¿Retiraras eso, Madousin? —El pálido chico hizo un gesto grosero bajo su escritorio—. No fue una invasión.

— Y tú no eres el último trasero de un...

— Suficiente. —Xioxang surgió de su esquina con suficiente tiempo para dar una mirada furiosa en la dirección de Dane. Aunque la voz del profesor era severa, Aerin no podía menos que notar el frágil indicio de una sonrisa al borde de sus labios—. El tema no es si la Alianza estaba en lo correcto enviando soldados a Wyan—Ot, es si el objetivo había sido cumplido.

— No lo ha sido —replicó Dane.

— ¿Cómo puedes decir eso? — discutió Aerin. Ella se sintió demasiado



ignorante para o rechazar o perdonar la acción de la Alianza en el planeta, pero parecía insustancial disminuir el éxito de la misión—. Todo el conflicto duró menos de ocho semanas.

— No estoy diciendo que los militares perdieron. —Dane apoyó su cabeza hacia atrás, inclinando su cara hacia el techo—. Estoy diciendo que no se ha cumplido el objetivo. Y no se va a cumplir. No en alguna batalla menor en Wyan—Ot o algún otro planeta pequeño.

Las protestas de pronto llenaron la habitación. Los otros estudiantes arremetieron dentro de la conversación todos a la vez. Sus sillas rasparon a través del piso, y lanzaban comentarios en la dirección de Dane. Aerin miró alrededor, asustada. ¿Cómo una simple observación podía causar una reacción tan fuerte?

Dane, no parecía ni sorprendido ni perturbado por las protestas. Si había algo, él parecía disfrutarlo. En vez de intentar responder al bombardeo, él esperó que disminuyera, entonces recogió el hilo más cercano del debate.

— Mira, ¿por qué fueron los soldados aliados allí en primer lugar? —él preguntó.

Cuando nadie más respondió, Aerin replicó — Porque el Sindicato trató de asumir el gobierno de Wyan—Ot—.

— Exactamente. El conflicto real es con el Sindicato, no los Wyannese. Todos sabemos que los militares aliados podían derrotar al ejército Wyan. Pero los soldados Wyan no causaron este problema, y al derrotarlos no lo han solucionado.

Él tenía un punto.

Yvonne, con sus cejas arqueadas, giro alrededor de la fila delantera.

— ¿Entonces crees que deberíamos atacar al Sindicato?

— No.



— Madousin, no tienes ningún sentido — dijo el chico pálido. — No puedes decir que el Sindicato es culpable y luego ponerte en contra de atacarlos.

— *¿Él estaba bromeando?* Una cosa que Aerin había aprendido durante las dos semanas pasadas era que Dane podía argumentar contra cualquier cosa desde cualquier lado. Era imposible decir donde estaba parado él realmente.

— Mira —dijo Dane—. El Sindicato es la fuente del problema. Ellos han estado enviando a representantes para convencer a otros planetas de unirlos durante las tres décadas pasadas.

— Espías. —dijo Yvonne.

— Como sea que quieras llamarlos...

— Mis padres dicen que no hay duda sobre cómo llamarlos —ella cortó—. Ellos usan sobornos y chantaje.

— Señorita Entera —interrumpió Xioxang— cuando tus padres se incorporaron a este debate, ellos pudieron hacer sus propios puntos. —Yvonne se puso rígida.

— No hay duda de que los representantes usan prácticas cuestionables — continuó Dane— y que una vez que el planeta se une al Sindicato, el planeta corta todos los lazos a la Alianza.

— Si, si —dijo el chico pálido—. Ninguno de nosotros esta contradiciendo eso, Madousin. Consigue tu punto.

— Tengo dos puntos. Uno es que esto no es nada nuevo. El Sindicato ha estado haciendo esto por tres décadas, y ninguna vez la Alianza ha decidido actuar hasta ahora—.

Él tenía razón. Aerin recordaba haber leído sobre el alarmante crecimiento del Sindicato, especialmente en los últimos dieciséis años, durante los cuales esto se había extendido de uno a tres sistemas solares. Comenzando por un puñado de planetas ricos enfurecidos con las restricciones morales de la alianza contra el comercio, el Sindicato, con sus sombrías prácticas políticas y énfasis en la privacidad, había crecido para ser la nación más grande fuera de la alianza. Y



francamente, ella encontraba complicado encontrar al Consejo por estar preocupado.

— ¿Por qué ahora? —Dane siguió hablando—. ¿Por qué salvar a un planeta como Wyan—Ot cuando no hemos hecho caso del mismo tipo de corrupción en otros veinte o treinta planetas?

— ¿Por qué este planeta está justo fuera del límite aliado? —Supuso Aerin.

Aunque los líderes del Sindicato nunca hubieran amenazado abiertamente, estaba claro que su mayor objetivo era aplastar a la nación que ellos veían como su principal competidor.

— Porque Wyan—Ot es nuestra fuente primaria de ironite —dijo Yvonne—. y no queremos perder el acceso a otro planeta rico en mineral como Mindowan. Nuestros recursos ya son escasos.

Aerin frunció el ceño. En las últimas dos semanas, había aprendido que el metal negro usado para construir la muralla y la torre rotatoria conocida como el eje era llamado ironite, pero hasta ahora ella nunca había asociado la sustancia con el conflicto en Wyan—Ot.

— Todo bien —le dijo el chico pálido a Dane—. Entonces ¿que si queremos proteger nuestro acceso al ironite? Es vital para la construcción de la era espacial. Sin ello perdemos poder económico y, por lo tanto, poder político contra el Sindicato. ¿Desde cuándo es un crimen proteger nuestros recursos?

— No lo es —replicó Dane—. Pero no es la solución al problema real. El Sindicato continúa enviando a sus representantes y todavía rechazan trabajar con nosotros.

— Entonces ¿por qué no perseguir al sindicato?

Aerin sintió un enfriamiento traspasar su cuerpo con el pensamiento de un conflicto armado entre dos naciones más fuertes en el universo.

— Porque —dijo Dane secamente —podríamos morir todos.

La cólera rebotó fuera de las paredes. El salón hirvió con limpia pasión, algo a



lo que Dane no le tomó el crédito suficiente. Ya no estaban las manos levantadas del primer día del debate. Los gritos navegaron hacia él, perdieron su objetivo, y cayeron a torrentes fuera del techo.

Disfrutando del alboroto, él se deslizó en su asiento, tratando de disminuir el contacto entre el respaldo de la silla y su magulladura más reciente. Su fija mirada posándose en el culpable.

Por dieciséis días Aerin Renning había golpeado su parte posterior cada tarde en combate físico. Los moretones no eran nada.

Él podía manejar la tarifa física de la escuela. Lo que lo había sorprendido era lo mental. Había tenido la intención de deslizarse por las restricciones aquí. Esto era una cosa para disminuir cuando él podría haber estado en lo más alto de su clase. Pero era bastante hacer eso cuando alguien más había alzado la mano. Aerin había ganado las mayores puntuaciones en primera ciencia e iluminado las pruebas del año, debido en parte, él sospechaba, a una memoria fotográfica y al hecho que ella parecía vivir en la biblioteca. Pero esto fallaba en explicar su habilidad para analizar. O su rendimiento en tecnología, donde ella los había arruinado a todos. Zaniels la había incluso nombrado su ayudante y dado el código de acceso al preciado laboratorio de tecnología.

No es que Dane no pudiera competir. Él dominaba en debate, así como la mayor parte de las clases exteriores. Pero permanecer en ese nivel era trabajo. Tenía que estudiar, y tuvo que entrenarse; y de todos modos ella seguía aplastándolo en combate físico, una capacidad que absolutamente hizo volar su mente. Con profundo respeto. Aunque él no pudiera parecer lo suficientemente cercano para expresárselo.

Ella había desviado sus tentativas de una conversación personal. De verdad, desde que él la había observado, ella evitaba casi todo el contacto social. Había algo separado en ella. Ella podía conectar pensamiento que incluso los profesores luchaban por ver, citar enormes citas de textos sin notas, y diseccionar temas de un libro con cuidadoso detalle. Pero de tanto en tanto ella fallaría en contestar una simple pregunta o iría silenciosa y vería a sus compañeros con aguda intensidad.

Justo como ahora. ¿Porque ella estaba sentada ahí, silenciosamente luciendo incómoda, cuando alteraron a todos los demás?



Por una fracción de segundo, sus ojos oscuros encontraron a los suyos. Y él luchó con lo que vio ahí. *Admiración?* Si ella estuviera de acuerdo con él, *¿por qué no decirlo?* Ella estaba escondiendo algo. Y él se quedaba sin tiempo para averiguar qué.

— Sr. Madousin —una raspante voz desde el intercomunicador rompió sus pensamientos—. Tiene una llamada en el cuarto de mensaje. —Los otros estudiantes se congelaron. La secretaría nunca interrumpía las clases, seguramente no para anunciar llamadas personales.

A menos que la llamada sea del consejo. Dane sintió una siniestra oscuridad hundirse por su pecho y situarse en su estómago. Su fecha límite había llegado. El había sabido que su Padre regresaría cualquier día. Poniéndose de pie, Dane juntó sus cosas, con la certeza de que no volvería.

Sus compañeros de clase permanecieron en silencio cuando se fue. Como si ellos repentinamente hubiera recordado quien era su padre, algo que ellos habían logrado olvidar durante los minutos pasados.

Dane hizo su camino a través del pasillo. Luchó para abrir una obstinada puerta y subió una estrecha escalera, hundida en la oscuridad. El cuarto de mensaje estaba bajo el alero, un pequeño cuarto sin ventanas. En el otro extremo de la habitación, un sutil brillo marfil emitía la impresión de una pantalla.

Era inútil aplazar lo inevitable. Dane presionó el botón de entrada. Apareció la imagen de su padre, su rígida imagen se alzaba imponente más larga que en la realidad sobre la pared. La pálida piel combinaba con los labios apretados fuertemente. Líneas agudas trazaban la frente lisa, la nariz recta, y la barbilla fuerte. El sonido de respiración siseó sobre los interlocutores. Entonces la figura se reclino hacia delante, justo lo bastante cerca para que el brillo de la fila de medallas sobre su uniforme agudizara dentro de foco.

— ¿Bueno? —La palabra sonó con tensión—. ¿Les diré yo, o lo harás tú?

Dane se sentó en silencio con los hombros caídos contra la pared izquierda, sabiendo que la falta de respeto rechinaría duramente después de dos meses de, si Señores y si Generales. Dejó a su mirada examinar atentamente las esquinas vacías del techo.



— Sugiero que contestes —vino la orden. Él más débil movimiento retrocedió de los ojos de Dane hacia la pantalla. Un golpe de nudillos explotó cuando el dedo índice de su padre presionó contra su pulgar.

— Simplemente espero que tú me digas a quien se supone que le diga qué.

El golpe de nudillos aumentó.

— Deberías informar a la Dra. Livinski inmediatamente.

— ¿Y que se supone que le diga? —Le preguntó Dane, manteniendo su cara en blanco.

El pecho con las medallas se expandió.

— Un hombre admite cuando es culpable de un crimen.

Oh, eso era genial. Dane forzó una sonrisa en su voz cuando finalmente habló en voz alta.

— ¿De qué estoy siendo acusado ahora? ¿Asesinato u homicidio sin premeditación?

— Ambos sabemos que nunca podrías haber ganado limpiamente tu camino de entrada en esta escuela. —Las palabras parecían nitrógeno congelado.

Dane se dio la vuelta, hacia las escaleras.

— Deberás admitir que hiciste trampa en tu prueba de admisión, o lo haré por ti.

Voy a dejar que el General cuestione mi inteligencia por acusarme de hacer trampa en el examen más seguro alguna vez inventado.

— Tú lo harás.

— ¡Me refiero a eso, Daniel! —Las palabras martillaron en la parte de atrás del cuello de Dane—. Y puedes empacar tus bolsos. Te quiero fuera de esta



escuela y de vuelta en Chivalry antes de que mi nave aterrice en cuarenta y ocho horas.

A ciegas Dane golpeó el botón de apagar. No había esperado sentirse así, como si de algún modo él hubiera perdido. *¿Cómo era eso posible?* El había sabido que sería echado de la escuela tan pronto como su padre regresara de Wyan—Ot. El General todavía guardaba rencor contra la Academia, un rencor que se remontaba por motivos desconocidos incluso a antes del rechazo a Paul, el hermano de Dane. Y si no había sido bastante, siempre había la excusa de la desobediencia de Dane. Pero Dane no había esperado esto “ser forzado” a irse bajo una falsa acusación.

Un lento zumbido bajó detrás de él, y la luz del cuarto comenzó a desvanecerse.

No había duda de a quien creería La Directora. Incluso si la Dra. Livinski era colega de su padre en el consejo, ella nunca escucharía las palabras de un delincuente juvenil sobre la de un General.

Un declive de oscuridad descendió sobre los hombros de Dane. Su palma presionó de plano contra la pared; su cuerpo rechazaba cambiar. De vuelta a Chivalry. El no quería pensar sobre qué quería decir eso. La Escuela Militar, era lo más probable. De vuelta bajo el control de su padre.

No había manera de salir, no sin un título de la Academia.

Cuando el pudo finalmente moverse, sus tobillos gritaron, y agudas descargas eléctricas crecieron desde sus muñecas; pero el dolor no importaba, porque él se había decidido. Él nunca podría haber tenido el poder de permanecer en la Academia 7. Pero estaba seguro como el infierno que tenía el poder de decidir cuándo marcharse.



CAPITULO 7: "EL DELITO"

TRADUCIDO POR: Sookie2125

CORREGIDO POR: hojadeluna

El jardín llamo a Aerin, desenroscando su mensaje seductor por las rendijas de la ventana de su dormitorio. *Puedo ocultarte, la noche parecía*

decir, y Aerin salió de la cama para levantar el vaso. Una cálida brisa se precipitó hacia el interior, agitando las mangas de su uniforme arrugado, y un escalofrío maravilloso agitaba las hojas por todos lados. Nubes delgadas vagaron a través de las dos lunas de la Academia. Sin un pensamiento consciente, se asomó a respirar el rico olor del arce. Sus brazos se abrasaron alrededor de una rama extendida y tiró el resto de su cuerpo por la ventana.

El tronco del arce se había cubierto con ramas, y Aerin pronto encontró lugares para colocar sus pies descalzos. Esos pies, duros con callos, que apenas sentía los pinchazos de las ramitas afiladas. *Supongo que debería haberme puesto las botas*, llegó el pensamiento tardío cuando ella miró hacia arriba varios metros hacia la ventana abierta.

Pero el apuro de escaparse se sentía demasiado bien. Descartando la noción, bajo el resto del tronco y se deslizo con facilidad en el suelo. Sus pies se movían con un objetivo, en lo profundo de la maraña del jardín. A pesar de que conscientemente no había previsto abandonar el dormitorio esta noche, su mente se había paseado en este escenario una docena de veces desde su primer avistamiento de las ramas extendidas del arce. Y sabía exactamente a dónde iría desde su primer día de clases.

Tardó quince minutos para encontrar la fuente circular. No porque hubiera tenido problemas para encontrarla sino porque quería disfrutar de la tranquilidad de caminar en medio de la protección del roble y del cedro picante. Para este momento, al menos, nadie sabía dónde estaba. Después de su miedo en el "Fugitivo", Aerin había pensado que nunca quería estar sola otra vez, pero había aprendido que vivir entre extraños podría ser más aislado que el espacio profundo.

La suave canción de la fuente llegó a sus tímpanos y la sacó del borde del



follaje. Se movió a través de pavimento, más y más cerca hasta que la niebla formaba granos húmedos en su nariz y mejillas. *Yo no quiero estar sola.* Pero ¿Cómo puedo evitarlo?

Las otras niñas de primer año parecían agruparse alrededor de Yvonne, quien había puesto en claro desde el principio que Aerin no pertenecía. Había algo terriblemente similar entre la belleza de piel aceitunada y los guardias de Vizhan. Tenía un buen ojo para los puntos débiles de los demás y un instinto asesino.

Luego ahí estaba Dane. Que siempre estaba mirando. Al principio, Aerin temía que él volvería a su destino, pero hoy se había puesto a sí mismo como blanco en el debate. Ella no había entendido lo que él estaba haciendo, desatando las emociones de sus compañeros de clase, hasta que el resto de estudiantes se habían levantado con furia. Y mientras ella no estaba del todo segura si estaba de acuerdo con su argumentación, la forma en que había enfrentado a toda la clase casi había sido... galante.

Para lavarse el pensamiento, llevó una mano tentativa hacia el agua que corría. El frío líquido frío caía sobre sus dedos empapando la manga negra de su uniforme. Aunque la escuela le había dado su ropa de dormir, no podía verse a sí misma usándolas. Estas la hacían sentirse como si no estuviera preparada.

Ella nunca había tenido ropa de dormir de verdad. Sólo una camisa vieja de su padre. Por un momento Aerin se permitió recordar la camisa, la manera en que el suave material solía colgar debajo de sus rodillas y la forma en que olía, a chocolate y caramelo. Al igual que su padre.

¡No! ella apartó el pensamiento y se alejó de la fuente. Sin embargo, la noche ya no podía protegerla, y los recuerdos de su padre escaparon de la caja cerrada de su mente donde los había enterrado. Las imágenes inundaron su cabeza, todo sobre él: levantándola para que pudiera dirigir la nave de comercio; diciéndole largas y exageradas historias, dándole las gracias por arreglar la computadora.

Su cuerpo se estremeció, ahora sentía frío a pesar del aire caliente, y apretó sus ojos fuertemente. Nada podía mantener los sentimientos de las siguientes imágenes: la suavidad del toque de su padre cuando él vendaba un corte, la aspereza de su barba cuando olvidaba afeitarse, la forma en que la hacía



sentirse feliz de estar con él, algo loco cuando le daba órdenes, preocupado cuando se resbalaba en un trance. Pero siempre, siempre segura.

Y entonces la aplastante pérdida del sentido, cuando él se fue. Y ella ya no estaba segura. Y ella no sabía si alguna vez se sentiría segura de nuevo.

Aerin se desplomó, enterrando la cabeza en las manos, apretando los codos en el cemento. Ella no debería, ella no debería, ella no debería.

Pero ella ya había comenzado. Y ya no había nada que hacer sino revivir la muerte de su padre en el accidente: su sangre goteando de la frente en el panel de control de la nave, la inclinación de su cuello torcido, el vacío, en la congelada mirada en sus ojos. Ella se agachó allí por una eternidad, luchando contra sus demonios y no llorar. Ella no había llorado en seis años desde su muerte y no recordaba cómo, pero ella recordaba lo suficiente para mantenerla allí, su cuerpo temblando, por turnos, hasta que un suave resplandor iluminó el cielo y ella podría volver a enterrar ese recuerdo.

Las mangas se habían secado en su piel, y sus párpados pesaban. Aerin trató de levantarse. Sus piernas se acalambraron, sin querer desplegarse. Se echó hacia atrás y estiró cada miembro, de uno en uno, y finalmente se levantó.

Teniendo cuidado para evitar las afiladas piedras y zarzas, ella se abrió paso a través del jardín y de nuevo al antiguo arce. Por encima de ella, carecía de algunos de sus atractivos. Trabajando los dedos para asegurarse de que podían apretar un puño, empezó a ascender.

La subida llevó tres veces más que el descenso. Cada rama parecía capturar su cabello. Su pie resbaló dos veces, y sabía que su cuerpo no estaba respondiendo al trauma de la noche. ¡Como su pie se atrevía a traicionarla!

Con un esfuerzo final, se dejó caer por la ventana abierta y cayó en cuclillas en el suelo del dormitorio. *Al fin.*

El alivio fue de corta duración.

—Ejem. —Un sonido bajo tiro de ella en una posición vertical.

La puerta estaba abierta. Y en la distancia estaba el señor Xioxang, con una



profunda arruga grabada su rostro delgado. Durante unos segundos se quedó quieto, tal vez tan sorprendido como ella. Entonces el ceño agrietado, y una orden dura azoto sucesivamente.

— Usted vendrá conmigo al Gran Salón, Señorita Renning. De inmediato.

¡Briiing! El sonido áspero gritó en el cerebro de Dane. No era su reloj de alarma, no la había colocado.

Dane se dio la vuelta, hundiendo su cabeza bajo la almohada.

Los gritos no disminuyeron. No era un reloj después de todo. ¿Un simulacro de incendio de dormitorio? Él consideró quedarse acostado hasta que el ejercicio se hubiera terminado, pero entonces los recuerdos de sus recientes pesadillas volvieron, humo obstruyendo sus pulmones.

Se cayó de la cama, el suelo golpeó sus rodillas. Más golpes que agregar a los que ya tenía. Él extendió la mano para encender la luz, pero el foco no se encendió. Luchando contra la necesidad de no volver a caer de la cama, se tambaleó a sus pies. Luego varias voces en el pasillo, le llamaron la atención.

— Encierro.

— ¡No puede ser cierto!

— ¡Ellos no pueden!

— Pueden hacerlo y lo...

Pura fuerza de voluntad llevó a Dane cojeando hasta el botón de Salida. Falló en su trabajo. Abrumado de controles, empujó la puerta y miró al exterior.

Una extraña multitud. Otros estudiantes varones abarrotados en este extremo de la sala. Se habían desplazado hacia la escalera, dejando tras de sí una hilera de puertas abiertas, sin embargo, el éxodo había dejado de fluir. Cuerpos desplomados contra las paredes, algunas de ellos vestidos con el uniforme, pero la mayoría, como Dane, en una mezcla al azar de ropa de dormir y piel desnuda.



— ¿Qué está pasando? —gimió.

— Estamos encerrados —fue la respuesta de una voz femenina.

La cabeza de Dane giró en dirección de la voz. En la entrada de la escalera, con su esbelto cuerpo cubriendo la salida, estaba Yvonne Entera. ¿Qué estaba haciendo ella en esta ala?

— ¿Encerrados por qué? —Los pensamientos cruzaron por la mente de Dane, todos ellos perforados en toda una vida en una base militar. ¿Ataque? ¿Invasión?

Pero la joven volcó su cabello sobre su hombro. — Es para la protección del Concejo —dijo— no la nuestra. Alguien irrumpió en el laboratorio de tecnología anoche.

Por supuesto.

— Estamos atrapados aquí —dijo ella— juntos, por culpa de los archivos protegidos de Zaniels. —Se apartó de la puerta y dio un paso en la dirección de Dane, pero su camino fue bloqueado por un muchacho rubio envuelto en una manta.

— ¿Por qué al Consejo le importaría un montón de archivos de la escuela? — Preguntó el chico, que no mostraba ninguna intención de moverse.

Yvonne le dio una mirada sucia. — Todos sabemos que hay más que archivos escolares en la Academia 7. ¿Cuál crees que es el propósito del huso? —Se refería a la torre giratoria color negro—. Realmente no crees que sea únicamente para decoración. ¿Qué mejor lugar tendría el Consejo para el almacenamiento de la información clasificada?

Rumores. Dane esclarizo su cara para no responder a sus reclamos.

Se miro las uñas. — Mis padres dicen que todos debemos estar a la expectativa de espías, en el caso de que el Sindicato envié a alguien aquí para infiltrarse en la Alianza.

Su hábito de citar a sus padres le molestaba. Por lo que él sabía, los Entera habían heredado su posición actual, no la habían obtenido a través de algunos



meritos especiales. Su planeta había sido nombrado después de los de los ancestros de la familia actual, quienes habían financiado su exploración inicial, pero no la completaron por ellos mismos.

— El espía tendría que ser un infierno de un genio para navegar por la entrada del Huso. —dijo el muchacho con la manta—. Incluso los mejores pilotos en el universo lo pensarían dos veces antes de entrar en ese tubo negro que se mueve.

Los murmullos asintiendo llenaban la sala.

— Además —dijo el chico— no veo que tiene que ver el huso con el hurto en el laboratorio de computación.

— Obviamente, el Consejo cree que hay información sensible en la base de datos de la escuela —dijo Yvonne, finalmente, acercándose a él—. Asumo que ellos lo saben. Así que estamos todos encerrados hasta que Zaniels pueda probar que nada se ha comprometido.

— ¿Quieres decir que hasta Livinski rastrearía al culpable? — dijo Dane.

— No. —Yvonne dijo cerrando la brecha que quedaba entre él y ella— La Dra. Livinski ya sabe quien intervino. No hace falta hacer una gran puntuación en el E.I.A. para darse cuenta que sólo un estudiante tenía acceso.

¿Qué se supone que significa eso?

Ella le dio una sonrisa de suficiencia. — Xioxang estuvo aquí esta mañana para arrestarla.

¿Ella?

— ¿Quién? —Exigió Dane, la sospecha fue llenando de frío la boca de su estomago.

— No seas ingenuo. —La esbelta chica curvo sus uñas color rojo sangre sobre su brazo de forma posesiva—. Todos sabemos que estudiante tiene las mejores habilidades en tecnología en el campus. Zaniels incluso le dio un código de acceso al laboratorio.



CAPITULO 8: "ACUSACIÓN"

TRADUCIDO POR: Jen0303

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNA

Aerin no escuchó el clic de la puerta del sótano vacío, pero supo que estaba encerrada. En el piso de cemento, con las paredes blancas y austeras, el techo manchado acercándose hacia adentro, arrastrándose por el magnetismo de su propio miedo. Ella sintió su mente y cuerpo apagado, sus músculos tensos, sus miembros se volvieron rígidos. La débil luz se desmoronó en la oscuridad, la negrura filtrándose bajo la capa interna de su cráneo y en el exterior.

Si Xioxang volvería, ella no lo sabía. Lo que sí conocía era el terror, el terror de ser acorralada. ¿La enviarían de vuelta a Vizhan a la muerte lenta y dolorosa de un fugitivo? ¿O afrontaría la prisión? Aerin sabía poco sobre la justicia legal Aliada, pero ella sabía que la prisión era peor que la muerte. Los propietarios de los esclavos te enviaban ahí si pensaban que estabas ocultando algo. Y los gritos que resonaban desde las celdas eran los gritos de víctimas torturadas. Nadie nunca salió vivo.

Ella debería haber corrido, debería haber evitado ser capturada sin importar el costo, no debería haber seguido a Xioxang hasta el Gran Salón en un inútil estupor. *¿Cuánto sabía él? ¿Podría haber sabido todo antes de llegar a su cuarto?* *¿O su aventura nocturna lo había incitado a comprobar sus antecedentes?* Ninguna respuesta llegó. Solo la oscuridad. Y el conocimiento de que ella estaba atrapada.

El tiempo se convirtió en su enemigo. Ella no pudo sentirlo. O tener una pista. O forzarlo a un penetrable alto. Merodeó implacablemente fuera de su alcance.

Hasta que el sonido de una pelea se arrastró a lo largo de los bordes de su conciencia, entonces cambió. — Deberías pensar en las circunstancias en las que la encontré. — La agudeza de la voz de Xioxang envió un escalofrío bajo la carne de Aerin. Él debería estar montando guardia afuera del cuarto.

— No tengo nada que decir. — La segunda voz vibró bajo tensión —. Si los archivos han sido forzados, la solución está fuera de mis manos —. Aerin no pudo dejar de temblar cuando reconoció al segundo interlocutor: el señor



Zaniels, el único profesor en el que ella casi había confiado. Entonces, él también, sirvió como su carcelero.

La oscuridad la tragó de nuevo. Segundos o minutos o horas pasaron, su cara y pies se entumecieron antes de que el dialogo fuera sacudido atrás en su conciencia.

— Debemos seguir con esto. —dijo Xioxang.

— No podemos. Livinsky quiere encargarse de esto.

— Eso fue antes de que ella comenzara a recibir llamadas de padres enfadados.

Las palabras se deslizaron por el cerebro de Aerin. *Llamadas de enfado*. Todo el mundo lo sabe entonces: los padres, los profesores, los miembros del Consejo.

— Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que esperar. No hace falta ser un experto para cuestionar a alguien. —Xioxang gruñó.

Una glacial voz femenina interrumpió a través de la queja. —Tal vez tu habilidad podría ser empleada arriba sin que me molesten—. La orden interrumpió el diálogo.

— Si, Dra. Livinsky.

— Oh, y señor Xioxang, no más llamadas... de nadie.

Al sonido de pasos alejándose, Aerin se permitió exhalar una pequeña corriente de aire desde sus pulmones. Por lo menos el halcón con su mirada sagaz no estaría presente para su interrogatorio.

Entonces la luz entró con fuerza en el cuarto. Su pecho estaba dando tumbos mientras ella apretaba sus párpados cerrados y presionaba su espalda contra la pared. Sentía un chasquido resbalándose sobre sus tímpanos.

— La lamparita debe estar afuera —dijo la suave voz—. Venga aquí, señorita Renning.

Aerin abrió sus vastos párpados protectores lo suficiente para distinguir



la figura rígida en la entrada. La chaqueta de corte cuadrado, falda recta, y el moño apretado no dejaban lugar a la indulgencia. Los labios presionados juntos con un rastro de disgusto alrededor de los ojos. Por primera vez, Aerin entendió el poder atrás de esta mujer. Como un miembro del Consejo. La Dra. Livinsky podría condenar a una nación entera con una acusación. A ella no le costaría nada condenar a una persona.

— Asumo que sabes por qué estás aquí. —dijo la Directora.

Aerin abrió la mandíbula sin hacer ningún sonido. Una sola palabra podría servir como su propia traición. Idiota, ella se reprendió a sí misma. Ellos ya lo saben. Ella todavía no podía mover la lengua para intentar una defensa para su presencia ilegal en la escuela.

— Ven aquí. —La Directora dijo cada palabra lentamente, entonces arqueó una ceja—. A no ser que prefieras continuar en la oscuridad—.

De algún modo Aerin empujó su cuerpo lejos de la pared. Sus piernas estaban entumecidas estupefactas, y ella se movió hacia adelante. Largos dedos la agarraron por el codo y, para la sorpresa de Aerin, fue llevada no solo afuera del cuarto, sino directo al laboratorio de tecnología.

El zumbido de las computadoras, antes confortable, ahora silbaba alrededor de ella con un zumbido discordante. Ella se estremeció al ver a Zaniels inminente atrás de su computadora personal, con los brazos cruzados delante de su corpulento pecho. La ira estropeaba su usual rostro amable.

Pero la oscura expresión la movió más allá mientras su mirada estaba enfocada en la máquina cercana.

— Alguien entró en los archivos de la Academia la noche pasada—.él dijo— Desde está computadora.

El agarre en la mandíbula de Aerin se aflojó. — ¿No tienes ninguna idea de cómo podría ser llevada a cabo tal hazaña?— preguntó la Directora.

Aerin sintió su boca abrirse. ¿Era por esto que ella estaba aquí? ¿Porque ellos pensaron que ella estaba comprometida con la seguridad de la escuela? Si esto era todo...



Entonces la desesperación demente de la situación la golpeó. Si ella admitiera saber cómo pasar la seguridad, no había nada para hacerlos creer que ella había infringido en el laboratorio, y si ella negara eso, no había nada para convencerlos de que ella estaba diciendo la verdad.

A no ser que ella pudiera probar que alguien había hackeado la computadora. — Yo puedo... —ella intentó hablar—. Yo puedo estar capacitada para descubrir al culpable—.

Zaniels miró a la Directora.

La mirada fue confusa, pero la Dra. Livinsky le dio un lento asentimiento, entonces hizo un gesto brusco hacia una silla vacía. — Por todos los medios. Ella dijo.

Aerin se sentó, con los nervios disparando a lo largo de sus cabellos cortos y bajando a sus brazos. Ella podía rastrear al hacker, pero entonces otra vez, ella no podía. Si él o ella tenían igual habilidad, podría no haber pistas para definir al culpable, y tal vez no igualar el camino para desenredarlo.

Sus dedos se movieron lentamente por el teclado, de detuvieron medio segundo, entonces sortearon la contraseña. El interior de su mente gritaba que ella solo tenía que darles pruebas de su habilidad para entrar.

Pero el riesgo era calculado. Ella no tenía esperanza sin hacerlo, y esta podría ser su única oportunidad para limpiar su nombre, al menos antes de que ellos hicieran una investigación real.

En su lugar, Zaniels gruñó, pero la Dra. Livinsky demandó silencio. Aerin no se animó a darle una mirada a cada uno. Ella no podía permitirse evaluar sus reacciones. Toda su atención se enfocaba en la pantalla y en las pistas reveladas ahí.

Ella no tuvo que mirar demasiado. La trayectoria del hacker se abrió con facilidad. Para su alivio. Y su creciente enfado.

¿El terror que ella tuvo esa mañana había sido debido a nada más que una ridícula travesura? El hacker había entrado a una docena de sitios restringidos



sin ningún intento de enrollar la información o de disfrazar el recorrido. Si ella no estaba equivocada, el había incluso tomado algunas medidas extra para asegurarse de ser capturado.

Y él era un él, de eso ella no tenía duda, tampoco había ninguna pregunta que hacer. Su furia hirvió bajo su piel. ¡Exactamente como él! Para desperdiciar todas sus energías y esfuerzos yendo a ningún lado. Eso era exasperante. Y la cosa más desesperante de todas fue que él de alguna manera la había arrastrado a ella en esto, porque ahí estaba ella, con la prueba directamente debajo de sus dedos, culpable de imprimir toda su ridícula ruta en cuestión de segundos.

Excepto que ella de repente no tenía idea de que decir. Esto no era un crimen, realmente, y había algo exasperante acerca de la manera que el culpable pidió para ser capturado.

Cuando ella finalmente volteo, la directora se había ido. Zaniels, quizás demasiado nervioso para mirar, se había movido a una esquina lejana donde él caminaba sucesivamente. — ¿Hubo suerte? —Él le dio una sonrisa desalentadora.

Su garganta se sintió húmeda, y su estómago se rebeló, pero ella no podía disminuir el horror de la habitación oscura.

Entonces la Dra. Livinsky entró de nuevo en el laboratorio. — Bueno, Señorita Renning, ¿Sabe quien entró en la base de datos? —La voz helada y la calma disfrazada demandaron una respuesta.

Aerin abrió su boca...

Entonces la cerró.

A menos de dos pies atrás de la Directora estaba el misterioso perfil de una forma humana. Y no cualquier humano: con los hombros caídos, las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada al lugar. Ella conocía esa apariencia, la aparentemente relajada postura de Dane Madousin.

Sus ojos oscuros nadaban a la vista y por un interminable momento encontraron los de ella.



Aerin tuvo una repentina visión de él eludiendo la clase de debate completa. Ella la empujó afuera. Ella no le debía nada a él. ¡Nada! Esta mañana de pesadilla era su falta. Él se merecía todo lo que le esperaba y más.

¿Entonces por qué ella no pudo hacerlo? ¿Por qué no pudo decirle a la Dra. Livinsky que el culpable estaba exactamente atrás de ella en ese mismo momento? ¿Por qué él estaba ahí?

La respuesta vino en una irregular memoria, rasgando su camino hasta el pecho de Aerin. Él buscó recordarle a Aerin que si él caía, ella también estaba cayendo, todo porque ella le había enseñado a él aquel estúpido atajo en su primer día de clases. ¿No la había amenazado aquel mismo día?

Ella lo odió. Con pasión.

— Le hice una pregunta, señorita Renning. —La Directora caminó más cerca—. ¿Sabe quien entró aquí la noche pasada? —Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Los ojos de Aerin se encontraron con los de Dane.

— No. —ella dijo.

El silencio abarrotó el espacio entre ellos.

La respuesta en su mirada no fue lo que ella esperaba. Él parpadeó, negó con su cabeza, entonces surcó su frente como si intentara entender algo.

La respuesta de la directora sonó con sarcasmo. — ¿Estás segura?

— Ahora espera un minuto —dijo Zaniels—. Ella está respondiendo lo que le preguntamos. Si dice que no sabe quien fue, ella no sabe...

— Ella lo sabe. —la Dra. Livinski dijo bruscamente—. Madousin confesó tres minutos antes, y de acuerdo a esa confesión, la señorita Renning le mostró como eludir la contraseña algunas semanas antes. No estoy segura que es lo que encuentro más reprendible, un estudiante que irrumpió en propiedad de la Escuela, o uno que miente para cubrir su parte en esto.



— Confesó? Aerin miró a Dane en shock. Eso no tenía sentido.

— Escuchen, yo no... esto no es lo que yo... esto no es culpa de Aerin. —Dane luchó con las palabras, algo que ella nunca vio que hiciera en dos semanas de debate—. Ella no tiene nada que ver con esto. No pueden expulsarla solo porque...

— ¿Expulsar? —La Directora dio un repentino giro—. Oh, créame, Señor Madousin, ninguno de los dos se irá tan fácil.

La luz en el transmisor de la doctora Livinski estuvo parpadeando hasta una hora después de que ella regresó a su oficina. Rojo. La señal del Consejo. Un interrogatorio finalizado. Ahora es hora del segundo. Ella cerró la puerta y arrojó sombras negras en las paredes de cristal. La visibilidad no la salvaría de esa conversación. De mala gana, ella bajó las luces, después apretó el botón entrar.

La imagen del General Gregory Madousin apareció sobre una sombra, su chaqueta militar luciendo cada medalla que tenía, incluyendo la más reciente ganada en Wyan—Ot. — Jane. —él dijo, con su rostro oscuro—. Nuestros colegas me informaron sobre lo que pasó—.

— Está todo bajo control. —ella replicó, con las puntas de sus dedos apoyadas en su escritorio—. Ninguno de los archivos de los que estabas preocupado fueron abiertos.

— No puedes saberlo.

Actualmente, ella podía. Ella había estado perfectamente consciente del hecho diez minutos antes de sentarse en la computadora de Zaniels. Pero eso no había preguntado al joven culpable que había eludido el código de seguridad, el descubrimiento de cual había sido el propósito atrás de su investigación. Ella cayó en su silla sin romper el contacto visual. —Nosotros tenemos las huellas del camino completo tomado por el hacker—.

— Quiero que el culpable sea arrestado. —Su pecho se infló.

— Puedo asegurarte que acá habrá consecuencias. —La Doctora Livinski chapoteó la urgencia de decirle que su propio hijo era el culpable. Ella tenía



una firme política acerca de encargarse de la disciplina de la escuela ella misma. Además, ella gastó mucho más tiempo del necesario en el transmisor con Dane discutiendo con su padre la noche anterior.

Por el momento, sin embargo, la atención del General estaba puesta sobre alguien más. Su voz era un comando. — Quiero cada archivo relacionado con el traidor trasferido.

Se enfureció. Ella sabía que esto podía pasar. El traidor había estado en el corazón de la venganza de Gregory por más de quince años. — Ya tienes los archivos—. ella dijo, cuadrando sus hombros—. No voy a cambiar los documentos de la Escuela.

— Esto es un asunto político.

Esto es personal, ella pensó, y tú y yo lo sabemos. — Los archivos de la Escuela están bajo mi jurisdicción—. Sus dedos buscaron el borde de su escritorio. Ella no iba a dejarlo tomar el control de la Academia 7.

— Y mi hijo es mío. —La imagen del transmisor se volvió borrosa.

— No mientras él está asistiendo a mi escuela. —Ella no iba a tener esta conversación de nuevo, después de cuatro horas de eso la noche anterior. Cuando la imagen se volvió nítida, él abrió su boca, pero ella lo interrumpió—. Te enviaré el escaneo del rastro, Gregory. —Y ella cortó la conexión.

Su mano apretada estaba sobre el transmisor apagado. *Padres sobre protectores: siempre haciendo lo posible para quitarme la educación de sus hijos.* Ya, ella había desaprovechado una hora esa mañana calmando la angustia de la Señora Whole, aunque como la mujer sabía acerca del bloqueo que había sido un misterio antes de la confesión que ella había ignorado las normas de la escuela dándole a su hija un transmisor personal. Pronto para ser confiscado, antes de que el episodio entero se convirtiera en materia de documentos públicos. Afortunadamente, reflexionando, la señora Whole había estado demasiado ansiosa por recibir las noticias del bloqueo, y con esto su propio engaño, fue hecho público para la prensa.

Entonces, la Doctora Livinski empujó el transmisor de la oficina por su escritorio... ahí estaba Gregory Madousin. Ella sabía que él le tenía rencor, y



ella no podía echarle toda la culpa por eso, pero eso no era una razón para que su hijo perdiera la oportunidad de asistir a la mejor Escuela del universo. O para hacer la ridícula reclamación de que Dane había hecho trampa en el E.I.A. Cualquier padre que había negado el logro de sus hijos con el fin de ganar una discusión era terrible.

Aunque Dane ciertamente había hecho lo posible para probar el punto de su padre.

Ella suspiró y empujó su silla. Probablemente debería expulsar al chico.
¡Pero Gregory habría amado eso!

Y también está la chica. De algún modo tan pronto como Zaniels había mencionado a su ayudante, la Doctora Livinski supo que Aerin podría estar enredada en el lío. La decisión de interrogarla había probado ser efectiva, aunque no en la forma que la Directora había anticipado. Ella ya había identificado a Dane como el culpable y había esperado totalmente que la chica lo delatara, después de explicar como el chico había logrado su hazaña. Pero había sido Dane quien había confesado.

La expulsión no era la respuesta. La doctora Livinski miró la ahora clara, inmóvil luz en el transmisor. Una pequeña sonrisa arrugó sus labios. Esos dos estudiantes estaban yendo a trabajar cada pizca de estrés que habían creado para ella ese día. Y tal vez, solo tal vez, si ellos gastaran algún tiempo, juntos, ellos podrían terminar la cruzada de Gregory contra el traidor. Aunque Dios la ayudare cuando el General descubriera que ella estaba albergando a Aerin Renning.





CAPITULO 9: “CASTIGO”

TRADUCIDO POR: Sookie2125

CORREGIDO POR: Obsession

Los humos de los productos de limpieza hacían picar los ojos de Dane. La Dra. Livinski vio los trapos implicados en el castigo, cubos de metal, agua y amoníaco. Una gran cantidad de amoníaco. Envolvió sus dedos alrededor de la fina manija del cubo y lanzó los cubos de vapor por la escalera estrecha del ático.

— Está a su izquierda. —La voz de Xioxang llamó desde abajo, apuñalando la espalda de Dane—. Justo antes de llegar a la sala de mensajes. No, a tu izquierda.

Dane miró en la oscuridad, tratando de localizar el botón de entrada. Si no le hubieran dicho, nunca habría sabido que había algo aquí, excepto la sala de mensajes. El peso en sus manos cortaba sus dedos, y sólo estaba amaneciendo para él por lo que no iba a ser capaz de empujar un botón, incluso si él encontrara uno, cuando Aerin, cargando una torre de trapos, barrió a su alrededor y golpeó la pared. Y lo que debe haber sido el botón. Un chillido duro llenó el aire.

Entonces estalló el polvo. Dane tosió, el movimiento causó que el agua caliente se desbordase del cubo, quemándole un muslo. Él maldijo en voz baja.

Aerin dio un paso adelante, un flujo tenue de luz iluminó su perfil.

Él parpadeó, sorprendido por la visión. Su cabello brillaba pasando sus hombros. Aunque todavía recto y con aspecto de un ratón marrón, las largas trenzas ya no eran flexibles. Y los brazos y piernas delgados que había observado en la primera clase de la mañana habían de alguna forma perdido su nitidez. El ritmo exigente de la Academia 7 debería haber mejorado en ella. O las exigencias físicas golpeándole el trasero todos los días.

— Muévete, Madousin. —fue la dura orden desde abajo.

Dane tropezó hacia adelante en una pequeña habitación llena de estantes,



polvorientos. Agradeciendo renunciar a los cubos en el piso, se frotó los dedos doloridos con los pulgares.

— Limpien. —Xioxang de repente estaba en la puerta—. Livinski quiere que todos los pedazos de recuerdos brillen.

¿Recuerdos? Dane miró las estanterías. Efectivamente, bajo el polvo, placas agrietadas luchaban por espacio con los trofeos corroídos.

— ¿Qué te pasa, Madousin? —dijo el profesor retándolo—. ¿Nunca aprendiste a realizar trabajo físico?

Dane no se molestó en responder. Dos horas diarias de labor para un futuro previsible eran menos Purgatorio que un indulto.

Lo que él no podía entender era por qué diablos no había llegado para él. Su padre no habría renunciado a tirar a su hijo de la escuela. Tampoco el General había cambiado de opinión. La única explicación que Dane podría concebir del porque todavía estaba aquí era que la Dra. Livinski había bloqueado la petición de su padre para la eliminación de... ella se había negado a dejar salir a Dane porque ella quería imponer su propia versión de castigo. Como miembro del Consejo encargado de la educación, ella tenía ese poder. Sin embargo, Dane nunca había conocido a nadie que...

Aerin interrumpió sus pensamientos mientras pasaba por delante de él por segunda vez, sin hablar. Ella envolvió un trapo alrededor de un asa del cubo y cogió el pesado cubo con su contenido humeante. En cuestión de segundos había escalado la cima de una escalera y comenzó fregando los trofeos.

Xioxang arqueó una ceja. — Al menos uno de ustedes sabe cómo trabajar. —Él arrancó una placa de un estante cercano y lo puso en manos de Dane—. Manténgase ocupado, Madousin. Vuelvo en dos horas.

Con un nudo en el estómago, Dane se quedó inmóvil, mirando la foto en el sórdido premio antiguo. Entonces, descartando la placa, cuadró los hombros y miró hacia arriba a la figura en equilibrio sobre la escalera. Tal vez no le importaría este castigo, pero el mandato que Aerin había recibido también mordía su conciencia.





Ella no merecía estar aquí. El momento en que la Directora le había pedido que quién era el culpable volvió a él. Aerin debía haber sabido que él era culpable. Él había dejado una estela como un meteoro en llamas. Pero ella no lo delató, y, en el proceso, ella había borrado todo su concepto de valentía.

— Escucha —su voz raspaba sobre la palabra. ¿Qué podía decirle? Que había permitido que su deseo de venganza tuviera prioridad sobre todo lo demás, incluyendo a su reputación. Por supuesto, él nunca había querido involucrarla, pero él podría haberse dado cuenta de la posibilidad si se hubiera tomado el tiempo para pensar. Después de la acusación de su padre, nada más había entrado en la mente de Dane. No podía decirle eso. O explicarle. Podría utilizar nada más que el totalmente inadecuado— Lo siento.

La única respuesta fue el sonido implacable del agua que goteaba del cubo.

Para Aerin, las primeras cinco semanas de trabajo en equipo fueron definidas por el silencio. La intención de ella era castigar a Dane. Por haberla arrastrando en su estúpida broma, por arriesgar su futuro, y por no haber siquiera intentar dar una explicación. Su disculpa pomposa en la sala de trofeos del primer día había mostrado poco más que arrepentimiento. Él no tenía ni idea del horror que había experimentado en ese sótano vacío o lo que casi le había costado. Y no podía decírselo. Así que ella lo castigó, negándose a hablar con él fuera de clase.

De vuelta a Vizhan, el silencio había sido su refugio, un lugar donde podría ir, en donde nadie podía derrotarla, pero algo había cambiado. Su participación en el crimen, como los otros estudiantes se referían al incidente de laboratorio de alta tecnología, la había colocado en un ángulo recto en el centro de la fábrica de chismes de la Escuela. El resto de los estudiantes la miraban ahora con miradas cautelosas. Yvonne y su estrecha camarilla de punto bajaban los caminos y curvas de Aerin en semicírculos como si fuera un gigante. En las comidas, convencieron a otros para evitar su mesa. La barrera que Aerin había construido para protegerse a sí misma se había expandido más allá de su control, y los susurros y la risa ahogada herida.

Le llevó una semana admitir que le importaba.

Le tomó otras cuatro antes de que ella se diera cuenta de que el castigo a Dane estaba haciendo que los asuntos empeoraran. Las dos horas que pasaba todos



los días a su lado lavando, sacudiendo el polvo, pintando, podando, y haciendo tres veces la cantidad de trabajo que realizaba, se había convertido en una verdadera tortura. Su negativa a hablar no parecía molestarle a él en absoluto. O disuadirlo de hablarle. Una y otra vez, él aullaba, quejándose de todo: el piso era demasiado duro, la pintura demasiado diluida, las tijeras de podar demasiado oxidadas. Él nunca se detenía.

Sin embargo, ella se aferró a la seguridad del silencio. Hasta el día en que Xioxang ordenó a Dane y a Aerin lavar las ventanas exteriores del Gran Salón. Con cubos en las manos, se dirigieron con precaución al frente del edificio hacia el lado sur. Normalmente esta sección del césped estaba sola después de clases, pero con los exámenes de otoño que se avecinaban, las horas de tiro para los hombres de clase se habían prolongado. Tiros dispersos sobre el campo, y un número de estudiantes mayores se reunieron cerca, escogiendo láseres.

La ligera brisa se volvió helada en el pecho de Aerin mientras miraba a las brillantes armas de fuego compactas. Todos los nervios de su cuerpo reaccionaron a esas armas, y los barriles que habían seguido todos sus movimientos en los campos de Vizhan.

Delante de ella, un niño levantó su láser como si fuera parte de la mano, apunto al blanco, y disparó. *¡Pow!*

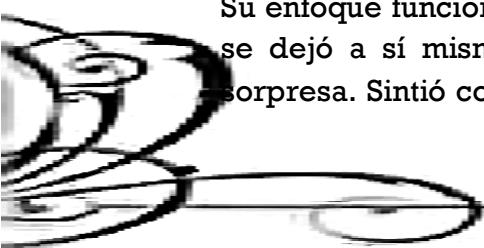
El sonido atravesó la carne Aerin y ella saltó.

Alguien le tocó el codo, y ella se apartó, balanceando un instintivo revés.

Dane lo esquivó, dejando caer el cubo y enviándole una mirada extraña. Luego se encogió de hombros como si renunciara al tratar de comprenderla y procedió a seguir.

Aerin le siguió, clavándole una mirada entre sus omóplatos. Trató de bloquear el sonido de los disparos mientras hizo su camino a lo largo del borde del campo de prácticas.

Su enfoque funcionó, tal vez demasiado bien, porque cuando Dane se detuvo y se dejó a sí misma buscar en otra parte, la masiva estructura la tomó por sorpresa. Sintió como caí su mandíbula mientras contemplaba el andamiaje de





las finas y oxidadas tuberías juntas que se extienden junto a la piedra del edificio como un hongo no deseado.

Su mirada sorprendida debe haber ahuyentado su aprehensión.

Dane dio otro paso, agarró uno de los postes de esquina, y le dio una sacudida. Una lluvia de pedacitos de pintura y tierra descendieron.

Varías líneas fruncieron su ceño. — Ridículo —murmuró, luego haciendo caso omiso de su evaluación y la escalera incorporada, él envolvió las manos alrededor del poste y comenzó a escalarlo. Literalmente él subió su cuerpo a treinta pies en el aire, luego cayó como un gato en la plataforma más alta.

— Supongo que si morimos— le gritó —no tendremos que terminar de lavar las ventanas.

Aerin sentía una cierta envidia. La frialdad de la cara de Dane ante el peligro puso sus propios intentos de subterfugio a la vergüenza. Su brillo de admiración se desvaneció rápidamente, sin embargo, cuando se dio cuenta él no tenía su cubo.

Ella giró y miró de nuevo alrededor de la esquina. El viejo cubo de metal esperaba, abandonado, en el otro lado del campo de prácticas.

¡Pow! ¡Pow! ¡Pow! Una nueva lluvia de disparos láser.

Aerin se apoderó del poste de su lado. *Olvídate del exceso de agua. La mía es suficiente.* Ella estaba temblando.

— ¿Miedo a las alturas? —La pregunta vino de arriba. Dane estaba sobre su estómago, su pecho y hombros colgando sobre el borde de la plataforma.

Idiota. Recogió su auto—control, sopesó su propio cubo, y empezó a subir la escalera lo más rápido posible. Al llegar arriba, exhaló su cubo en la plataforma con un golpe contundente.

— ¡Cuidado! —Advirtió Dane, y agregó— Es posible que deseas permanecer en los lados. El centro parece débil.



Ella tomó el crujido de la madera como confirmación y se puso a trabajar sin una palabra. Las cinco ventanas en este nivel estaban cubiertas con un espesor de tierra. Las lavó, pero no sin un músculo de brazo y hombro.

Sumergiendo el mismo trapo en el cubo, Dane también comenzó a fregar, lanzando una serie de quejas contra el gobierno aliado por permitir que la escuela cayera en tal descuido. — “La educación, la columna vertebral de la Alianza, no es otra cosa que mi trasero” —él gruñó, burlándose de la línea que Aerin había escuchado decir por primera vez al capitán del Enviado y aprendido desde entonces era una popular cita política—. Si el gobierno realmente valorara la educación, ¿cree que estaríamos poniendo en peligro nuestras vidas para lavar algunas ventanas?

Dane no era nada si no dramático, ella pensó.

— Honestamente —continuó— si tuvieran que reorientar la mitad de los fondos desperdiciados en Wyan—OT, ninguna de las Academias tendrían que elegir entre buenos docentes y un personal de limpieza. —Hundió su trapo en el cubo y salpicó la preciosa agua sobre la plataforma.

Hablando de residuos. Aerin miró a Dane. ¿Cómo podía quejarse él de la financiación mientras que él estaba antes vestido de pies a cabeza con su uniforme libre de la escuela?

Ella trató de callarlo, pero el fuego de láser que se mantenía por debajo trituraba su concentración, arrastrándola a donde no quería ir, en los recuerdos que ella no quería tener, que nunca había querido tener, y que nunca había realmente logrado desterrar: el niño que había visto baleado por lanzar un saco de grano, la mujer que había trabajado con hombres que tenían la mitad de su edad y había sido asesinada en su septuagésimo cumpleaños, el guardia que había presionado el cañón del láser en la cabeza Aerin y le ordenó decirle cuándo.

Ella tenía frío. El viento aquí era más fuerte que en el suelo, y el silbido a lo largo de las tuberías le recordaba aquellos lejanos gritos. Sus manos desnudas estaban heladas, y aunque las metió de nuevo en el agua caliente, siempre temblaban.

Y entonces una ondeada de fuego de láser envió a todo su cuerpo un espasmo.



— ¡Maldita sea! —Dane gritó, su voz la regresó al presente. El agua cubrió la plataforma y se filtraba a través de las grietas.

Vagamente, Aerin señaló el cubo caído. Ella debió darle vuelta. La vergüenza se apoderó de su cuerpo, y luego estalló en un ataque a la defensiva. —¡Bueno, ve y recupera tu cubo!— Replicó ella.

La miró, con los ojos brillantes. — ¡Hablas! —dijo.

Sólo entonces se dio cuenta de que acababa de romper su silencio. — Eso — respondió ella— estoy harta de hacer tu parte del trabajo—. La repentina posibilidad de una discusión canalizó su energía y le permitió concentrarse en algo distinto de la práctica de tiro de abajo.

— Bueno, seguramente tú haces algo más que tu parte de hacer un desastre.

Ella balbuceó, luego dio rienda suelta a una corriente de maldiciones. — Ni siquiera estaría aquí si no fuera por el lío en que me has puesto. ¡Eres un snob perezoso, egoísta y terco!

— ¿Soy terco? Tú eres la que ha estado lavando en silencio durante semanas. Uno se pregunta si eres un humano.

— ¡Tú! —Ella agregó un término descriptivo y lanzó su trapo contra él.

Él lo evadió.

Ambos vieron la tela azul navegando a diez metros por el aire hacia la tierra en la hierba. Respiraron sin palabras por un minuto. Entonces, un sonido estruendoso salió de su garganta. Por un segundo, ella pensó que él podría haberle rugido, pero el tono había cambiado. Se desplazó hacia arriba, y luego estalló en carcajadas inesperadas.

No tenía ningún sentido. No tenía derecho a reírse de ella.

Bien... ella había elegido un momento extraño para explotar con él, ya que ella había derribado el cubo. Y era bastante infantil para lanzar el trapo. Y... en realidad...





Él tenía todo el derecho a reírse de ella.

Ella se lanzó contra una ventana, sin saber cómo responder.

Él se dejó caer en una esquina, levantó su trapo, y le dio un tiro a medias en su dirección. Este falló. Esto produjo una nueva ola de risas, y él requirió otro minuto para ganar el control de sí mismo. Luego, enjugando una lágrima de su ojo, dijo: —Yo creo que he sido llamado un montón de cosas, pero no un snob egoísta—.

Se dio cuenta de que él dejó fuera el término terco.

— Bueno, lo eres. —fue su respuesta—. Siempre estás argumentando en contra de la Alianza y del Consejo, y de tu propio padre. Tú no tienes derecho a hacerlo.

— ¿Perdón? —La risa se deslizó de su cara.

— Tú lo tienes todo: belleza, dinero, libertad, la oportunidad de una buena educación.

— ¿Cómo...

Ella se apartó de la pared, no iba a escuchar sus excusas. — ¿Tienes alguna idea de cuántas personas en este universo no comparten esos lujos? Nadie te pone en peligro. Nadie cuestiona tu derecho a existir. Tienes un futuro y la oportunidad de aprender en la mejor Escuela en el universo. —La pasión estaba en su voz ahora—. ¡Y no te importa! ¡No te importa nada!

— Eso no es...

— Tú lo arriesgaste todo, tú futuro y el mío, ¡por nada más que una broma estúpida!

Ella se detuvo, el pecho le palpitaba.

Sólo entonces ella había tomado el sentido de sus palabras. La emoción barría la cara de Dane: la sorpresa, una actitud defensiva, la ira. Y algo más, algo que no entendía.



— ¿Qué sabes tú de mí, Aerin? —Dijo, en voz baja. Luego se acercó—. Ni siquiera eres de la Alianza... ¿lo eres?

Las palabras fueron como un fragmento de meteorito sumergiéndose en su corazón. Su vida aquí, su lugar en la escuela, todo se basaba en el mito de que ella era un ciudadano. Y a pesar de sí misma, ella había comenzado a pensar que podría tener éxito. La energía se drenó desde su pecho a sus extremidades. Un hormigueo comenzó en sus dedos, y ella no podía quedarse allí, no podía enfrentarse a la acusación que acababa de aniquilar sus sueños.

Así que ella hizo lo que siempre hacía, sin pensamiento o contemplación. Se dirigió hacia la escalera, a continuación atravesó el borde, y bajo, su sangre golpeaba en sus oídos. Ella necesitaba escapar. Nada más importaba en la confusión de su mundo. Nada más existía.

Hasta que el fuego láser se disparó.

¡Pow! El sonido atravesó su pecho.

Su pie resbaló. Ella perdió el equilibrio, y sus dedos comenzaron a pelar los peldaños.

Sin embargo, un fuerte agarre de repente apretó su mano izquierda. Ella miró hacia los dedos alrededor de los suyos, los nudillos blancos, la piel agrietada, y unas venas azules.

Él no dijo nada, sólo esperó a que ella recuperara su equilibrio. Entonces la dejó ir.





CAPITULO 10: "EN RIESGO"

TRADUCIDO POR: priisci!

CORREGIDO POR: Nanis

Ella huyó, claro. Todas las posibilidades para que dejara de correr desaparecieron, desatándose un lío tan fino como un pedazo de hierro. Sus pensamientos estaban en guerra entre sí. ¿Cómo había descubierto que ella no era de la Alianza, sin importar el secreto y el silencio, y ahora después de todo este tiempo? De haberlo sabido antes lo hubiese usado en su contra.

¿O lo haría? Si hace un momento en el andamiaje la estaba amenazando, ¿Por qué la atrapo cuando se resbala? Nadie en Vizhan habría hecho algo así. Los guardias se habrían reído de su propia fragilidad, y ninguno de los esclavos se hubiese arriesgado. Demostrar empatía o amor era darle a los guardias poder. Poder sobre ti.

Esta era la Alianza. Cualquier ser humano decente. Pero ella no veía a Dane como alguien decente, no desde ese primer día en la cafetería cuando se convirtió en su enemigo. No había pensado en ese día en mucho tiempo. Acababa de seguir adelante, tenía su enfoque en el futuro y en derrotar a Dane.

Por algo que Yvonne había dicho. Sobre sus burlas durante el combate con Aerin. De hecho, la esencia de los argumentos de Yvonne solo quería dejar claro que lo que dijo nunca fue con intención de criticar la Alianza de su padre en el Consejo.

¡Qué ridículo! Dane es hasta ahora, el crítico más franco de la Alianza. Hace menos de media hora, Aerin, lo había acusado de no valorar la libertad que tenía aquí.

Redujo la velocidad de sus pasos y presionó su cabeza en la rugosa corteza de un árbol. El primer día de clases y había sido un peón, asustada de todo, y después de solo una conversación, había juzgado rápidamente a un joven que no conocía. ¿No había eso sido parte de la discusión? Dane diciéndole que no sabía nada sobre él. Si, justo antes de que la amenazara.

Y tratará de salvarla.

Incluso ahora podía sentir la intensidad del agarre de Dane. De haber caído ese agarre la hubiese detenido. Había sido así de fuerte, así de feroz. No había sido



cortes de ninguna manera. Había apretado sus nudillos de una forma muy dolorosa, y la había levantado.

Quizás no quiso amenazarla.

O, quizás sí. Debería hacer sus maletas y tomar el primer vuelo fuera del planeta.

Pero no tenía adonde ir y mucho menos ganas de seguir huyendo.

Dane sabía que lo había echado a perder. Podía imaginar a Aerin cuando salió del andamiaje hace media hora, su cara sin color como el de un pájaro blanco a la luz de la luna. ¡Ella empezó a hablar! Durante 5 semanas trabajo a su lado sin escuchar más que “Por favor pásame la cubeta de agua” y ahora se había ido, su naturaleza contradictoria corría hacia la vanguardia. En un momento era fuego, y después volaba.

El no se arrepentía de su urgencia de reír ante su acusación. Entonces ella pensaba que él era alguien con buen aspecto, presuntuoso y mimado. Eso fue casi tan rico como el hecho de que no le dio miedo decírselo a la cara. Pero su intención no fue asustarla. El solo había hablado sobre el hecho de que era extranjera sin pensarlo.

Que estúpido. Pero claro que ella no se lo diría nadie. Si ella estaba aquí ilegalmente, su puesto en la Escuela estaba en peligro. Algo que él nunca diría. Pero ella no sabía eso.

Cuando se terminó el agua, Dane dejó de lavar las ventanas y fue en busca de madera contrachapada para reparar la plataforma en su lugar. Estaba de rodillas, pegando la madera en el andamiaje y dándose patadas mentalmente, cuando una sombra se estiró sobre él.

Soltando el martillo, hizo una mueca silenciosa de dolor.

— Aerin. —dijo.

— ¿No quisiste echarme la culpa sobre el incidente en el laboratorio de tecnología, verdad? —su pregunta hizo que se sobresaltara.

Miro a su alrededor.

Parecía agotada. Sus labios agrietados, y estaba temblando. Tuvo un extraño deseo de consolarla, pero sabía mejor que nadie sobre hacer un movimiento



repentino.

— No, yo... —Dane empezó a responder.

— ¿Y no entraste al laboratorio esa mañana a amenazarme?

— Claro que no. —Corrió su mano contra la ventana.

— ¿Y no quisiste amenazarme...ese primer día que entramos en combate?—

¿A dónde iba esto? El negó con la cabeza, y ahora completamente fuera de balance, levanto una rodilla del piso.

— ¿Por qué haría algo así?

— No estoy segura. —Su voz vibro, solo un poco—. No estoy segura de por qué harías esas cosas. O porque te burlarías de mi en clase...

— ¿Qué?

— ..Cuando apenas y me conocías. O porque entrarías en un laboratorio de computadoras y ni siquiera intentaste cubrir tus huellas.

Abrió la boca para después cerrarla.

— ¿Querías que te atraparan, verdad que si? —sus palabras cayeron como astillas cayendo sobre tablas limpias.

Discutir sería negar la verdad de sus otras negaciones. Movió su mano buscando ciegamente el martillo. No estaba allí. Vagamente recordó que la herramienta cayó en el otro lado.

— ¿Por qué? —ella hizo la pregunta de la que se enorgullecía en evitar.





— ¿Por qué, qué?

— ¿Por qué querías ser atrapado?

Se paró, esperando que esto le diera más confianza. Esta fallo. Deslizando sus manos dentro del bolsillo, encogió los hombros, sin dar respuestas.

Ella no se dejó intimidar.

— Asumiste que me echarían la culpa. No eres estúpido.

Cierto.

— Mira Aerin, a veces cuando estoy enojado no pienso. — ¿Cuántas veces no le advirtió Pete a Dane sobre esta falta?

— ¿Por qué estabas enojado?

El no le respondería eso, a nadie. Este asumió que su padre lo sacaría de la Escuela. El punto de entrar a la fuerza en el laboratorio, era para evitar ese hecho y atraer suficiente atención para humillar al General. Pero la prensa nunca mantuvo la historia, y, por alguna insonable razón, Dane seguía aquí.

Aerin y Dane se quedaron ahí por un rato, mirándose pero sin en verdad hacerlo. Para Dane, las tuberías, las tablas, hasta la gran construcción de piedra y la escuela habían desaparecido. Sus pensamientos vagaban dentro de sí, guardando pasadizos secretos y golpeando las esquinas.

Y juzgando por la respuesta de Aerin, sus pensamientos también estaban muy lejos. Ella se dejó caer sobre la ventana limpia y susurro.

— No sé porque me hago esto.



El espero, sin saber realmente que decir. Pocas cosas sobre esta conversación tuvieron sentido, no es que hubiese ayudado para aclarar las cosas cuando tuvo la oportunidad.

La tregua duro 10 segundos antes de que ella hablara de nuevo.

—Me he convencido que de que eres el diablo, ¿sabías?

— No —dijo sarcásticamente —nunca lo hubiese imaginado.

— Y todo este tiempo... —se llevo la mano a la cabeza— No estuviste pensando en mí.

Una sonrisa se aferro a su rostro. Eso fue más que una ironía que no le importo admitir.

— En realidad, mi parte trasera ha pensado un poco en ti.

Ella parpadeó.

— Después del combate físico —el explico, recordando la primera vez que lo dejo sin aire. Lo había dejado sorprendido. Nunca había conocido a alguien que se moviera como ella. Pero ella no era de aquí.

Respiro hondo, y despues bajo la voz.

— Lamento haberte asustado antes. No deberías preocuparte Aerin. Eres una de las más fuertes del primer año. Todos saben que mereces el lugar.

La duda estaba más que clara en su rostro.



— No todos.

El la miro, tratando de descubrir quién era. La Directora quizás, por los problemas que le había traído antes.

Aerin tartamudeo.

— Cómo... ¿cómo supiste que no era de la Alianza?

Tomo un clavo en las manos, y lo movió con la mano, tratando de mantenerse serio, aunque la memoria le trajo el mismo deseo de reír que antes.

— Me estuviste maldiciendo fuera de los límites.

Ella apretó sus manos en puños.

— Aunque eso solo es una parte —agrego, sintiendo la necesidad de explicarle—. Sabia que esas frases en particular las habías aprendido fuera de la Alianza, pero después me di cuenta cuanto eso explicaba sobre ti, como sabias cosas que los demás no, prender una computadora por ejemplo.

Su cara se puso roja, con un rojo brillante.

— ¿Como sabias que estaba fuera de la Alianza?

El abrió sus manos, dejando caer el clavo y viendo las marcas rojas que tenia.

— Mi padre está en el Consejo, ¿lo recuerdas? Sabe muchos idiomas.

Ella cerró sus ojos.





— Estúpido. —Su voz era un susurro.

— O no lo harás —dijo Dane, haciendo de cuenta que no sabía que fue para ella misma—. Me dijiste hace unos minutos, que no era estúpido. No puedes retomarlo ahora.

Sus palabras se hundieron, de la misma forma en la que el agua cae en una gotera.

— Aerin, no tengo intenciones de decirle a alguien, que no eres residente de la Alianza. —dijo hundiendo sus ojos en los de ella, tratando de hacerle ver que no le mentía, que no había trucos.

Bueno quizás uno. Sostuvo el martillo.

— Claro que si decides regresar al trabajo, no me importaría. Esto no lo terminaría sin ti.

El martillo espero

Ella miro atreves de él, después se paro, limpiando su perfectamente limpio uniforme y dejando que su mirada recorriera el parámetro. El zumbido del viento lleno el silencio, y su pelo volaba enredándose en su cuello.

— Bueno, no queríamos molestar más a la Dra. Livinski, ¿verdad que no?

Inclino la cabeza, teniendo en cuenta la altura de su mentón, la altura de sus hombros, las distintivas marcas de su cuerpo. En ese momento, en esa pose, ella parecía casi.... regia. En una forma salvaje.

— No lo sé —el dijo—. Creo que este castigo no es tan malo.

Sus ojos marrones se dispararon hacia los de él.



— Ya es bastante malo, gracias. —y le quito el martillo de la mano.

CAPITULO 11: “OPORTUNIDAD”

TRADUCIDO POR: Sookie2125

CORREGIDO POR: hojadeluna

Dane pasó las próximas dos semanas formulando un plan de acción. Él y Aerin tenían ahora una relación de trabajo. Ella le pidió a él que le pasara el trapo o pincel de vez en cuando. Él se abstuvo del retortijón. Incluso discutieron la calidad de un trabajo asignado, ahora y entonces. Nada de esto, sin embargo, él había mejorado su desarrollo en el combate físico.

Afortunadamente no había examen en el primer trimestre en este tema en particular. Dane pasó las pruebas que tenía con apenas una mota de polvo de estrellas sobre él.

A juzgar por los resultados publicados, Aerin las pasó más limpiamente. No es que nadie supiese la forma en que ella seguía enterrando la cabeza en un libro cada minuto libre del día, no en las novelas ligeras o de lectura obligatoria, pero si en gruesos textos pesados de historia, política y aspectos sociales de la Alianza. Secos y aburridos. Los libros, finalmente le dieron una idea a Dane

Él la busco en la biblioteca.

Personalmente, Dane había evitado la sala abierta en el extremo sur de la segunda planta tanto como fuera posible. No le gustaba la forma en que los estudiantes de tercer año que tripulaban los contadores podían monitorear a todos, si los ocupantes estaban navegando los largos estantes, descargar datos desde el centro de información, o estudiando en las mesas rectangulares en el área de estudio.

Aerin, por supuesto, estaba tan lejos del contador como fuera posible. A pesar del hecho de que una gran mesa con sillas cómodas permanecían vacías en una ventana a su izquierda, ella se había instalado en un pequeño cubículo, con sus pies y rodillas, apoyados en el escritorio de madera, la silla inclinada hacia la



pared. Él se preguntó si ella había elegido la posición de frustrar a cualquier persona sentada a su lado.

No era algo que lo detendría.

Agarrando una silla de una mesa cercana, Dane la hizo girar a su lado y puso una pierna sobre el asiento. Él se inclinó hacia delante, apoyando el mentón ligeramente en el respaldo de la silla.

Ella no le hizo caso, manteniendo la nariz inmersa en un grueso tomo, *La Evolución de la Alianza. Perfecto*.

Le arrancó el libro de las manos. — Tengo una propuesta para ti. —Las palmas de sus manos bajaron hasta el borde de la mesa con un broche de presión—. Hay mejores formas de preguntar.

Tal vez, pero él tenía su atención ahora, ¿no? Él cerró el libro, capturando de forma segura la cubierta marrón entre su pecho y la silla. — No estoy preguntando. Estoy haciendo una oferta.

Ella lo miró. —¿Ahora?

Bueno, sí. — ¿Haciendo una lectura ligera? —él preguntó, levantando el pesado libro y tamborileando sus dedos sobre la tapa. Ella quiso alcanzar el libro, y él lo enterró una vez más detrás de la silla —No necesitas trabajar tan duro, sabes.

— ¿Qué sabes sobre trabajo? —Ella le gruñó.

— ¡Ooooh! —Se levantó una mano en señal de rendición—. ¿Crees que derrotarte cada día en debate es fácil?

La lengüeta alcanzó su objetivo. Su pecho se desinflo.

— Yo podría ayudarte. —Él se acercó el libro a la altura del título para mirar por encima del borde hacia ella—. Entonces no tendrías que leer todo lo aburrido, y mal escrito en esta biblioteca.

— Tal vez tu no. —Ella lo miró como si fuera ADN contaminado.



— ¿Qué se supone que significa eso?

— Significa —dijo ella— que eres el favorito de Xioxang.

— Correcto. —Casualmente él se deslizó de la silla más cercana y uso el sarcasmo—. Xioxang obviamente tiene sus favoritos.

— Él siempre prefiere tus argumentos en la clase.

— Porque son los mejores.

Ella no lo negó. De hecho, a juzgar por la forma en que su dedo pulgar subió a trazar el borde de la silla, ella estaba dispuesta a escuchar.

— Yo podría ayudarte a preparar un argumento. —dijo él.

— Tal vez. —Ella bajó su tono de voz—. ¿Pero cuál? Los temas son aleatorios, y pueden ir a cualquier parte. ¿No lo entiendes, Dane? Cuando se trata de acontecimientos actuales, no tengo antecedentes, ninguno en absoluto. El material que el resto de la clase sabe acerca de la Alianza, no crecí con eso. Una cosa es hacer la lectura para una clase. Otra el defenderme contra lo desconocido. No importa cuánto hay que leer y estudiar, hay algunas cosas que nunca aprenderás de esa manera.

— Exactamente mi punto. —Él se echó hacia atrás, acercando el libro aún más—. ¿Por qué perder tu tiempo en cosas malas? Te garantizo que la mitad de los estudiantes de esa clase no conocen los diez estados evolutivos de la Alianza de Karsky.

Su mirada saltó al nombre del autor impreso bajo el título del libro.

— Sí, lo leí. ¿Cómo si no iba a saber que era aburrido? Mira, Aerin, la preparación es sólo la mitad del desafío de ganar un debate.

— ¿Y la otra mitad?

Él la tenía ahora. — Hay que elegir el lado correcto.



— Tu lado, quieres decir. —Ella se encrespó.

— No, la parte perdedora.

— ¿Qué?

— Elije siempre el lado más débil.

— ¿Por qué haría eso? —Hubo duda en su voz, pero ahora estaba sentada erguida, con sus pies en el suelo.

— Porque entonces tendrías que esforzarte más para probar tu caso. —Él descanso los pies de su silla en el suelo—. En un debate, hay dos lados. Si ambos hacen un buen argumento, entonces el lado menos popular gana debido a que esa parte tiene que esforzarse más para demostrar su punto. Logística simple.

— Si no te importa qué lado gane. —Ella frunció el ceño.

— Es un debate. No importa cual lado gane.

— Quieres decir que no te importa. —El tono de su voz lo inquietaba. O tal vez era el hecho de que sus críticas no le molestaban en absoluto.

— Es una clase —dijo— El punto es dar a mostrar las diferentes partes de un argumento.

— Y no te importa si la verdad se pierde en la confusión. ¿No crees en nada?

Los estudiantes en una mesa cercana se volvieron hacia ellos, y uno de los de tercer año que estaba en la caja del mostrador envió un deslumbramiento a Aerin y a Dane.

— Por supuesto que sí —dijo Dane. ¿Por qué ella estaba insistiendo en esto?

Ella se cruzó de brazos, bajando la voz. —¿Qué?





Su ceño se frunció. Esto no era parte del plan. — ¿Qué... creo acerca de qué? — Él buscó su lengua.

— Acerca de cualquier cosa. — Ella puso los ojos en blanco —. Comienza con la Alianza, ya que es lo que me ofreces para ayudarme a estudiar.

Por un minuto, él revolvió sus pensamientos, tratando de decidir por dónde empezar. Luego, sus palabras salieron lentamente. — Yo... estoy de acuerdo con el manifiesto. — Y ahora que él había comenzado, la explicación se derramó —. En que se necesita una fuerza unificadora entre los planetas.

— ¿Y crees que la Alianza debería ser esa fuerza?

— No, es decir, la Alianza podría ser un modelo, pero no creo que un solo gobierno sería factible para todo el universo.

— Entonces, ¿qué quieres decir con una fuerza unificadora? — Ella estaba preguntando realmente, no molestandolo. Él podría decirlo por la forma en que las líneas de su rostro cambiaron, con el interrogatorio.

— No estoy seguro — respondió él —. Algún tipo de unión para la comunicación, un lugar donde podamos hablar de temas como: comercio, educación, derechos civiles.

— ¿Entonces no confías en el Consejo para hacer frente a esas cuestiones? — No había sentencia en la pregunta.

Escogiendo cuidadosamente sus palabras, él contestó con toda la honestidad que pudo. — Yo creo que el Consejo ha hecho todo lo posible para hacer frente a las cuestiones difíciles, Aerin, pero ellos no tienen los recursos para luchar contra todos los problemas en el universo. — O la perspectiva.

— Parece que ellos creen que pueden tomar toda la Unión de Comercio.

Él sacudió la cabeza. — No creo que el Consejo quiera guerra con la Unión de Comercio.



— ¿Por qué? ¿Debido a que tu padre estará viajando en la frontera el mes próximo para mantener conversaciones con sus líderes?

Dane se encogió de hombros. Dejo que ella interpretara eso como quisiera.

Ella se sentó sin hablar, y luego dijo algo en voz tan baja que él casi no pudo oírle. — ¿Qué quieres, Dane?

Él estaba empezando a preguntarse lo mismo. Nadie había rezado por esa respuesta descuida para él sobre sus puntos de vista acerca del futuro de la Alianza. *¿Habrá valido realmente la pena la negociación con ella?*

Ella debió de haber captado la confusión en su rostro. — A cambio de tu ayuda en el debate —ella aclaró—. ¿Qué quieres de mí?

La duda se desvaneció, su control sobre la relajación se tornó pesada. — Estoy cansado de recibir golpes todos los días. —Él sonrió—. Enséñame a luchar.

Ella cogió el libro y se dirigió hacia el mostrador. Sus ágiles piernas se trasladaron a un ritmo rápido. Por un instante, él pensó que había perdido. Entonces, ella volteó su cabeza, su largo cabello volando a la izquierda, y ella lanzó un último comentario por encima del hombro. — Acepto. Pero es posible que te arrepientas.

Lamento no era la palabra que Dane hubiera elegido para describir la noche de la próxima sesión de tutoría. Humildad. Esa era la palabra. Le dolía la espalda y los hombros, el cuello, la clavícula, la columna vertebral, los tobillos, los talones, los codos, *¡Por el amor de Dios!*

Con una fuerte patada, Aerin lo envió a la tierra por cuarta vez. La cubierta de hierba del campo de práctica hacía tiempo que no tenía un aspecto suave. *¿Qué estaba haciendo mal?* Él estaba equilibrado, preparado, paciente: todo lo que sus instructores en la Base le habían enseñado. Pero cada vez que él se ponía de pie, ella lo tiraba de nuevo.

— Levántate. —ella le ordenó.

Él luchó en la posición de apertura.



Aerin se deslizo con la pierna izquierda. Él la vio, se movió, y se estrelló en la parte posterior de su codo derecho. *Thwap!*... El golpe en la cabeza lo dejo tambaleándose.

— Te dije, Dane, la clave para una lucha real es la ofensiva. Si reaccionas a mis movimientos, te tendré en el suelo. Quieres terminar un conflicto con dos, quizás tres movimientos. No es un deporte. Es supervivencia. —Él levanto su palma a su oído con sensación pulsátil. En el atardecer del planeta, al lado del Gran Salón, Aerin bailaba ante él en un confuso borrón. Él esperó a que se detuviera antes de atreverse a hablar—. Tal vez podríamos limitar esta primera lección por debajo del cuello. Me gustaría sobrevivir.

La mirada de Aerin le envió una respuesta clara.

— Oye, tú eres el que dijo que quería esto —respondió ella—. Si no prefieres...

— Quiero aprender —confirmó Dane.

Ella arqueó una ceja, se dirigió hacia él, y esbozó una sonrisa mientras él se estremeció. — No voy a hacerte daño.

Su oído punzante dijo lo contrario.

Sus manos bajaron a las caderas. — Tienes que entrenar tu cuerpo para escuchar a tu cerebro. No es como la preparación para una pelea o una lucha con espada. Con esas se puede practicar los patrones para que tu cuerpo se haga cargo por ti.

— Mis profesores decían que tenía que dejar que mi instinto me guíe.

— No estoy diciendo que tú debes ignorar tus instintos, estos están dándote retroalimentación. Sin embargo, la razón de que los patrones funcionen en el entrenamiento deportivo se debe a que hay límites. Reglas.

— ¿Cómo no acertar el golpe por encima del cuello? —Dane se frotó la oreja.

— Al igual que no acertar golpes con el cuello. —Ella se movió más cerca a la



pared cercana, pasó la mano por su superficie rugosa, y sacó un pequeño pedazo de piedra porosa. Había sido su idea practicar en la sombra de la noche del Gran Salón. Ella había pensado que llamarían menos la atención aquí—. La primera cosa que un atacante real va a hacer es apuntar a una parte del cuerpo que infrinja el mayor daño.

Un escalofrío se deslizó a través de él. — Yo no quiero aprender a matar a alguien —dijo.

Sus siguientes palabras aumentaron el frío. — Usualmente no elegimos si alguien trata de matarnos. —Aerin arrojó la piedra contra la pared y contempló como la roca gris se rompía.

— Dudo que la señorita Maya estuviera de acuerdo con tu punto de vista.

— Entonces la subestimas. La Academia 7 es la Escuela de elección para la contratación de oficiales del ejército, ¿no? Ella quiere que sus estudiantes sigan con vida.

Él supuso que Aerin tenía razón. Él no había estado pensando en esto como un militar de escuela. No era nada parecido a la Academia de la Fuerza Aérea en Chivalry, o la Escuela de Combate a la que su hermano asistió en Maravel 9. Aquí, a los estudiantes se les enseña a pensar por sí mismos, a no seguir órdenes. Pero sólo porque la Academia 7 tenía un amplio enfoque no significa que el propósito detrás de su entrenamiento físico era menos grave.

— ¿Es por eso que decidiste venir aquí? —Dane le preguntó—. ¿Debido a que querías aprender técnicas de supervivencia?

Aerin miró a los restos de la piedra rota. — Yo vine a aprender a hacer más que sobrevivir. —Ella le dio un vistazo rápido, para luego concentrarse en la posición de lucha.

— Suficiente por ahora —dijo él, retrocediendo.

— Tú querías esto. —El desafío implícito corrió gruesamente en su voz.

Él cayó al suelo y rodó de nuevo en la suave y profunda grava. Estaba fresca contra su piel sudorosa. Ella se puso de pie, inquieta, cambiando su peso de un pie al otro como si no estuviera segura de qué hacer sin una tarea definida. Ella



era como un gato salvaje, él pensó, estaba lista para atacar o huir en una señal de peligro, pero no podía relajarse. — Siéntate. —Él golpeó con la palma de su mano el suelo junto a él.

Ella se sentó.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que su pecho ascendiera y bajara con el consumo de oxígeno. El sol de la Academia se deslizó sobre el borde del horizonte, el cielo verde mar pasó a un color turquesa profundo.

Ella no dijo nada. No había sorpresa ahí. Ella estaba tan envuelta con tanta fuerza en una palabra desfavorable que podría enviarla en la dirección opuesta, pero él tenía un intenso deseo de aprender más acerca de ella. Después de todo, todavía él estaba ahí. Ella era la que había estado insistiendo en lo de tirar sus posibilidades, por lo que podría así tomar su consejo y empezar por desentrañar el misterio que era Aerin Renning.

— ¿Dónde aprendiste a pelear así? —él preguntó.

Silencio.

Él se dio por vencido en que ella respondiera la pregunta y trató con otra.
— ¿Dónde creciste?

Su cabeza rompió en su dirección. Demasiado tarde, él se acordó que había una razón para mantener su origen en secreto.

Bueno, él ya sabía que ella no era una ciudadana de los Aliados. — Vamos, Aerin, tu prácticamente me diste un discurso ayer en lo que creo. Lo menos que puedes hacer es decirme algo de ti.

Ella se balanceó hacia delante hasta las rodillas. Por un momento él pensó que ella se iba, pero en vez de eso los dedos excavaron en la tierra, arrancando la hierba de raíz. — Yo... —Ella dejó caer la cabeza, los músculos del hombro tenían espasmos musculares, y ella inhalaba con una respiración entrecortada. Cuando ella finalmente habló, su voz temblaba ligeramente por encima de un susurro—. Mi padre era un comerciante independiente. — Tiempo pasado—. Voló la carga entre planetas y estaciones espaciales en el sector de Dyan.



— ¿Pero nunca en la Alianza?

Otro suspiro, este menos desigual.

— No. Él nunca comercializó aquí. Él ni siquiera mencionó la Alianza. —Levantó su cabeza—. Es extraño.

— Debe de haber estado fuera de tu casa mucho tiempo si él voló un barco.

— Yo vivía con él en ese barco —Aerin respondió, soltando la hierba arrancada—. Tú preguntaste de dónde era.

— ¿No tienes un hogar en un planeta? —La idea era sorprendente. Dane rodó en su estómago y miró hacia ella.

— No que yo recuerde. Volamos alrededor de una serie de sistemas, pero nunca nos detuvimos en un planeta durante más de un mes.

— ¿No tienes familia?

— No.

Tu padre está muerto ahora. El pensamiento se quedó entre ellos, la emoción en su voz lo hizo obvio.

Fue Aerin quien abordó el tema. — Yo... No he hablado de él con nadie desde que él murió.

Dane no estaba seguro de cómo responder a eso. Él quería saber de ella, pero si él escuchaba sus problemas, tarde o temprano ella iba a querer saber los de él. Y hay cosas que él no tenía ningún deseo de compartir.

— No es tan difícil como pensé que sería, hablar de él. —dijo ella, desmintiendo la declaración arranando otro puñado verde.

Dane sofoco un repentino deseo de tranquilizar sus dedos todavía nerviosos al tomar su mano.



— ¿Cómo era él? —Él se atrevió en vez de lo anterior.

— Él podía ser gracioso —dijo ella— y espontáneo. Él iba a cambiar de rumbo cuando se le ocurriera. A sus clientes no les molestaba eso, pero él siempre limaba asperezas con ellos. Él podía ser muy persuasivo a veces. —Ella sonrió, y luego su rostro cayó—. Otras veces él se sentaba en silencio durante largos períodos, sin responder a nadie.

— ¿Y la escuela? —Dane preguntó, con la esperanza de distraerla del nuevo dolor que había nublado su pensamiento.

— Mi padre me enseñó: física y matemáticas avanzadas— a él le encantaba leer.
—Él dijo que la lectura era la salvación del alma.

— ¿Y cómo luchar?

Ella se encogió de hombros.

Dane se preguntó cómo un operador solitario al margen de la sociedad había ganado suficientes antecedentes educativos para prepararla para su E.A—. Tu padre debe haber ido a la Escuela entonces.

— Tal vez.

¿*Tal vez?* Para crecer con una sola persona en su vida, a ella le faltaba una pieza importante de información. ¿Por qué este hombre había criado su hija por sí mismo en un barco comercial en lo que era más a menudo el territorio peligroso? Las preguntas se arremolinaban.

Dane no las pregunta, sin embargo, porque Aerin eligió ese momento para cambiar las tablas. — ¿Y tu padre?

Y ese fue el final de la conversación.





CAPITULO 12: "TOQUE DE PIEDRA"

TRADUCIDO POR: Priisci

CORREGIDO POR: hojadeluna

Aerin recordó frecuentemente durante los próximos dos meses que Dane todavía la exasperaba: la forma en la que taladro sus pequeños puntos de un argumento, entonces se voltea y argumentó en su contra en clase; la forma en la que se rehusó a usar ciertas aperturas en combate, reclamando que hacerlo sería ir en contra de su conducta moral; la forma en la que dejó que los comentarios sarcásticos de los demás no le afectaran, como si no fueran nada.

Si a Aerin le hubiesen dicho que describiera a Dane en un segundo término, la primera palabra que hubiese dicho era: *Exasperante*. También podía usar testarudo, inteligente, y, para su sorpresa, gracioso. Su sentido del humor, expresado con ironía, hizo que le tomara un tiempo poder apreciarlo, pero también era francamente honesto; y, para el comienzo de la temporada húmeda en la Academia, se encontró así misma mirando con interés cada tema sin adornos desde las trayectorias de vuelo hasta la filosofía Ausyan.

No había pedestales en el mundo de Dane. No había vajillas de cristal a las cuales tratar con mucho cuidado. Cero héroes. Pero había una buena disposición para sacar cada tema, probarlo, desapartarlo, regar las piezas, y probarlos de nuevo.

Quizás es por eso que pasa tiempo conmigo, Aerin se encontró a sí misma pensado en esto, una tarde mientras negociaba con las escaleras del Gran Salón de camino al trabajo. *Porque no he tomado una decisión sobre esta parte del universo.*

El interés de Dane en ella era misterioso. Entre el trabajo en equipo y las secciones de tutoría, el pasaba hasta 4 o 5 horas de cada día después de clases. Y ella no fue la única en encontrar su compañía insondable. Más de una vez había sentido los ojos negros de Yvonne clavados en Dane mientras ayudaba a Aerin a preparar sus argumentos en la librería. O mientras se sentaba con ella durante la comida. Ella esperaba que este perdiera su interés y llevara su atención hacia la belleza Entera, pero...



— ¿Dónde está? —Xioxang salió de su curso, cortando así sus pensamientos. Batas rojas se elevaban detrás de él, y los pliegues de su capucha cubrían su cara.

Aerin defendió a Dane—. El está ayudando a la Señorita Maya a guardar las provisiones en la salida del sur. Regresara en unos minutos—. Pues puedes decirle que no se reporte al trabajo. —Xioxang levanto la cara en un movimiento brusco.

— La Señorita Maya le pidió ayuda, y no esta tan tarde. No veo por qué...

— La Dra. Livinski ha decidido darle fin a tu prueba. —La profesora echo hacia atrás su capucha, sus ojos dorados brillaban hacia ella—. Buenas tardes, Señorita Renning.

La mandíbula de Aerin callo. Trato de tartamudear una respuesta, pero para cuando gana el control total de su lengua, Xioxang había entrado en su salón y cerrado la puerta.

¡Libre del trabajo en equipo! Aerin dio vueltas y corrió fuera del Gran Salón. Sus botas golpeaban por las escaleras inferiores y silenciosamente salió hasta el campo cubierto en niebla. Resbaló sobre una mancha negra en la grana, pero siguió corriendo.

¡POW!... La explosión la hizo detenerse como si fuera una bufanda alrededor de su cuello con la intención de matarla. Ella miro hacia arriba. Para ver la venenosa mirada de Yvonne Entera. La chica mas grande, levanto su mentón en una línea recta, se mantuvo a menos de 10 pulgadas atrás, 11 pulgadas aparte, con sus hombros cuadrados, y su pecho erecto. En su mano se encontraba un láser color oro, el cual apuntaba hacia Aerin.

La mente de Aerin exploto, desatándose en fracturas de pensamientos y sentimientos.

‘— De verdad —dijo Yvonne haciendo una mueca, moviendo el láser en dirección a un blanco particularmente perdido en la niebla—. Correr a través de un zona de disparo dramáticamente significa que estas evadiendo el trabajo. *¡POW!..*—. El tiro dio justo en el blanco. ¿No crees?



— Estoy... estoy bajo libertad condicional. Chipoteo Aerin.

— Entonces, ¿Por qué estas tan apurada en morir? —El arma apuntaba de nuevo hacia su dirección.

Sintió un bulto atorado en su garganta. *No dejes que te paralicé*, se advirtió a sí misma, tomando un paso hacia delante. Hacia el arma. — Veré a alguien.

Yvonne dio a conocer un vistazo a un puñado de alumnos de segundo ciclo que estaban ocultos en la neblina. — Supongo que ninguno de nosotros puede adivinar quién es.

Hubo un salpicón de risa.

Sus extremidades se tensaron, Aerin se forzó a si misma a tomar otro paso.

— Quizás deba escribirle a tus padres, —La otra chica continuó—. Para advertirle sobre el tipo de personas con el que pasas tu tiempo. ”

Tomo otro paso.

Yvonne parpadeó sus gruesas pestañas. — Pero, tus padres debieron estar muy ocupados enseñándote combate como para importarle algo tan simple como la discreción.

Siguió caminando.

Los ojos negros se centraron. — El solo te está usando, sabes. No creas que realmente es tu amigo.

El término paró a Aerin en seco. *¿Amigo?* Ella ni siquiera estaba segura de qué significaba. *¿Era posible que Dane fuera uno?* El no era como los amigos de Yvonne, que siempre salían, rogando por algo de atención. Pero ella disfrutaba de su compañía. Podía hacerle cualquier pregunta y esperar una opinión honesta. *¿Eso era la amistad?*

Que raro. *¿No era ella la que envidiaba otras amistades, la comodidad y la confianza de uno en el otro?* *¿Y ahora?*



Ahora es Yvonne Entera quien me envidia. Ese pensamiento trajo una sonrisa al rostro de Aerin y se propulso para seguir en movimiento. Tomando un último paso, Aerin agarro el láser de la mano de Yvonne y le dio un giro agudo.

Le quito el arma.

— Si. —Claro que Yvonne la había amenazado. La verdadera pregunta era que había causado esa mirada sorprendida. El Dane que ella conocía no se enojaba. El siempre estaba controlado.

— ¿La entregaste? —el demando, aun parado.

Aerin le dio vueltas a su comida, después levanto una pera de oro fuera de su plato. — ¿Realmente esperas a que te responda mientras me miras? —El poder de esos ojos marrones era inquietante.

La pera desapareció. *¿Como en el continuo espacio — tiempo hizo eso?* Sus reflejos se estaban oxidando.

— Diablos, Aerin, respóndeme.

Enderezo su espalda. — Si crees que jurar hará algo, pues quizás quieras poner esa bandeja en otro lado.

Su cara cambio de color: a morado.

Ella estaba empezando a recordar, lo que él respondió cuando ella le preguntó porque irrumpió en el laboratorio de computación, algo sobre tomar malas decisiones hizo que se enfadara. Esa respuesta no sonó tan evasiva como antes. Su dedo estaba formando un hoyo en su pera.

— Dane, si realmente quieres hablar sobre esto, hablamos, pero deja de mirarme. Eres peor que Xioxang.

El color morado de su rostro desvaneció. — Según los rumores Yvonne te apunto con un láser ayer.

— Mmm... —Aerin extendió su mano, esperando a que le regresara la pera. Regresando a su posesión.



El se sentó lentamente. — ¿Qué hacia ella apuntándote un láser?

— Amenazándome.

— Puede ser expulsada por eso.

Aerin frunció el ceño. — No te atrevas a...

— Los de primer año tienen prohibido estar cerca de los laceres. Ella nunca debió...

— ¡Dane! —dijo Aerin suspirando en voz baja—. En caso de que no te hayas dado cuenta, yo tampoco estoy siguiendo las reglas.

— No puedes ocultar secretos como estos.

— ¿Por qué no? —Lo que dijo a continuación, nunca lo debió haber dicho. Ella lo sabía mejor que eso. Su amistad tenía una pared. La que ella respetaba. Ambos lo hacían—. ¡Tu nunca has compartido algo que no quieras!

El color morado resopló en su cara. Y ella no se atrevió a esperar a que explotara. Su cuerpo se movió hacia arriba, alrededor de la mesa, y a través del piso. Había dejado la bandeja y sus residuos atrás. Sus manos golpearon la puerta de salida y puso un pie afuera.

A la mitad del camino hacia el jardín, le dio una sensación de deja vu. No. Definitivamente no. No voy a correr.

La vista de esos árboles protectores le recordó que había estado huyendo desde que dejó Vizhan. Tenía que parar. Dane no era su enemigo. Habían pasado suficiente tiempo los dos juntos como para darse cuenta. Era hora de que ella aprendiera el significado de amistad.

El sabía que ella debió ir lento, o iba a tener mucha dificultad para encontrarla.

— Mira, lo siento, —dijo Dane, maldiciéndose, porque recordó que poco le habían servido esas palabras en el pasado—. No me gusta ver a mis amigos en peligro. Te subestime. —Cuando escuchó sobre la amenaza que le hicieron, la



sangre inundaba sus venas, no pudo hacer nada más que explotar frente a la persona que por lo menos lo merecía.

Pero ella no le había dicho sobre el peligro. Era aterrador cuanto eso le asustaba.

— No necesitas disculparte. —Ella susurro, abrazándose a sí misma y puso una leve sonrisa—. Yo... yo supongo que no soy muy buena aun—. Sobre sus brazos, dio una vuelta y empezó a caminar a través del jardín.

Paró en un paso frente a ella. — ¿En qué?

— La amistad. —dijo sonrojándose.

Se le ocurrió que fracaso en descubrir sobre la amenaza hacia Aerin, por su culpa. El había sido demasiado cuidadoso para no preguntarle si tenía problemas. Estaba tan envuelto en su escudo de defensa, *¿Qué no podía ver a lo que ella se enfrentaba?*

Ellos caminaron en silencio por varios minutos. Luego Aerin se agacho bajo una gran rama de cedro y salió del camino. Ella tomó su camino a través de los retorcidos árboles y arbustos cubiertos a propósito. Dane la siguió.

¿A dónde iba ella? Sus ojos pasaron desde su cuello arrugado hasta sus pies. Quizás ella no era la clásica belleza pero había algo sobre la forma en la que se movía. Como si fuera una sola con su alrededor. Se agacho y torció su cuerpo a través de los árboles sin tocarlos, sus manos y muñecas curveadas como en una danza. *¿Cómo podía pensar en ella como simple?*

En el momento en que vio el patrón de piedras rojas en medio de la tierra cubierta de musgo, había perdido la pista de donde estaba. Alguna vez, quizás hacen 50 años atrás, esto había sido un verdadero camino.

Una luz brillo sobre el roble y el cedro, atrayendo su atención. Mientras él se acercaba, la luz se expandía, y después cambio, y se dio cuenta que no era una luz, sino una falta de color. Un gran círculo blanco que rodeaba una fuente de piedra. Ella ha estado aquí antes, pensó, y por alguna razón, ella eligió compartirlo con él.



Aerin entro en el círculo. Casi inmediatamente sus hombros cayeron, y se puso tensa. — La amenaza de Yvonne. —Ella exhalo— Yo no quise ocultártelo. Yo solo...yo me encargue de eso. —se frotó los dedos.

El se dio cuenta de que había dejado su abrigo. Aunque la neblina se había reducido, todavía había un poco en el aire, especialmente con la fuente a la deriva de ellos. Encogiendo los hombros se quitó la chaqueta, el suave forro deslizándose con facilidad sin importar el exterior de cuero. — ¿Qué significa eso?

— Le quite el láser y lo tire al piso.

Como si eso resolviera algo.

Ella ladeó su cabeza hacia él, y él tuvo la extraña sensación de que podía escanear sus pensamientos más íntimos, testigos del terror que se apoderó de su garganta cuando pensaba en ella en peligro. — Te prometo decirte —Ella dijo— si Yvonne vuelve a apuntarme con un arma.

— O si te amenaza, —Dijo Dane firmemente.

Hubo una pausa, y Dane le extendió su chaqueta.

Ella dudo, y después resbaló sus manos dentro de las mangas.

El dobló sus manos alrededor de ella, jalando los lados de la chaqueta a través de su pecho.

Ella se apartó. Como un animal herido, pero dispuesto a pelear. — Escucha Dane, no puedo darme el lujo de ser el centro de atención en una investigación. No tengo a donde más ir. Ni siquiera sé donde me quedare en estas semanas para la navidad. No pienso arriesgar mi lugar aquí solo para castigar a Yvonne Entera—. La expresión en su cara demostraba una determinación como ninguna que Dane haya visto.

Estaba dispuesto a discutir, pero las palabras que salieron de su boca no fueron planeadas. — Puedes venir conmigo...para la navidad.

Ella lo miro.



Sus ojos cayeron, y pateo una rama que estaba invadiendo el pavimento.

— ¡M—me estas invitando a tu casa? —En su voz había un pequeño temblor.

Dane intento hacer desaparecer las imágenes de Chivalry en invierno: la nieve, los profundos bosques verdes, las cascadas congeladas. Eran irrelevantes, se dijo a sí mismo. Tenía que estar loco para pensar en llevarla hacia allá. — No tienes que venir si no quieres —tropezó sobre su oferta. ¿Estaba loco? Debía salir de esto ahora mismo.

— ¿Tu familia? —ella preguntó—. ¿Estarán allá?

— Mi hermano, quizás. —dijo de mala gana, tanto ella como él se dieron cuenta.

Volvió a patear la rama. — Mi padre está negociando con la Unión de Comercio todavía. —Gracias a Dios.

Ella se ruborizo, y después dijo, — Me encantaría ir.

El ataque hacia la pobre rama ceso. — ¿Vendrías?

Su risa broto, el sonido rebotando en el pavimento blanco. Asombrándolo. No la había oído reír antes. Era como la fuente, subiendo desvergonzadamente de un lío misterioso a un brillante destello.

— ¿Es eso una gran sorpresa? —Ella preguntó—. ¿Pensabas que preferiría esconderme en un callejón en alguna parte?

El no lo había pensado. Pensó que estaba exenta de toda la propuesta. Había como 50 razones por las cuales no podía llevarla a Chivalry con él. Pero al estar frente a esa risa, bueno, ninguna importo.



CAPITULO 13: “CATARATAS CHIVALRY”

TRADUCIDO POR:

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNA

El final del plazo arrasó a Dane como un gran búho atrapándolo antes que tuviera oportunidad de escapar. No es que él no hubiera pensado en ello.

El

había considerado y reconsiderado sus planes de llevar a Aerin de vuelta a Chivalry, pero arrepentirse ahora significaría decepcionarla, y no podía hacer eso.

Ella había cambiado, como si su invitación hubiera desatado algo en su interior. La persona prudente que estaba acostumbrado a encontrar en la sombra más cercana había estallado en color. Ella hablaba, reía, y discutía con él a plena vista de todos los demás. El nunca la había visto lucir tan relajada. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos marrones brillaban. Ella le hizo señas a través de los pasillos, caminó con él en el camino de las comidas, y esperó por él después de clase. Incluso sonrió cuando la venció por primera vez en el combate físico, justo en el medio del examen parcial.

Dane se preguntaba si ella alguna vez había tenido tantas expectativas por algo como por este viaje a Chivalry. El deseaba poder tener expectativas al respecto.

El pavor pulsó a través de su piel.

No hasta que él y Aerin pasaran sus exámenes, marcaran su salida de los dormitorios y entrado al campo de aviación, él pudo sentir el primer destello de anticipación. El orgullo se apoderó de él a la vista de Gold Dust. Pasó su mano por el costado de la delgada nave espacial, luego abrió la puerta para mostrarle a Aerin los asientos de cuero negro, y el panel de control multi—sistema, y el compartimento de descanso de 6 pies.

— Es un I—36 —dijo y soltó una sonrisa—. Se maneja como un rayo.

Podía oír su voz empezar a gimotear: la flexibilidad de la función de ala, el



poder de los propulsores, el transporte de luz. Cállate, trató de decirse a sí mismo. A ella no le importa.

Pero su mandíbula había caído, al igual que su única bolsa de equipaje.

Almacenó el equipaje lejos y le ofreció una mano, a continuación, saltó al asiento del piloto, ansioso de tocar los controles. Las palmas de sus manos se deslizaron sobre el dispositivo de dirección, y respiró el olor de la cabina. Vuelo inminente, él no se había dado cuenta de cuánto lo había extrañado

Una respiración más, luego se aseguró el cinturón, hizo una revisión rápida para asegurarse que ella estaba segura y golpeó los controles. Una docena de paneles se iluminaron y un suave murmullo repiqueteó en el motor. Encendió la radio.

— Madousin solicitando permiso para despegar.

— Permiso concedido.

Su mano apretó el acelerador, y *¡zas!* Gold Dust se disparó en un ascenso casi vertical. La nave latía en la turbulencia, y luego atravesó la atmósfera. Un agudo silbido salió de los dientes de Dane.

Y una vez más estaba en el espacio abierto. *Como lo había extrañado.*

Aerin no dijo nada durante varios minutos. Tal vez estaba aún más conmovida que él. No había pensado acerca de lo que debe haber sido para ella, todos estos meses en el planeta después de crecer en la libertad del espacio.

— ¿Cuánto tiempo has estado volando? —Preguntó finalmente.

— Desde que tenía doce años. —Tiró el dato, seguro que no le importaría que le hubiera trabajado la dirección, cuando tenía cuatro años.

— ¿Y quién te enseñó a volar?

— Pete. Él es un mecánico de vuelta en la Base. Lo conozco desde siempre.

— Pero tu padre no rompió todo tipo de registros de vuelo? —Su voz se



apagó—. ¿Por qué no te enseñó? —Esa fue su verdadera pregunta. Dane sintió que su mandíbula se apretaba, e instintivamente le dio más potencia al motor. La señal comenzó a zumbar. Estúpido piloto automático. Él lo apagó con la interrupción como una excusa para no responder a su pregunta. La nave se lanzó a mayor velocidad, se sacudió por un par de momentos, para después suavizarse.

La tensión colgaba en la cabina. — Puedo ver que tu instructor falló al inculcarte la importancia de los límites de velocidad. —La voz de Aerin temblaba.

— Oh, bien, Pete no es muy inculcador. —Dane la miró, notando la escasez de color en la cara, y como poco a poco volvió a encender la energía.

— Dime lo que sabes de Chivalry —dijo, tratando de distraerla de su error de juicio. Ella dio un gemido débil.

— Pensé que había terminado de escupir datos después de que acabaron los exámenes.

— No me digas que no has hecho tu investigación. — bromeó.

Dio la vuelta al visor de estrellas, un toque de color regresó a su cara. — Es un planeta verde. La vegetación es del todo natural, a diferencia de la mayoría de la Academia.

— Entonces, ¿qué tienen en común la Academia y Chivalry?

— Son dos planetas círculos— de— la— vida.

— ¿Qué significa?

— El aire es respirable. —Su tono de voz normal y el de la piel habían regresado—. ¿Sabes Dane? creo que te estás tomando muy en serio esto de compañeros de estudio.

Empujó la visera hacia arriba. — ¿Y por qué son importantes los planetas círculo de la vida?



— Son diez planetas centrales con las condiciones naturales para sustentar la vida. La Alianza fue construida alrededor de ellos.

— No está mal. —su lengua choco con sus dientes delanteros—. ¿Y el papel principal de Chivalry en la Alianza es...?

— Es la Base Central de los militares. —Cogió la visera de nuevo, a continuación, se volvió hacia él cuando su mano se detuvo—. Basta, Dane. Sé lo que dicen los libros. Dime lo que tu casa es en realidad.

— Es una Base Militar, Aerin —escupió las palabras— no es una casa.

Ella se mordió el labio.

Y él deseaba no haber estallado. No debía permitir que su propio estado de ánimo estropeara sus expectativas. No había ninguna razón por la que ella no pudiera disfrutar de sus vacaciones. O todo el viaje, para el caso. Si él compartía con ella, bien, si él comparte con ella lo que ama de Chivalry.

— ¿Sabes qué? —dijo, suavizando su voz a la vez que una familiar esfera verde apareció en la pantalla—. No voy a contarte sobre Chivalry, voy a mostrártela.

Hermosa, pensó Aerin mientras la esfera verde crecía más y más, cerca, cada vez más cerca.

Había leído que la Base Militar de la ciudad con sus alrededores tomó sólo una fracción de la superficie del planeta, el resto se conservaba como una zona desierta, pero viendo de un planeta como Vizhan, había sido difícil para ella creer tal cosa.

La realidad la golpeó, aun así, mientras Gold Dust atravesaba la atmósfera, y la nave espacial barría en un arco sobre una vasta maraña de hojas, agujas, y ramas.

Tonos de verde, tanto de profundidad y luz, parpadearon a continuación, interrumpiendo aquí y allá por ramas estériles y el brillo de la plata. La nave espacial se desaceleró, y podía ver que la plata era del tono natural de la corteza de los árboles, brillando en contra de los más oscuros marrones y rojos que llenaba el color interior de la selva.



— Casi vale la pena. —oyó murmurar a Dane en voz baja. Luego levantó la voz—. Bueno, ¿qué te parece? ¿Mejor que un libro de texto?

Ella enfrentó una respuesta y se conformó con la verdad. — Más allá de las palabras.

Gold Dust bajó rozando por encima de la copa de los árboles, giro hacia el sur, mientras que Aerin contemplaba por la ventana. Un lago azul brillaba debajo de ella, la extensión de agua se estrechaba en una media luna perfecta. Incluso el bosque comenzó a brillar mientras volaban sobre una sección donde los cristales brillaban recubiertos con una película blanca de las ramas.

Escarcha, se dio cuenta. Tenían heladas aquí... y la nieve en la montaña, los bosques y lagos. *¿Cómo podría Dane haber dejado esto? ¿Cómo iba a soportarlo? Intercambiar esta belleza con la asfixia de la Academia de Wall 7. Incluso el propio espacio perdía su poder en la cara de este paisaje.*

La nave estaba subiendo ahora, escalando la amplia superficie de una impresionante pendiente blanca.

— ¿Estás lista para esto? —preguntó Dane, jugueteando con los controles.

— ¿Para qué? —La piel de gallina se disparó en su piel.

— Esta es la Chivalry Ridge. Las cataratas se encuentran en el otro lado.

— ¿Cataratas?

— Sostente.

Todavía estaban subiendo.

Y entonces ya no lo estaban. La tierra cayó a sus pies, y el avión bajó con ella más de mil pies. Dane volcó Gold Dust, y viajaban en un ángulo muy pronunciado, volando el irregular acantilado. Aerin clavó las manos en sus brazos y abrió la boca en un grito silencioso.

¡Me voy a morir!



Pero entonces vio la primera cascada, un delgado río congelado de hielo azul se abría camino por el acantilado, luego otro, y otro a la vez que el avión disminuyó en una curva de un centenar de cascadas congeladas, trazando y difundiendo su camino a través de la superficie vertical. La belleza se abrió paso a través de su pánico. Ella aflojo las mortales garras de sus manos.

Dane le lanzó una mirada, esbozando una sonrisa. — Te dije: sostente.

Y el avión cayó de nuevo, esta vez una caída absoluta de un centenar de metros, a continuación, se lanzó hacia adelante bajo la visión más espectacular que jamás había visto, el acantilado de un lado, un arco de hielo congelado en el otro, un túnel de cristal. Diez metros, veinte. Cincuenta.

Manchas de luz y oscuridad corrían sobre la nave, y pasó de la ceguera a la vista un millón de veces en los segundos que se tardó en llegar al otro lado. Luego Gold Dust flotó lejos de la orilla del acantilado, antes de ondular suavemente en torno a él y deslizarse por la catarata helada que acababa de volar por debajo.

El exterior era incandescente, una enorme escultura natural. Su respiración subía y bajaba con la resplandeciente luz, y ella no podía hablar. *¿Qué iba a decir?* La nave se abría paso atrás y hacia adelante, deslizándose hasta un riachuelo congelado en la base del acantilado. Luego, después de desacelerar Gold Dust en un pequeño y circular campo de aterrizaje, Dane la apagó.

Durante unos minutos, quizá horas, se sentaron allí, los ojos de Aerin estaban aferrándose a la vista.

Su corazón retumbó en el pecho. *¿Podría alguien ser testigo de tal paisaje y no ser cambiado por él? ¿Y qué le decía eso sobre el joven a su lado, que podría provenir de tal lugar y había escogido compartirlo con ella?*

Un chorro de aire frío despertó el hecho de que Dane se había bajado de la nave. — Vamos —dijo, gesticulándole para que saliera del avión y lo siguiera hacia un pequeño edificio octagonal en el borde de la pista de aterrizaje.

Ella abrió su propia puerta y tanteó con su pie sobre la capa de nieve. Para su sorpresa, la blancura se separó debajo de su bota como si nada. El frío se deslizó a través de su chaqueta de cuero como si estuviera hecha de algodón.



Bajó el otro pie y se apresuró tras Dane, menos preocupada acerca de donde la estaba llevando que de escapar del frío.

CENTRO DE VISITANTES DE CHIVALRY, se leían las letras en negro sobre el vidrio de la puerta del edificio, y el aire caliente la abrazó tan pronto entró. Un hombre con un almidonado cuello se presentó como si fuera a saludarlos, pero Dane le hizo señas de que se alejara, dirigiéndola en cambio hacia un puesto de bebidas.

— Chocolate caliente —le dijo al joven detrás de la barra— uno sencillo. Y uno... —Miró a Aerin.

— Con caramelos. —respondió ella.

El servidor le guiñó un ojo y se apresuró a cumplir. — ¿Dientes dulces? —Bromeó.

Ella se sonrojó, pero aceptó con entusiasmo la taza caliente en las manos. El chocolate se deslizó por la garganta en rico éxtasis, y por un momento era una niña otra vez, Degustando el amor de su padre.

Dane sólo esperó el tiempo suficiente para que ella tomara un solo trago antes de guiarla a través de una brecha entre un par de pantallas pintadas. Ella dio un paso a través del espacio. Y se congeló.

Las ocho paredes y el techo del edificio no se veían por ningún lado. En vez de eso el precipicio sin fin de Chivalry Ridge se levantó ante ellos, no como lo había hecho momentos antes, pero como podría haberlo hecho en la primavera. Los arroyos de cristal estaban vertiendo senderos por la superficie de la roca, el musgo se aferraba en los parches de espesor por debajo de las hojas esmeralda, y el sonido de un torrente de agua llenaba el espacio, intercalado por el poderoso llamado de un halcón alzándose.

El halcón se deslizó hacia abajo, casi rozando la punta de las alas con el pelo de Aerin. Ella alzó una mano hacia él, y el pájaro voló en círculos. Luego barrió a través de sus dedos.

Ella se retiró, moviendo su mano de adelante hacia atrás para inspeccionarla. Dane rió. — Es una simulación, creada por ordenador. —Dio un paso adelante,



metió la mano en el agua en la base del acantilado, y regresó con una palma seca.

- Tiene sonido y la forma tridimensional, pero no...
- Sustancia. —Se dio a sí misma la respuesta, buscando una vez más en su propia mano.

— Exactamente. Ningún calor, ni viento, ni frío.

Tomó otro sorbo de su chocolate. — ¿Entonces, es como una película de tres dimensiones?"

— No del todo. —Dane la llevó al borde de la cascada central, donde fragmentos la rociaban en la cara y las manos—. Un simulador puede responder a preguntas y recrear el pasado sin haber estado allí.

— ¿Quieres decir que podrías pedir que hiciera las caídas cómo hiciste por primera vez, y que podrías enseñarme?

— Sí.

— Eso es...

— Brillante. —una mujer alta, con una chaqueta verde bosque se adelantó. La tarjeta de identificación la designaba como una guía de historia natural que destaco bajo la solapa plana.

— Hace veinte años, el Consejo consideró asentarse en el resto de Chivalry, pero una joven los trajo aquí a ver a su nuevo invento. Ella los convenció de proteger las imágenes que vieron en el simulador. Desde entonces, más de trescientos mil nuevos lugares han sido añadidos a la lista de lugares protegidos en todo la Alianza.

Aerin ladeó la cabeza. — Si un simulador puede responder a preguntas y reproducir el pasado, ¿por qué no tenemos uno en la escuela?

— No se puede re—crear. —Dane y la guía hablaron a la vez.



La mujer se volvió hacia él por primera vez, luego se detuvo, mirándolo fijamente. Aerin suspiró. *¿Cómo podría Dane aguantar esto en todas partes?*

— ¿Qué quiere decir no puede ser re—creado? —le instó.

La guía no respondió, pero Dane respondió: — Los planos no se pudieron encontrar...después de la muerte del diseñador.

— Pero es un computador. —dijo Aerin—. ¿No son almacenados los planos en la base de datos?

De nuevo fue Dane quien respondió. — Tal vez, pero nadie ha conseguido recuperarlos.

— ¿Puedo ver el panel de control? —La pregunta salió de su boca, sin pensarlo conscientemente. *No seas tonta. Esta mujer nunca te dejaría.*

Pero la guía seguía mirando a Dane, como si la decisión dependiera de él.

Su barbilla cayó ligeramente.

— Por aquí, Señorita. —la mujer habló por fin.

Aerin no discutió. Ella siguió a la guía y a Dane hacia las pantallas pintadas, hasta un velo negro en una pequeña alcoba, donde, para sorpresa de Aerin, la mujer se retiró y dejó caer el telón, dejando a Dane y Aerin a solas con el simulador.

— Adelante. —dijo—. A ver si puedes entrar en la base de datos.

Ella arrugó la frente, con ganas de preguntar qué estaba pasando. Pero no del todo dispuesta a arriesgar esta oportunidad. Sus manos saltaron al teclado, escribió en la conexión el código de entrada, y observó. La máquina le permitió entrar, sin ni siquiera pedir una contraseña, pero pronto vio que no había necesidad de tal táctica.

Ella había llegado a sólo una capa superficial de control. Desde esta sección del ordenador, podía ver las imágenes, hacer preguntas, o cambiar la configuración. Pero no le daba la capacidad de composición. Cada vez que



trató de profundizar más, un color dorado oscuro destellaba a través de la pantalla, forzándola a retroceder.

— Está blindada. —dijo, volviendo su mirada una vez más hacia Dane.

— Sí. —contestó, como si él ya lo supiera—. ¿Puedes irrumpir?

Ella ladeó la cabeza hacia él. — Ese no es el punto.

— ¿No lo es?

— No. Si el diseñador optó por poner escudos, debió haber tenido sus razones.

Aerin supo por la forma en que apretó los dientes que no le importaba. — ¿Dane, conociste a esa mujer, la que inventó el simulador?

— No. —La respuesta fue cortante y totalmente inadecuada.

Dane era caliente y luego frío. Ella lo sabía. Lo que no sabía era la sorprendente revelación de las últimas horas. *¿Cómo podía la persona que conocía, con su sarcasmo casi constante y la visión pesimista de la realidad, venir de un lugar de tanta belleza?* Y él sentía la belleza. Había visto la mirada en sus ojos, observando las cascadas congeladas y su brillante simulación homóloga. Ella no sabía que él podía sentir tan profundamente. Pero él le había permitido ver.

Y ahora estaba ocultando algo.

Frustrada, Aerin dejó que su atención se deslizara de nuevo al panel de control. Entonces, sus ojos notaron un nombre, tallado en la placa de metal por encima de la pantalla. Ella miró más cerca, la cólera burbujeaba en su lengua. — Diseñado por E. Madousin. —leyó en voz alta y luego se volvió hacia Dane.

— ¿Qué significa la E?

— Emma. —contestó en voz baja. Entonces, se quebró—. Mi madre.

Dane dejó caer la cortina detrás de él y se dirigió ciegamente lejos del centro



de visitantes. ¿Se había vuelto loco trayendo a Aerin hasta aquí y arrastrándola en este desastre? No es un desastre, su cerebro, argumentó. ¿Cómo podría la memoria de su madre, ser un desastre? No tenía ningún recuerdo de ella. Estaba muerta, siempre había estado muerta por lo que él sabía. La muerte no podía ser desastrosa. Era la vida la que lo era. Y la emoción.

Razón por la cual no debería haber venido aquí. Él lo sabía, había sabido por años que ponerse en ese cuarto con las magníficas cataratas en el acantilado simulado, era como caer fuera de la cosa real sin una nave.

El sonido de botas haciendo crujir el hielo le indicaron que Aerin le había seguido. Ella no hablo, al menos no hasta que habían abordado el avión y una vez más habían despegado. El estaba agradecido por su silencio y desagradecido a la vez.

Había algo acerca de ella, algo que le hacía querer dar pasos que sabía que no eran correctos.

Ella le rescató de sus pensamientos. —Lo siento.

—No lo hagas. —¿Por qué tendría ella que disculparse?

—Yo no sabía lo de tu madre. —continuó—. Supongo que todos los demás sí.

—No importa lo que la gente sabe. —respondió, con los ojos firmes en la pantalla. Los espesos bosques se desvanecían, rotos por los primeros indicios de edificios.

—No la conocían. Yo no la conocí.

—Sabes quién era. Eso es algo.

No mucho.

Los edificios comenzaron a agruparse en el borde exterior de la ciudad, y Dane comprobó el medidor de velocidad. Estaba muy por debajo del límite. Uno pensaría que tendría prisa para poner fin a esta conversación.

Las siguientes palabras de Aerin le sorprendieron, no la declaración en sí,



sino el hecho de que ella lo compartiera. — Nunca supe nada de mi madre.

Sospechaba que si había alguien que sabía menos sobre su propio pasado que él, era Aerin. Tal vez esa fue la verdadera razón por la que se había sentido atraído por ella.

Su pasado era un agujero incluso más negro que el suyo.

— Mi padre nunca hablaba de ella. —dijo—. Recuerdo que le pregunté una vez. La mirada que me dio, no era feliz o triste. Era más bien como de que no podía llegar a mí. Nunca le pregunté de nuevo.

Un nudo en la voz de Aerin hizo que Dane se preguntara si ella lamentaba la decisión de no presionar a su padre por la respuesta, ahora que ella nunca podría hacerlo de nuevo.

— Yo solía pensar que estaba pensando en ella, cuando se iba en silencio y dejaba de hablar por largos períodos de tiempo. Esto puede sonar tonto.

— No. —Dane detuvo el flujo de las palabras. Ella no tenía que explicarle esto a él.

— ¿Tu padre no habla de tu madre tampoco? —Preguntó.

No conmigo.

— Ella debe haber sido increíble. —Aerin susurró—. para construir una máquina como esa.

Dane cerró los ojos. Por un momento, la ciudad desapareció debajo de él, y él podía ver el halcón ascender de nuevo al lado del acantilado y oír el agua cayendo sobre las rocas. Sabía lo suficiente acerca de su madre, había leído acerca de ella. Ella era una rica debutante de otro planeta, había asistido a la Academia 7, se casó con su padre justo después de la escuela, e incluso se le había pedido formar parte del Consejo.

Había rechazado la oferta y murió joven. Pero nada de eso, nada de eso le dijo cualquier cosa. Era la simulación del borde del acantilado con su belleza impenetrable lo único que realmente sabía de ella.



Abrió los ojos a la cruda realidad de la base militar que se extendía por debajo de él. Su asfalto negro brillaba con las heladas. Su estómago dio un impulso repentino de darle la vuelta al avión, pero Dane se abrió paso entre el deseo y la barrida de Gold Dust en una drástica caída.

Una vez más, las manos Aerin se aferraban a los brazos de su asiento.

— ¿No deberías anunciar por radio tu deseo de descender?

Sacudió la cabeza. — Control sabe que estoy llegando.

Y Gold Dust se deslizó a un aterrizaje brusco. Apagó el avión y se deshizo de la correa en el pecho. — Ellos me han estado rastreando desde que entré en la atmósfera.

— ¿Rastreando?

— Aerin, este es un planeta militar. — Él empujó para abrir la puerta, bajando hacia atrás con el fin de seguir hablando—. Ellos rastrean cada vehículo en el espacio aéreo de Chivalry.

Sobre todo el mío.

Abrió el maletero lateral, y luego se congeló. No hubo ninguna advertencia. Ningún sonido, ni un paso, pero de repente él lo sabía. El conocimiento le llegó como un grito. *Cuenta desde diez*, se ordenó a sí mismo. *Diez, nueve, ocho... Estás bien. Estás bien. Estás bien.*

Y se volvió para hacer frente a la rígida mirada del General Madousin.





CAPITULO 14: "NAVIDAD"

TRADUCIDO POR: Dani, vamp29 & Sookie2125

CORREGIDO POR: Nanis

 **A**erin se encontró mirando a la puerta de pasajeros dentro del par de ojos azules más profundos que nunca había visto.

— Deja a mi hermano. —dijo el dueño de los ojos— por hacer esperar a una Señorita.

Una mano lisa y pálida se abrió delante de su pecho en un gesto de expectación.

Y ella la tomó. Dentro de un momento se encontró arrastrándose hacia delante, alzada cerca contra la oscura tela de una chaqueta de la Fuerza Aérea, y dejada suavemente sobre la tierra. Eso sucedió tan rápido que ni siquiera tuvo oportunidad de acobardarse.

Él alto joven se irguió antes de reírse por la expresión exaltada de ella. Él metió un mechón de cabello rubio detrás de su oreja y levantó su fuerte mandíbula.

— Paul Madousin. —se presentó—. Y ¿tú eres?

El calor subió por sus mejillas cuando respondió.

— Aerin Renning.

— Un placer conocerte. —Paul tomó un lento paso hacia atrás—. Estoy seguro de que mi padre estará de acuerdo. —Él sostuvo con cuidado su brazo justo debajo del codo y la guió alrededor de la cola del avión. ¿Su padre?

Ella casi tropezó cuando vio a la versión mayor del joven que ella acababa de conocer. Los ojos eran del mismo azul, la piel del mismo tipo pálido, la línea de la barbilla justo igual de fuerte. Su postura emanaba fuerza, como hacía su pecho luciendo esas filas de pulidas medallas. Él era un pie completo más alto que su hijo más joven, y casi cinco pulgadas más alto que el joven que todavía dirigía su brazo.



— Aerin, este es mi padre, el General Gregory Madousin. —Paul dejó caer su cabeza en un gesto de respeto hacia el hombre mayor—. Padre, esta es Aerin Renning.

La mano del General se crispó. Entonces su pulgar se enganchó bajo su barbilla, y su dedo acarició el costado de su nariz. Cuando su mano bajó, una sonrisa se extendió a través de su cara. Aerin había imaginado al padre de Dane como severo y estricto. La sonrisa contradijo esa suposición.

— ¿Señorita Renning? —Él repitió su apellido con cuidado.

— S—sí, Señor. —ella tartamudeó.

Él ofreció su brazo.

— Parece que mi hijo menor tiene un poco de sentido después de todo. ¿Puedo escoltarla a nuestro vehículo de tierra?

Aerin rompió la mirada, buscando a Dane. ¿Qué pensaría de la sorpresiva aparición de su padre? Su compañero de clase se sentaba con los hombros caídos contra el capó del vehículo plateado, sus brazos doblados sobre su pecho. Estaba observando a su padre, no a ella. Insegura de que hacer, tomó el brazo del hombre más poderoso en el Universo y subió al vehículo con las ventanas teñidas, dos filas de asientos frente a frente, y una cortina blanca separando el espacio del pasajero con el del conductor.

Paul se sentó frente a ella, el General Madousin a su lado. Dane avanzó lentamente al último, cerrando de golpe la puerta.

Ella trató de coger su mirada, pero él cayó en el asiento frente a su padre y fijó sus ojos en el techo.

— Me disculpo si mostré carencia de amabilidad en su recepción, Señorita Renning. —declaró el General—. Estoy seguro que lo habría hecho mejor si hubiera sido consciente de su llegada.

Aerin se sonrojó.

— L... lo siento, Señor. —ella dijo—. Dane y yo estábamos bajo la impresión



que usted todavía estaba negociando con el Sindicato. Espero que mi estadía aquí no sea un problema.

El hombre mayor sonrió.

— Tonterías, querida. Esta familia podría beneficiarse de una presencia femenina. —El general se detuvo, luego dio un guiño y explicó,— Las negociaciones fueron detenidas hasta el final de las vacaciones. A veces incluso es más fácil comunicarse con el Sindicato que con mi hijo menor.

El comentario la hizo incomodarse, pero Dane no hizo nada para negarlo. Él continuó mirando fijamente al techo.

— Cuéntanos, Aerin, —dijo Paul,— ¿Qué te convenció a pasar tus vacaciones aquí?

Las preguntas la preocuparon, Aerin se encontró sin ninguna otra opción excepto responder. Dane no abrió ni una vez su boca. La molestia creció dentro de ella por su hosco estado de ánimo, pero su hermano y padre la hacían sentir tan bienvenida que estaba cómoda con su presencia por el tiempo que el vehículo se detenía. Dane salió del vehículo sin un vistazo hacia su dirección, pero Paul le ofreció su brazo y susurró en su oído:

— Bienvenida a nuestro hogar, Señorita Renning.

Ella observó fijamente en estado de shock. Paredes de mármol se extendían ante ella: tres, cuatro, cinco pisos de alto. Acero pulido adornaba rizando el camino alrededor de docenas de ventanas así como el juego de puertas dobles en el centro del enorme patio con cristal incluido. Coronas de plata rodeaban las aldabas, y vides de plata se trenzaban alrededor de columnas cada quince pies. *¿No podría Dane haber mencionado que vivía en una mansión? No, quizás no.* Quizás ella no había entendido. Como con las caídas.

Una mujer delgada con un pañuelo gris en la cabeza abrió las puertas, y Aerin dio un paso dentro del patio sin fin. Cristal azul—medianoche formaba tres paredes distantes, y el piso de obsidiana se arremolinaba con trazos de plata y oro. Era como estar de pie en el espacio vacío, como si alguien hubiera tratado de rehacerlo y casi lo hubiera logrado.



Una suavidad repentina acarició sus mejillas. Desde más allá del patio, Dane le enviaba un fiera mirada a su hermano. Paul lo ignoró y dio un guiño hacia ella, entonces señaló hacia arriba a un muérdago. La vergüenza inundó su cara cuando comprendió que la suavidad habían sido sus labios sobre su piel. ¿Ella había entrado en alguna realidad alternativa?

Para la hora que ella se fue a la cama esa noche bajo un dosel de seda dorada, estaba segura de eso. Su primer paseo por la casa había estado lleno de un milagro tras otro: las ramas de pino agotando su esencia en la chimenea, el abeto vestido en una cascada de oropel: las velas de vainilla recubriendo el piano, aparador, y la amplia mesa de comedor. Y Dane había dicho que este no era un hogar. Era lo más magnífico que Aerin alguna vez hubiera imaginado en las fantasías de su niñez.

La tentación la despertó en la mañana, el olor de pastelillos calientes colándose bajo sus sábanas y atrayéndola a la mesa del desayuno. Dane estaba sentado solo, fregando los restos de su plato.

— Pensé que volaríamos el borde del sur hoy — dijo, limpiando sus dedos en uno de los dos gruesos abrigos colgando en el respaldo de su silla.

Alegre de que él le hablara otra vez, ella recuperó un pastelillo de la cesta y se vertió una taza llena de chocolate antes de sentarse.

— ¿El borde del sur?

— Está al borde de un océano. Las tormentas allí son espectaculares en esta época de año.

— ¿Es peligroso?

Él sonrió abiertamente.

— Solo un poco.

Un pinchazo caliente se deslizó bajo la garganta de Aerin. No tenía deseos de dejar este lugar a cambio de peligro.

— ¿Cuándo iríamos?



— ¿Ir a donde? —una voz poco clara vino desde la entrada.

Paul entró a la habitación usando nada más que la parte inferior del pijama y unas pantuflas peludas. Los músculos sobre su pecho brillaron bajo la lámpara del techo.

Aerin sintió su boca secarse. Le tomó varios segundos darse cuenta que nadie había respondido la pregunta.

— Al borde del sur. —ella soltó.

— Ah. —Paul se sentó con facilidad en una silla vacía y le dio un vistazo significativo a su hermano—. Eso está a todo un día de viaje.

— No me digas. —contestó Dane.

— ¿Es eso un problema? —Aerin preguntó. Cogió la mantequilla al mismo tiempo que su hermano. En vez de retirarse, Paul capturó su mano.

La porcelana se clavó contra la madera en el lado opuesto de la mesa.

Los ojos azules capturaron su atención.

— Es que nuestro padre se sentirá decepcionado al ser privado de tu compañía. —dijo Paul— al igual que yo. —le dio vuelta los dedos y la besó en la palma.

Patas de las sillas rasparon el suelo pulido.

No había pensado en cómo quedaría, teniendo a Dane lejos de su familia en su primer día de vacaciones.

— Tal vez deberíamos esperar unos días. —dijo a los ojos azules— en lugar de irnos tan pronto.

— ¡No! —Dane se paró con tal fuerza que la mesa vibró, y el chocolate se derramó de su taza. Aerin corrió a absorber el líquido en la servilleta, y luego se encogió cuando la mancha marrón se infiltró en el paño fino. Ella miró como disculpándose.



Ambos hermanos se miraban uno a otro. Paul sentado en su silla, con la cara tranquila e ilegible; Dane parado, con los hombros apretados y el pecho a punto de explotar. Se sentía como una extranjera de otra dimensión, llegando a un argumento que no tenía la habilidad para interpretar. Luego, sin explicación, Dane tomó el abrigo de la silla y abandonó la habitación.

Su mirada voló a Paul, que sólo encogió un hombro desnudo y abrió el tarro de miel.

Con una mirada reacia al chocolate restante, arrebató un muffin y corrió detrás de su compañero de clase, para encontrarse con él en la puerta de vidrio que daba al patio.

— ¿Qué es lo que te pasa? —Preguntó ella, sintiendo su paciencia delgada—. Tu hermano y tu padre han sido nada más que corteses conmigo. Se podría pensar que yo era su invitada en lugar de la tuya.

Dane apoyó las manos en los bordes de la puerta y miró al piso de obsidiana.

— Lo siento, Aerin. No debería haberte puesto en esta posición.

— ¿Qué posición? —Podía sentir crecer su exasperación.

— En el medio. —Puso uno de sus brazos en una de las mangas y salió al patio, dejándola más confusa de lo que había estado antes

Entonces se volvió.

— Me gustaría llevarte al borde del sur de hoy... si no te importa.

¿Qué podía hacer? Ella no podía enmendar las desavenencias entre él y su familia. Y era evidente que cualquier intento por su parte de hacerlo, echaría a perder su amistad con él.

— ¿Qué debo llevar? —Preguntó.

— A ti misma. —Le tiró a ella otro abrigo—. Y esto.

Aerin nunca había visto nada como el borde del Sur. Blancas olas crestadas



trastornadas sobre las formaciones de piedra en punta. Franjas gruesas de niebla cubrían la distancia, borrando el horizonte. El rocío vino desde abajo, y la lluvia amenazando desde arriba. El agua llenó el mundo.

Al menos, eso parecía desde la perspectiva de Aerin, detrás de la ventana de gigantesca longitud de la cubierta de los visitantes. Dane la sentó sobre un cojín blanco enorme hacia la ventana y le trajo una taza humeante de chocolate.

— Para compensar esta mañana. —El sonrió.

Tomó un sorbo, sus ojos se agrandaron cuando el dulce sabor de caramelo bajó por su garganta. Había recordado su petición del día anterior. Ella ladeó la cabeza y estudió a Dane cuando se estableció a sus pies, con los ojos mirando el choque de las olas abajo. Había muchas cosas que no sabía de él, antes en la Escuela. Su sentido de la belleza. Su atención al detalle.

Y había mucho que todavía no entendía: su comportamiento hostil hacia su hermano y su padre, la intensidad de su reacción cuando ella había sido testigo del nombre de su madre, su entusiasmo por la violenta escena de abajo.

— ¿No te asusta? —Aerin preguntó mientras una violenta ráfaga de rocío martilló la ventana.

— Por eso me gusta. —dijo, deslizando su mano cerca de la suya—. Los primeros exploradores de caballería, pensaban que si se encuentra el material adecuado, se podría hacer un buque que pueda resistir sus mares salvajes. Se intentó todo: acero, ironite, Maravan, de oro.

Ella alzó las cejas. Maravan de oro era incluso más fuerte y más costoso que el ironite.

— ¿Estos fallaron?

— Miserablemente. —dijo, y señaló en las formaciones de piedra gigante, y luego hacia el lado de la habitación—. ¿Ves lo que esas rocas pueden hacer con el metal cuando estas se estrellan contra ellos a la velocidad de un viento Chivalian? Esto es un remanente de un barco.

Se quedó mirando al trozo de metal destrozado enroscado a lo largo del borde



de la cubierta de visitantes. Agujeros profundos perforaban el centro del metal y largos hilos de plata envueltos alrededor de los bordes, doblados hacia adelante y hacia atrás el uno sobre el otro. Había pensado que el metal era una escultura, tal vez una versión abstracta del mar. Allí no quedaba nada más que formas maltratadas, como para definirlo como un buque.

— ¿Y tú encuentras esto fascinante?

— Sí.

Pensó en todas las veces que había envidiado a Dane su valor. Cuando había argumentado la parte controvertida de un tema de debate acalorado o subido el andamio sin una escalera. Y ayer, la caída de su avión sobre el borde de un acantilado para elevarse a través de un túnel de hielo. Había algo envidiable en su falta total de miedo. E inquietante.

Miró de nuevo el metal destrozado que había sido un barco.

— ¿Por qué? —Le preguntó—. ¿Por qué el peligro es tan atractivo para ti?

No la miró, su mirada se volvió hacia la ventana donde el cielo se había abierto a un rayo. Su mano se cerró sobre la de ella cuando ella se estremeció.

— No estoy seguro. —Susurró— pero tarde o temprano, esas olas... derrotaran las rocas.

La intimidad que se había formado en su viaje desapareció inmediatamente después de su vuelta a la mansión. Al General Madousin, claramente le molestó que su hijo hubiera elegido pasar el día fuera de casa, había celebrado hasta la cena, un acto que Aerin encontró difícil de entender cuando Dane se negó a hablar una sola palabra a su padre. Le correspondió a Paul para aliviar los sentimientos de dolor de su padre y mantener la conversación fluyendo.

El mismo patrón completó los días siguientes. Aerin y Dane pasarían las horas del día explorando las maravillas naturales del planeta. En las tardes, volverían a la mansión, donde iban a caer en el silencio.

Un patrón que no se rompió hasta la Navidad.



Esa mañana Aerin llegó a la mesa del desayuno para encontrar un impresionante collar verde esmeralda en espiral en el centro de su plato. El General Madousin puso el regalo extravagante alrededor de su cuello y aseguró la traba. Ella vio la mandíbula de Dane apretarse. *¿Es que no quería que recibiera el regalo?*

En contraste, Paul le hizo una profunda reverencia.

Ella se sonrojó de vergüenza al no tener nada que dar a cambio, pero el General ignorando sus disculpas, a continuación, dirigió tanto a ella como a sus hijos a la capilla de la Base, donde asistieron a un servicio religioso y vio una actuación especial de canto, música e iluminación de las velas por la juventud local.

Tras el regreso a la casa, el General sugirió a todo el mundo retirarse a prepararse para una cena formal a las dos. Preguntándose cómo los otros podrían requerir de una hora para prepararse para una comida, Aerin subió las escaleras hacia su dormitorio lentamente.

El espectáculo que la recibió allí la tomó por sorpresa. Un vestido de terciopelo rojo con corte de oro colgaba del dosel de la cama. Se acercó, tocando el paño suave. Bordadas en el cordón a lo largo del cuello estaban figuras de aves: palomas y ruiseñores, cada una única. Nunca en su vida había tocado algo la mitad de bueno.

Con miedo de que el vestido no le entrara, Aerin tiró de la ropa y descolgó el vestido. Ella pasó por debajo de la falda, aliviando el escote en la cabeza, y deslizó sus brazos en las mangas largas. El tejido blando se alisó sobre su piel sin una arruga. Con la boca abierta se colocó delante del espejo. El corpiño ajustaba perfectamente, abrazando su cintura y el pecho, ocultando las cicatrices en el hombro, y la falda era lo suficientemente larga para cubrir sus botas de la escuela.

La hora casi voló mientras trataba de hacer que el resto de sí misma se adecuara para tal vestido. Se bañó, se vistió una vez más y se sentó a la vanidad, luchando para hacer algo con su pelo largo. Sus dedos no tenían la habilidad, y ella finalmente se rindió, conformándose con cepillarse los cabellos hasta que cayeran por su espalda con simplicidad.



Antes de que ella lo supiera, la manecilla de la hora en el reloj apuntó a los dos. Aerin agarró su falda en cada mano, bajó por las escaleras y se dirigió hacia el comedor.

Su entrada se reunió con el silencio atónito. Ni Dane ni el general Madousin dijeron una palabra. Ambos se miraban como si una presencia extraña hubiera entrado en la habitación. El rostro de Dane se puso pálido, y sus ojos brillaron en un profundo, intenso color marrón.

Fue Paul quien la rescató, saltando de su asiento para ofrecer su mano y escoltarla a su silla.

— Muy eficaz. —le susurró al oído.

Las luces se habían atenuado, y cada una de las velas de vainilla en la habitación, estaban encendidas. En el centro de la mesa del comedor formal estaba situado un gran pavo asado, chorreando salsa de rociada de naranja, y cuencos de patatas a la crema, salsas de fruta, y las ensaladas fueron diseminadas por el mantel de encaje. Panes cubiertos por una tela de plata que descansaba en una canasta, y un trío de criadas de pie en la esquina, cada una esperando para volver a llenar cualquier vaso vacío o plato.

El General Madousin inclinó la cabeza para dar las gracias. Luego los platos comenzaron a moverse de un lado para el otro, y Paul, que estaba sentado a la derecha de Aerin, le dijo los nombres de platos raros, ofreciendo su propio consejo en los que debería tomar.

La conversación en la mesa comenzó con hablar sobre el rendimiento en la capilla, luego derivó en el tema de la educación superior, y, finalmente, para incomodidad de Aerin, se fijó sobre ella.

— ¿Cuánto tiempo ha asistido a la Academia 7, Señorita Renning? —Preguntó el General.

— Empecé este año. —respondió ella, llevando una cucharada de salsa de cerezas ácidas a los labios.

— ¿Y dónde estaba usted antes? —El General tomó un sorbo de vino.



La cuchara vaciló. Era una cuestión natural, se dijo. *No tenía ninguna razón para sospechar que no soy un ciudadano.* Pero este hombre, quizás más que cualquier otra persona, hacía cumplir las leyes de la Alianza.

— Yo... —Aerin cayó de nuevo en la historia que ella había dado a Dane—. Mi padre volaba un buque comercial, y viajé con él hasta que murió.

— Ya veo. —La voz del General Madousin sostuvo una nota extraña en ello, medida pero convincente—. ¿Y el nombre de su padre?

Se encontró respondiendo con honestidad, aunque su voz temblaba.

— Anthony era su verdadero nombre. La mayoría de la gente le llamaba Tony.

La copa de vino golpeó la mesa.

— ¿Cuándo dice usted que murió su padre? —Esta vez la pregunta vino con una velocidad abrupta.

Aerin sintió que su corazón martillaba. No lo había dicho. No quería mentirle a este hombre. Pero ella no podía responder las preguntas que estaba obligadas a seguir si ella le dijera la verdad.

— R—recientemente.

Dane la rescató, hablando con su padre por primera vez en toda la visita.

— Tal vez podrías dejar ese tema por uno menos doloroso.

El hombre más grande le dio a su hijo una larga mirada, como si sopesara las opciones. Un gesto lento señaló su elección.

— Bueno, Dane, puedes compartir tus impresiones de mi Alma Mater en su lugar.

Por un instante Aerin se preocupó de que su compañero pudiera abandonar la conversación, pero no lo hizo. En su lugar, un diálogo vacilante surgió entre el padre y el hijo más joven.



— Es un desafío. —dijo Dane.

— Me alegra escuchar que no ha cambiado. —El General se limpió los labios con su servilleta bordada—. ¿Y qué parte te parece más difícil?

— Estar a la altura de tu reputación. —La boca de Dane aumentó en un giro irónico de modo que era imposible saber si se estaba burlando de su padre o diciendo la verdad.

El general decidió creer que era lo último.

— Creo que todavía tienen un número de registros allí.

Dane giró el vaso en un círculo.

— ¿Cuál diría usted que es el más grande?

El General inició una historia acerca de su habilidad de disparo. Aerin trató de llamar la atención de su compañero. A juzgar por los montones de placas y trofeos que ella y Dane habían rescatado de la corrosión, los registros de antiguos alumnos no fueron muy apreciados en la Academia 7. Era una manera de Dane para exponer los logros de su padre.

— Y esa —dijo el general, terminando su historia— fue la última vez que un estudiante más grande se jactaba de tener la mejor puntería en el campus.

— Los de Primer año no están más autorizados a disparar. —dijo Aerin.

— Hmph —respondió el hombre de más edad—. Eso es de Jane, toma decisiones que socavan la integridad de la Alianza.

¿Jane?

Dane respondió a la pregunta tácita de Aerin.

— Creo que la Dra. Livinski siente que los estudiantes primero deben tener una base firme en las formas más tradicionales de combate.

El General se burló.



— ¿Y en qué has perdido el tiempo en este año?

— Se ganó la segunda marca más alta en el combate físico. —dijo Aerin, saltando ante la oportunidad de mejorar la situación de su amigo a los ojos de su padre.

— ¿Segundo lugar? —El general arqueó una ceja.

— Se sorprendería de la competencia—. Dane reprimió a Aerin con la mirada, amenazando con llevar la conversación hacia ella.

Rápidamente ella se retiró de hablar, dejándose disfrutar el papel de silencioso observador. Las copas chocaron y se vaciaron y se llenaron de nuevo. Los postres vinieron, cubos de chocolate en las piscinas de crema. Y Dane y su padre hablaron. Tal vez ahora la tensión entre ellos era menor. Sin duda, lo que había influido en su relación no duraría en un lugar tan mágico.

Ella no podía dormir esa noche, ni siquiera bajo la colcha de oro y dosel con volantes. El recuerdo de ese día tan especial la había envuelto alrededor de su mente y procedió a correr en suaves círculos a compas del reloj. Como si estuviera a través de una tercera revolución, ella finalmente se rindió, echó atrás la colcha, y recuperó su vacío vaso de agua de la mesilla de noche. Tiempo para una misión.

El sonido de voces que vienen de la planta baja la distrajo. Ella no debería, entonces, ser la única en tener dificultades para dejar pasar este día en el pasado. Cuidando de no caerse en la oscuridad, ella se deslizaba hacia abajo. Una tenue luz provenía del patio, y pudo distinguir dos sombras en el otro lado del vidrio de color, cuando llegó a la planta baja, sus pasos fueron más lento. El tono de la voz estaba muy lejos de ser agradable.

— ¿Qué pensaste que ibas a lograr, con traerla aquí? —El General exigió.

Aerin se congeló, al darse cuenta que estaba hablando de ella.

— Pensé que yo podría disfrutar de las vacaciones. —respondió Dane.

— No dejes de lado. —La voz del General se levantó mientras la sombra más grande se acercaba a la sombra más pequeña. De pie junto a su hijo así, la



altura y volumen extra del General Madousin eran evidentes—. Tú y yo sabemos que no es por eso qué ella está aquí.

— ¿Lo sabemos?

— Hasta esta noche —dijo el general— Asumí que traerla aquí fue tu idea.

— Fue mi idea. Invité a...

— ¡Detente! —La nota corto a través del cristal—. Sólo deja de fingir. Sabía que me dabas cebo con ese vestido."

— ¿El... el vestido?— Dane tartamudeaba.

— No pretendas que no sé de dónde vino. Debes de haber entrado en la habitación de tu madre. —La acusación atravesó la mente de Aerin.

— Nunca había visto ese vestido hasta hoy. —dijo Dane.

De alguna manera Aerin sabía que él decía la verdad. El joven que había volado con ella atravesando las cascadas nunca traicionaría la memoria de su madre, no por algo tan crudo como rencoroso, no importa lo que su padre creía. *¿El terciopelo rojo pertenecía a Emma Madousin?* Aerin se deslizó hacia la puerta corrediza de cristal abierta en el patio. Tal vez ella debería pedir disculpas, explicar cómo había llegado a usar el vestido y de cómo ella nunca quiso faltarle al respeto. Pero si ni el General ni Dane habían dejado el vestido, *¿quién lo había hecho?*

La respuesta vino de Dane, a sólo unos metros de distancia ahora, pero todavía ajeno de su presencia. Con su espalda y los hombros rígidos.

— Supongo que no se te ocurrió a ti —le dijo a su padre— que mi hermano podría haber tomado el vestido.

— ¿Qué interés podría tener tu hermano en un erizo como ese? —Las palabras del General fueron como una bofetada. Y de repente Aerin no quiso estar allí, no quiso oír a donde se dirigía esto. Pero ella no podía moverse.

Ella podía ver claramente ahora a través de la abertura. El General estaba



frente a ella, pero en un ángulo, su atención estaba plenamente asumida por su hijo. La ira montaba en la cara en duras líneas.

— Oh, estoy seguro que Paul no tiene interés en Aeri. —dijo Dane— pero no hay nada que le gustaría más que acusarme.

— ¡No culpes a tu hermano de esto!

— ¿Cómo podría? Nada es culpa suya.

— Esto no es sobre él.

— ¿Qué entonces?

— ¡Aerin Renning! —El general gruñó su apellido—. La sacaras de esta casa para el mediodía de mañana.

— ¿Qué se supone que voy a decirle? —La respuesta de Dane la sorprendió—. Que mi padre ha perdido su mente y quiere que se vaya.

La furia en la voz del General se redujo a una calma aterradora.

— Dile la verdad. La agarré en esta mentira en la cena de la noche, y te apresuraste a cubrir sus pasos. Tú estabas en esto con ella, tirándolo en mi cara.

El vaso de agua cayó de la mano de Aerin.

Dane dio un paso hacia adelante, hacia su padre.

— Yo... no... Sé de qué... estas hablando.

Y en ese instante el puño del General Madousin salió disparado y golpeó el lateral del rostro de su hijo. Aerin saltó de horror.

Dane se agachó, las manos apretando su mejilla.

— Vete al infierno. —dijo el general, su voz tan baja como lo había sido antes del súbito ataque.



— Me alegra dejarte en eso. —respondió Dane, tropezando con la apertura.

Y entonces él estaba allí, mirando a Aerin, bloqueándola de la vista del general. Dejó caer las manos de su cara, y ella pudo ver la marca roja brillante a través de la parte superior del pómulo. Sin mediar palabra, le agarró por los hombros, le dio vuelta hacia las escaleras, y la empujó.

Ella pudo oír la puerta corrediza de vidrio cerrarse detrás de ella.





CAPITULO 15: "PAIN"

TRADUCIDO POR: cuketa_lluminosa

CORREGIDO POR: Brooke



Dane se levantó del patio frío por el dolor. Su lado izquierdo dolía, mucho peor que la quemadura en el pómulo justo debajo del ojo. Se esforzó por levantarse y sintió la oscuridad cernirse a su alrededor. El fuego quemaba a través de su pecho, y algo se deslizó.

Los recuerdos discordantes de la noche anterior impactaron contra su conciencia. Él debería haber sabido pelear mejor. Dos meses de la ortodoxa formación de Aerin difícilmente podría superarse en toda una vida. Dane sabía que no tenía ninguna oportunidad.

No había sangre. Demasiado descuidado. No es el estilo del General. De alguna manera Dane se levantó del suelo. Tropezó a través de la apertura del vidrio, y luego se hundió en la pared —Escaleras.

Consideró no subirlas, y dirigirse en sentido contrario, alejarse, nunca volver.

Pero no podía dejar a Aerin atrás. Un espeluznante, hueso moviéndose en él a cada paso, se abrió camino hasta la escalera. Después del segundo peldaño, una nube gris lo nubló todo, y dejó de pensar en el movimiento, sólo siguió adelante.

Una cosa increíble, el dolor. Como una droga, masacrando el pensamiento. En la parte superior, se golpeó en el exterior de la puerta y llamo — Aerin, nos vamos.

No se molestó en regresar a su habitación. No había nada que valiese la agonía de hacerlo. — ¡Aerin! —Ella apareció en la puerta, con su bolso en las manos, su cara llena de preocupación.

No podía hablar con ella, no podía pensar en lo que ella había visto. Ahora no. Ella fue una sombra en el borde de su visión periférica, un apoyo necesario y nada más. Cajas lo estaban esperando en la entrada: diez, tal vez quince. Todas etiquetadas con su nombre en ellas, el modo del General de echarlo de la mansión. Dane no les hizo caso. Ningún pensamiento o emoción por tratar con



esas cajas. Él sólo podía caminar alrededor de ellas, cruzar el cemento, y dirigirse hacia el aeropuerto.

Tenía que caminar. De ninguna manera iba a pedir un paseo al chofer de su padre.

El dolor le proporcionó sólo sustento. Se sentía desnudo, como si cada alma en la Base lo estuviese mirando. La única defensa que pudo reunir fue mantener la cabeza baja, evitando los ojos de esas miradas. Dio las gracias al dolor por abrumarlo. Una neblina que se esfumó cuando vio el pelo gris, las manos grises, y la cara familiar esperando en la cola del avión. *Pete.* Dane sintió de que todo dentro de él se rompía, como un millón de ramas de quebrándose bajo el torrente de un tormenta.

— ¿Evitándome? —El mecánico acusó.

Con un gesto tembloroso, Dane indicó a Aerin que subiese a bordo del avión.

Ella frunció el ceño, con la mirada centrada en el hombre de más edad, pero ella siguió las indicaciones, empujando su bolso en el compartimiento de almacenamiento y saltando en el asiento del pasajero.

Pete la vio cerrar la puerta, luego se volvió hacia Dane. Su cabeza se sacudía con un extraño, oscilante ritmo que le hacía parecer más viejo.

— Sabías que esto iba a suceder. —dijo.

Dane no se molestó en preguntar. Pete sólo lo sabía, de la misma manera en que siempre sabía y siempre estaba allí para recoger los pedazos.

— No puedes permitirte el lujo de volver. —dijo el hombre de más edad.

— Tu padre nunca va a cambiar. Él te destruirá.

Dane parpadeó. Pete nunca fue tan contundente, nunca salió y ahora expresaba la verdad sobre el General, al menos nunca lo había hecho antes.

— ¿O encontrara un blanco más fácil? —agregó el hombre de más edad, sumergiendo la cabeza hacia el lado del pasajero del avión.



— No le hizo daño. —Dane se apresuró a decir—. Él nunca ha golpeado a nadie excepto a mí.

— Tal vez. Si pensó que iba a llegar a ti.

Las palabras eran las mismas que habían martilleado en el cerebro Dane la última noche, cuando oyó a Aerin romper el vidrio. Y había experimentado el temor real, del tipo del que había pensado que era ajeno. Inmune. Sin embargo, su inmunidad había fracasado.

— Él nunca me dará otra oportunidad, Pete. —Dane se atragantó—. No voy a volver.

El hombre mayor no protestó, le dio la mano. Esto era, entonces, por qué habían llegado al aeropuerto.

Y por primera vez, Dane sabía por qué él mismo había regresado a la Caballería.

Y por qué había invitado a Aerin contra su mejor juicio. No porque ella quisiera venir. Esa había sido la excusa. La verdad era que la necesitaba, necesitaba a alguien para validar sus propias acciones, hasta situarse en el hombro y distraerlo del hecho de que nunca iba a ver este mundo de nuevo.

No era la densidad y cruda belleza de su desierto o el simulado espectáculo del legado de su madre. O la cara curtida del hombre frente a él. Por unos interminables minutos, Dane se quedó mirando la pista, tratando de reunir el control. Luego se obligó a cumplir con la mirada de su amigo más íntimo y poco a poco tomó la ofrecida mano en un apretón firme, para decir adiós.





CAPITULO 16: “NEGACIÓN”

TRADUCIDO POR: Sookie2125

CORREGIDO POR: obsession

**E**l no debería de estar aquí, Aerin pensó mientras daba un paso en el campo de la Academia y miró a Dane a través del diluvio de lluvia. Ella no podía culparlo de no hablar con ella en la semana desde su regreso a la Escuela, es decir, ella podría, pero probablemente ella habría hecho lo mismo en su situación. Y ella no podía culparlo por mantener su cuarto y dejándola valerse por sí misma en el campus casi desierto. Tampoco lo culpó por asistir a clases esa mañana en el primer día oficial de regreso. Ella comprendió eso, también. Pero esto, esto era una idiotez.

La Señorita Maya podía haber dado a toda la clase de primer año una hora de aplazamiento en la lluvia, con su conferencia sobre las expectativas del segundo semestre, pero ella había sido muy clara con que no habría respiro disponible durante el combate. — Tienen que aprender a luchar en todas las condiciones —había sido su lema desde el comienzo de la temporada húmeda. Y ahora, con la conducción de gotas de lluvia rebotando fuera de la acera y estrellándose contra la hierba, Aerin sabía que estaba a punto de enfrentar el verdadero significado de esa declaración.

Ella nunca había luchado en el barro antes, ni en nada peor que una constante llovizna. Habría problemas, ella debería preocuparse por los escollos. Técnicas que ella debería contemplar.

El otro día, la perspectiva de la lucha en la lluvia podría haber consumido toda su atención. Pero la estupidez de Dane lo hacía imposible.

Él no tiene derecho de estar aquí.

La Señorita Maya, viéndose más cómoda en el torrente de lo que ella se había visto en las aulas superpobladas, llevó su silbato de plata a los labios. Este emitió un agudo grito cuando hizo un gesto para que los estudiantes se colocaran en equipos. — ¡Muy bien, vamos a ver quién quiere permanecer en esta escuela! — gritó a través de la lluvia.

Aerin miró como Dane arrastraba los pies delante de ella y establecía los pies



en posición de apertura. ¿Qué estaba pensando? Que ella no sabía que él apenas podía caminar. Él no había ido a un médico. Si lo hubiera hecho, la Señorita Maya nunca le habría dejado en el campo. No era justo, él estaba poniendo a Aerin en esta posición.

Una vez más sonó el silbato.

Él no atacó.

No es sorprendente para alguien que ni siquiera puede llevar su propio equipaje. Ella dudaba de que él pudiera bloquear, y mucho menos realizar un asalto. Y si él contaba con ella para el primer ataque, él podía olvidarlo.

Ella no se movió.

Él esperó, y ella podía ver la comprensión que aparecía lentamente en su rostro, una sombra sustituyendo la ilusión. Ella podía oír a los otros estudiantes a su alrededor puestos en marcha en las maniobras, arrojándose unos a otros en el suelo empapado, cabiendo sus cuerpos fuera del barro.

Él cerró los párpados y dio un paso atrás inestable.

Aerin no habló. Ella no tenía que hacerlo.

Debido a que la Señorita Maya estaba de pie sobre ellos ahora, con su mirada aguda en el irregular y feo moretón en la mejilla manchada de Dane. Ella dio un paso adelante, entre él y Aerin, a continuación, colocó las manos en las caderas. — Madousin. —la maestra ordenó— dirígete directamente a la enfermería.

Todavía Aerin no se movió. Ella lo vio irse hasta que no quedaba nada para ver sólo la espesa cortina de lluvia. Y la reflexión intensa de traición en sus ojos.

Ella trató de no pensar acerca de él por el resto de la tarde. Agachando su cabeza. Cerrándose. Centrándose en las habilidades necesarias para no matarse o a su reasignado socio. Después, ella tomó una ducha, se enterró en sus estudios, y a continuación, corrió frente a la cafetería. Sola.

Pero ahí, su cuidadoso evitar se vino abajo.



— ¿Puedes creer que lo dejaron quedarse? —Una mocosa voz femenina cargada por la mesa casi vacía.

— Por supuesto que sí —fue una segunda voz—. Él es el favorito de Maya.

Aerin lanzó una mirada rápida hacia las dos oradoras, reconociendo a ambas como compañeras de primer año: una pequeña muchacha morena con una inclinación por copiar los documentos de los demás y una rubia atlética, cuyo trabajo no valía la pena copiar.

— ¡Ah! —La morena se burló, entrelazando la cuchara entre los dedos delgados—. — ¿Crees que si uno de nosotros fuese maltratado en una pelea durante las vacaciones, todavía estaríamos aquí?

¿Una pelea? ¿Así es cómo le estaban llamando? Bueno, la fábrica de rumores tenía que aparecer con una explicación para el moretón en la mejilla de Dane, y conociéndolo, él no hubiera desalentado el rumor. Es posible que él lo hubiese comenzado.

— Casi —respondió la rubia—. Él tiene la suerte de escapar con sólo tres grietas en las costillas.

Aerin hizo una mueca. *¡Tres costillas! ¿Cómo él podría considerar ir a clase de esa manera?*

— Es a causa de su padre —continuo la rubia—. Cualquier otra persona, tendría que haber sido expulsado con un ruido sordo. Esa es probablemente la única razón por la que se le aceptó en primer lugar.

Aerin sentía correr sangre por su lengua antes de que ella se diera cuenta de que se había mordido. Ella sabía que Dane no querría que lo defendiera. Viéndolo hoy había sido como verlo autodestruyéndose.

Sin embargo, estas niñas no tenían derecho a especular.

— Eso no es cierto", Aerin se encontró interrumpiendo—. Dane es uno de los mejores estudiantes en la Escuela. Él no necesita ningún favor especial.

Dos miradas agrias fueron dirigidas hacia ella. — ¡Ah, sí? —Dijo la rubia—. Él



consiguió un aplazamiento de dos meses de entrenamiento físico, ¿y eso no suena como un favor especial para ti?

— ¿Qué eres? —La muchacha morena agregó—. ¿Su novia?

— Lo dudo —sonrió a su amiga—. ¿Viste la mirada que él le dirigió cuando ella lo humilló en la clase de hoy?

— Mortal.

— Además —la rubia señaló en la sala— ¿él podría estar sentado más lejos de ella?

Aerin voló la cabeza arriba. Efectivamente, Dane estaba en la esquina de la habitación. Por un instante su cabeza se acercó y su mirada se cruzó con la suya, y luego se volvió sin reconocimiento.

Ella comenzó a cortar una piel de la patata con el cuchillo. Si él quería castigarla por negarse a dejar que se matara a sí mismo en el combate físico, estaba bien. Ella podía vivir con eso. Él podía ignorarla todo lo que él quería. Ella siempre había esperado que él perdiera interés en ella. Poco a poco, sin embargo, la fuerza detrás de su cuchillo disminuyó.

Si ella fuese honesta consigo misma, verdaderamente honesta, entonces debía admitir...

Que ella había comenzado a pensar en su amistad con Dane como algo más que temporal.

Que ella entendió por qué él había entrado en ese diluvio esta tarde.

Y que el muro de separación que había crecido entre ellos esta semana era su culpa. Él lo había construido para reemplazar el que Aerin había derribado. Ella había visto lo que ella no debía ver, y él no podía perdonarla, porque el equilibrio del secreto se había inclinado, la escala se movió demasiado lejos en su dirección.

Ella lo sabía. Ella lo comprendió.



Y sabía cómo terminar con esto.

La única manera de reparar el daño era reequilibrar la balanza al derramar su propia oscuridad en el agujero que había hecho en su amistad.

Pero ella no podía hacerlo. Estaba fuera de la cuestión.

Algunos secretos eran demasiado dolorosos para compartirlos.





CAPÍTULO 17: LA NOCHE

TRADUCIDO POR: Anne Iris Heaven, cuketa_lluminosa, Dani, Anelisse & ckony.

CORREGIDO POR: hojadeluna

Cada noche, la pesadilla venía. Durante cinco meses. Dane intentó ignorarla. Él trató de eliminarla por sí mismo al aplicarse en sus estudios y llenando su cerebro con toda clase de conocimientos. Empujó su cuerpo hasta el borde, primero en la rehabilitación, a continuación, en el entrenamiento, con la esperanza de agotarse a sí mismo, para hacer imposible soñar.

No funcionó. *Cuando tienes el mismo sueño una y otra vez, tu cerebro está tratando de resolver un problema, siempre le dijo Pete. Él sabe que hay una respuesta.*

Si hubiera respuestas en la pesadilla de Dane, Aún no se revelaban. Él despertó la noche final del año escolar, como siempre, el sudor corría por su piel, su mente se determinó una vez más a vivir y revivir su última discusión con su padre. Afortunado, la enfermera de la escuela había dicho. Si el tipo lo hubiera golpeado un poco más fuerte, estaría muerto. La suerte no tenía nada que ver con ello. Si el General hubiera querido perforarle un pulmón, lo habría hecho, y no se hubiera roto las costillas si él no lo hubiera querido.

Pero Dane había sido el que había infringido el daño más profundo. Había elegido cortar su relación con Aerin. Debido a que no había sido capaz de hacer frente a ella, no podía aceptar el hecho de que ella lo había visto en sus más débiles y más vulnerables momentos.

Una vez más Dane luchaba con el recuerdo de ella de pie, fuera de la puerta corrediza de vidrio. Observando.

Alejó esa imagen y se dio la vuelta, imaginándola en su lugar con el vestido rojo.

¿Era eso lo que había enviado al General sobre el borde? ¿El vestido? O había sido Paúl, promulgando su venganza por la entrada de Dane en la escuela. Paúl nunca había sido capaz de soportar ser golpeado por su hermano menor. Y había ocurrido antes. Tan a menudo que Dane había aprendido a



reconocer el patrón, y las repercusiones, a una edad temprana. El general, estallaría, escupiendo acusaciones, y de alguna manera Dane siempre estuvo en el centro de la explosión. Sin embargo, su hermano era el fusible.

Esta vez, sin embargo, ha estado más a la lucha que Paul. *La descubrí en su mentira en la cena*, el general había dicho, y que se había apresurado a cubrir sus pistas.

¿Qué mentira? Dane había rescatado a Aerin del interrogatorio de su padre cuando el General había preguntado por su pasado. Pero ¿cuál fue la mentira que él pensó que había descubierto?

¿Y por qué los secretos acerca de su vida personal le interesaban al padre de Dane?

Era casi la medianoche cuando el pensamiento de Dane se fue en una nueva dirección. Su padre había estado investigando a Aerin en la cena. Buscando datos de carácter personal, pero sus preguntas no se habían vuelto exigentes hasta que ella le había dicho el nombre de su propio padre. Tony.

No, Anthony. Anthony Renning.

Dane había visto antes ese nombre.

Se sentó, empujando lejos las sábanas. Después de meterse en un par de pantalones, zapatillas, y una camisa, se apresuró a entrar en el pasillo. Tenía que hablar con Aerin. Ahora.

Ella no estaba en su habitación. Él estaba convencido del hecho sólo después de golpear en la puerta y despertar a la mitad del ala de niñas. Por el momento se dio cuenta de que ella debía haberse colado por la ventana, el monitor de ala en turno de noche había llegado a la escena: Yvonne, todavía vestida con su uniforme, un reloj de lujo, y un collar de color verde.

Con reminiscencias del que su padre había asegurado alrededor del cuello de Aerin en Navidad, estrangulando a Dane mientras se ajustaba la captura de latón. Había querido romper las falsas joyas de su cuello, para acusar a su padre y hermano del uso de ella para llegar a él. Haciendo alarde de su poder



a través de su ingenuidad. Pero él no había sabido advertir a Aerin de su falta de sinceridad sin asustarla.

Te estabas protegiendo a ti mismo. Admítelo, su conciencia se burlaba de él.

Demonios, sí, había estado protegiendo a su propio secreto. Y casi le cuesta todo.

— ¿Algún problema? —Yvonne preguntó, arqueando una ceja depilada.

— No. —Él se separó de la puerta de Aerin, su cerebro haciendo clic rápidamente, a la caza de una manera de explicarse y mantener a Aerin fuera del radar de Yvonne.

— Debo haber caminado como sonámbulo. —Dio una tímida sonrisa—. Lo siento.

La exótica niña le otorgó su versión de una mirada conciliadora, una expresión que le recordaba la de un depredador fingiendo. Se puso el brazo alrededor de los hombros y lo acompañó de vuelta hasta la sala. — Estás caminando dormido en el ala equivocada. —bromeó, entonces, en lugar de acompañarlo a su habitación, se detuvo en la escalera—. ¿Quieres bajar por un poco de sidra caliente?

No. Pero la máquina de bebidas estaba en el primer piso, y lo pondría casi en donde quería estar: en el exterior en busca de Aerin. Él asintió con la cabeza.

Yvonne dejó abierta la puerta para ella.

Empezaron a bajar las escaleras. Mirándolo como si esperara que dijera algo.

— ¿Nervioso por lo de mañana? —Preguntó ella finalmente.

Él frunció el ceño, luego se dio cuenta de que debía estar hablando de la ceremonia matutina cuando los nombres de los estudiantes que regresan se anuncian al universo. Deseó que los nervios fueran suficientes para mantenerlo despierto. Eran una buena excusa. — Me imagino. —respondió.

Trazó una uña violeta sobre su muñeca. — Yo hubiera pensado que de todos tu



serías el menos preocupado. Tus marcas son incluso mejores que las mías. —Un toque de amargura rayaba su voz—. Las tuyas y las de... la chica Herón.

Dane sofocó el deseo de corregir el nombre Aerin. Había llegado a la parte inferior de las escaleras. El vestíbulo estaba frente a él, con la puerta apenas a diez metros de distancia.

— Sabes, Yvonne. —Trató de separar los dedos—. Creo que un poco de aire fresco podría ser mejor para mí que la sidra.

Ella rió, enlazando los brazos alrededor de su cintura y frente a él. — Tú sabes que estoy de servicio, y ya ha pasado el toque de queda.

— Creo que podría ayudar a alejar mi mente un poco de las cosas. —Detuvo el impulso a retirarse y bajó la voz en nombre de una causa mayor—. Tal vez cuando vuelva, no estarás... de servicio.

— Estaré de vuelta en dos minutos. —le susurró al oído, a continuación, lo soltó.

Esa era una cita que no tenía en mente perderse. Tres pasos fluidos y salió por la puerta, cerrándola firmemente detrás de él. La noche había convertido el jardín en un bosque con algo de oscura fantasía. Dane obtuvo rasguños y moretones cuando se abrió paso entre las sombras. Había una dulzura enfermiza en el aire, la caótica mezcla de flores. Sus tímpanos fueron invadidos por el llanto agudo de los desafinados grillos, eventualmente substituidos por el *¡shhh!* del agua corriendo.

Encontró a Aerin en un charco de luz de luna en la fuente. Tres ramas parecían alcanzar su delgado cuerpo, pero la luz parecía emanar de ella, empujándolas afuera. De espaldas a él, la mitad de su castaño cabello estaba hacia delante sobre su hombro izquierdo, sus finos brazos poblados por los codos.

Ella es hermosa. El pensamiento se deslizó en su conciencia como antes, cuando la había visto por primera vez en el vestido rojo. De repente, el motivo por el que había venido se sintió menos urgente. Necesitaba reparar el daño que le había hecho en primer lugar, dar explicaciones y pedir disculpas. Se lo merecía tanto.

— Nunca quise ponerte en peligro— —dijo dando un paso adelante de la



sombras. Sus hombros se enderezaron, pero ella no volteo—. Yo no sabía que mi padre estaría allí —agregó—. Yo nunca... Nunca debería...

— Tu padre no me toco. —Sus palabras vacilaron Tragó saliva. Esto fue difícil, más duro que cualquier cosa que hubiera hecho.

— El General comenzó a golpearme cuando yo tenía nueve años. Él dijo... — Dane luchaba por mantener su voz—. Él dijo que era porque yo era un cobarde.

Un sonido raro entre risa y sollozo vino de ella. — ¿Así que ahora no tienes miedo de nada?

La inquietud se apoderó de los hombros de Dane. Esa era la idea, pero no era realidad. Él había sido entrenado para nunca mostrar miedo, para nunca admitirlo. — Tenía miedo de ti —le dijo— de lo que significa que sepas.

Hubo un largo, largo silencio. Y justo cuando pensaba que nunca podría superarlo, habló. — Yo soy el motivo de que tu padre se hubiese enojado. Esa noche, él estaba molesto conmigo.

— No. —La voz ahogada en ira de Dane. ¿Había hecho su rechazo que ella pensara que era culpa de ella?— Es como una bomba de tiempo, Aerin. Lo mismo habría ocurrido con o sin ti allí. Yo sólo... Yo no podía hablar de ello... lo que pasó aquella noche. No tenía nada que ver contigo. —se apresuró a decir.

Estaba moviendo la cabeza. — Sí, sí, Dane. Quizá tengas razón acerca de tu padre. Si yo no hubiera estado allí, por otra cosa podía haberlo hecho, pero aquella noche era por mí. Fue lo que dije en la cena. Tu padre, quería saber cuando murió mi padre, pero yo no podía decirle. Tenía miedo de que si tu padre lo sabía, quisiera saber donde había estado después ello, antes de... antes de venir aquí. Yo no... No sé cómo él sabía...

— Por eso estabais mintiendo. —La pieza deforme comenzó a caer en su lugar, y Dane sintió una oleada repentina de traición.

— Yo no tenía intención de mentir.

Todavía era una mentira. Había estado mintiendo todo este tiempo. Y ella sabía el tan profundo e imperdonable secreto que Dane tenía.



— ¿Dónde estabas entonces? —Preguntó, no dispuesto ya a respetar su privacidad—. ¿Si no fuera en un buque de comercio?

Ella contuvo la respiración. Podía verlo apretar los músculos de su cuello. Hubo otro largo silencio, y luego dijo: — Mi padre murió en ese barco siete años atrás.

Dane miró, sin saber qué pensar.

— En un accidente —terminó— Yo estaba con él.

Instintivamente, extendió una mano para tocarle el hombro. Ella se apartó. — El equipo... no funcionó. Mi padre estaba tratando de llevarnos a la siguiente estación, pero estaba a días de distancia, y yo no podía volar sin el piloto automático. Yo estaba tratando de arreglar el transformador.

— ¿Hace siete años? Pero entonces tú sólo tenías...

— Cerca de once años. —Su mano corrió su pelo—. Siempre he tenido como un don para la tecnología, pero no el suficiente. El barco se hundió y se estrelló.

— Pensé que habías dicho que era a días de distancia...

— De la estación más cercana, pero no del planeta más cercano. Aterrizamos en Vizhan.

El nombre se deslizo por su lengua, empujado a través de su memoria. Su cerebro recorrió a través de los montones de hojas de material que había estudiado durante los últimos meses. — ¿Vizhan? —Repitió. Y entonces recordó lo poco que sabía. A un planeta de nivel X menor en el sector Dyan del universo, gobernado por un pequeño grupo de personas que someten a la mayoría de los habitantes del planeta a la esclavitud y el sacrificio esporádico.

¿Sacrificio? La palabra se clavo en sus entrañas. ¿Qué era eso? ¿Una palabra amable para el asesinato? Ella brillaba sobre la fuente. — Yo no recuerdo mucho de justo después del accidente. Vi el cuerpo de mi padre y... creo que estaba en shock. Había gente. No los recuerdo intentando hablar conmigo.



Estaban más preocupados por en el buque. Pasó largo tiempo antes de que me diese cuenta de que no sabían lo que era.

— ¿El barco?

— Vizhan está aislada. La gente allí no tiene un concepto de vuelo. Su garganta rechazó la idea. —Él sabía que había planetas fuera de la Alianza que habían perdido el conocimiento científico, pero aún así, si el planeta estaba habitado por vida humana, las personas deben haber llegado allí originalmente en barco.

— ¿Ningún concepto en absoluto? —preguntó.

Sacudió la cabeza. — Creo que los líderes se deben haber rebelado contra los viajes espaciales en algún momento, aunque el dueño de la propiedad donde caímos, mantuvo el barco de mi padre, él no sabía qué hacer con él, lo dejó como un monumento en el campo donde aterrizó. Recogió las cosas: tierra, máquinas, gente.

Dane apretó sus manos en puños. — ¿Fuiste un esclavo? le preguntó.

Ella hizo una pausa. Una sombra trazó su camino a través de su espalda. Entonces las palabras comenzaron a derramarse de su garganta como si ya no las contuviera. — A mí me alojaron en un cobertizo con más de un centenar de personas. El olor... era como la muerte. No había suficiente comida. Había que luchar.

Así es como ella había aprendido las habilidades que usaba en combate y porque hablaba sobre ellas como si fueran una forma de sobrevivir. El entendimiento se deslizó dentro de la mente de Dane.

— Fuimos agrupados para trabajar en los campos —ella dijo— en áreas planas abiertas donde solo algunos guardias con armas podían controlar a docenas de personas. Los guardias... ellos se levantaban sobre plataformas. Si íbamos muy lento, o cometíamos un error, o simplemente ya no nos necesitaban, disparaban sus láseres.

La bilis se elevó en la garganta de Dane. Sus manos levantadas encima de sus brazos, y esta vez ella no lo alejó.



— Un día —la voz de Aerin se había vuelto dura como papel de lija— el propietario me sacó de la faena de campo para arreglar un viejo computador. Tenía un laboratorio lleno de ellos, pero estaban casi todos muertos. Debió haber pensado que yo podría saber algo, considerando todas las máquinas en el barco. Le arreglé, el computador. Y casi todos los otros. Eso me mantenía fuera de los campos unos días a la semana. En tres años, a prueba y error, hice que todas las cosas en esa casa funcionaran por una máquina: las luces, las puertas, el agua corriendo. Entonces había solo un computador que necesitaba reparación. Me quedé atascada en ese por meses. Hasta el día que él perdió su temperamento.

Las manos de Dane se apretaron sobre sus brazos. Ella estiró la mano, cubriendo su mano izquierda con su palma, y alejó forzadamente sus dedos, entonces desabrochó los botones superiores de su uniforme y aflojó la tela sobre su hombro. Para revelar la líneas oscuras de una X quemada en su piel.
— Él me marcó.

El cuerpo de Dane se sacudió. Él no podía aceptar esa X y el dolor que eso le decía que ella había aguantado. Eso equiparaba todo lo que su padre alguna vez le había hecho. Físicamente.

— Esa noche —ella tomó una profunda inhalación— en vez de devolverme al cobertizo, él me encerró en el laboratorio. —Su voz se endureció—. Eso fue su error. Tan pronto como estuvo oscuro, saboteé su sistema de seguridad, lo apagué todo y me dejé salir. Había un bosque corriendo desde la casa del propietario al campo con el barco. Los árboles me cubrieron. Nunca hubiera hecho esto sin ellos.

La tensión corría bajo la piel de Dane. Pero el barco había sido dañado antes del choque. *¿Qué si ella no hubiera sido capaz de arreglarlo?*

— Apenas algo no estaba dañado —ella dijo como si leyera su mente—. Había aprendido mucho en el laboratorio, y me las arreglé para reparar el piloto automático y parte del sistema de control, pero si el barco hubiera fallado...

Ella se giró hacia él, silenciosas lágrimas se derramaban por sus mejillas. Y luego ella estaba temblando, con los sollozos escapando de su garganta. Él ahora sabía lo que ella había hecho. Una esclava fugitiva cometiendo sabotaje y robo. Una misión realmente suicida. Apuntalando su vida sobre la posibilidad,



ni importa cuán pequeña, de escape. No era nada de asombroso que ella hubiera vivido con miedo, no dejando pasar al peligro. Nada de asombroso que ella cuestionara su seguridad en la Alianza. Nada de asombroso que ella juzgara y dudara de las personas sin dejarlas acercarse. Él envolvió sus brazos alrededor de ella y la apretó contra su pecho en un intenso abrazo.

— Aerin. —Ella escuchó a Dane decir su nombre por debajo de una densa memoria nublada.

— ¿Qué sabes sobre tu padre? Quiero decir sobre su pasado ¿dónde creció, su familia?

— No tengo ninguna familia —Ella habló en su camisa.

Dane comenzó a alejarla, y ella no quería dejarlo ir, no quería perder ese extraño, irreal sentimiento. De seguridad. Pero firmes manos se deslizaron desde su espalda, y el caliente capullo se alejó cuando él insistió en conversar.

— Tu padre no obstante debió haber tenido familia, en algún momento. Él debió haber venido de algún lado.

Ella tembló, tratando de enjugar las lágrimas que bloqueaban su visión. — No lo sé. Daría cualquier cosa por saber más sobre él.

Dane nadó en la vista, una borrosa figura mezclándose con la oscuridad. — Hay algo que tengo que mostrarte. —Él extendió su brazo para tomar su mano y la levantó.

Ella se encontró siguiéndolo con una extraña sensación de separación. Demasiado sacudida emocionalmente para pensar mucho, se enfocó en sus pasos. Él surcó delante imprudentemente, intencionalmente para que ella lo siguiera hacia delante por el jardín a través de la hierba. No hasta que él empujó un par de ganzúas de su bolsillo hizo que ella se molestara en preguntarse porque él la estaba llevando lejos del dormitorio.

— ¿Recuerdas esa conversación en la cena de navidad? —Él hizo una pausa al pie de la sala principal.

¿Justo ella no había admitido que eso la había atormentado por meses? Él subió



los escalones inclinados, luego miró hacia ella. — Dijiste que no sabías como mi padre sabía que estabas mintiendo.

Ella lo miró con el ceño fruncido. — Fue casi como si...

— Él sabía cuando murió tu padre.

Ella se congeló, incapaz de reaccionar cuando Dane deslizó un pequeño instrumento en el ojo de la cerradura de la puerta principal. Sus dedos se movieron con hábil facilidad. Chasquido, chasquido, chasquido vino la respuesta. Y luego la maciza puerta estaba abierta. Él la empujó y le hizo gestos para que entrara. Ella sacudió su cabeza en rechazo. Él fue apresuradamente donde ella, colocando su mano bajo su codo, y conduciéndola fácilmente con él.

El pasillo estaba oscuro. Demasiado oscuro para ver la brillante luz de la luna de afuera, pero Dane no esperó a que sus ojos se adaptaran. — Quédate aquí — el dijo, entonces repentinamente aparecieron las escaleras.

— No. —Ella trató de detenerlo, pero él desapareció en la oscuridad. El sonido del crujir aumentó más lejos y más lejos por arriba de ella, resonando en el alto espacio.

Se dejó caer contra la pared. ¿Qué estaba haciendo? Una vez antes había estado sentada en este edificio solo, en ese vacío cuarto del sótano, el terror del oscuro destrozo aparte de su cordura. Y en ese caso, también, había sido culpa de Dane. Entonces, ella nunca hubiera creído que arriesgaría su lugar en la Escuela. Aunque ella estaba aquí, poniéndose en la misma situación de la que ella había sido falsamente acusada hace ocho meses, y Dane ni siquiera le había dado una verdadera razón. *¿Qué había cambiado en su mundo que ella podría aceptar esto? Todo. Todo había cambiado. Y nada.*

— Aerin. —Él estaba de pie delante de ella otra vez. Por ahora sus ojos se había adaptado, y ella lo podía ver. La luz desde la ventana jugaba a través de sus facciones: pómulos fuertes, cabello oscuro rizándose detrás de sus orejas, ojos brillando con anticipación. Él dio un paso más cerca—. ¿Recuerdas ese día cuando la Dra. Livinski nos hizo limpiar el cuarto de trofeos?



Ella lo recordaba muy bien. El castigo que recibiría de esta excursión nocturna sería mucho peor.

— Xioxang me entregó una placa —siguió hablando Dane— Me ordenó limpiarla. Yo no la habría ni siquiera mirado, pero tenía el nombre de mi padre en ella: *Vuelo en Equipo*

Juro, su paciencia se había agotado — Tu padre ganó un millón de premios. — Ella empujó la pared y volvió a salir.

— Él lo hizo —Dane bloqueó su camino. En su mano había un trozo rectangular de pulida madera— Pero cada equipo de vuelo cuenta con dos miembros.

— No me importa si hay cincuenta miembros. La ceremonia de anuncio es mañana, y si la Dra. Livinski nos encuentra aquí, ninguno de nosotros estará en un equipo de vuelo. Nunca

— Aerin, hay otro nombre en esta placa. —Ella esperó—. Anthony Renning —El nombre resonó fuera de sus tímpanos. Voló a lo largo de la escalera, repitiendo y repitiendo y repitiendo hasta que se recuperó en el techo y entró en su alma—. ¿Mi padre? —Susurró.

Dane le tendió la placa.

Ella la tomó, tirando de la madera negra, tallada en la superficie contra la luz de la ventana. Y leyó el nombre de su padre.

— ¿Cómo? —Sus manos empezaron a temblar— ¿Cómo sabemos que es él?

Eso podría explicar mucho —respondió Dane— sobre la reacción del General hacia ti. Si sabía quién era tu padre, podría haber pensado que te traje a casa como algún tipo de estratagema. Y puede saber cuando murió tu padre

— ¿Cómo podría?

— No olvides quién es mi padre, Aerin. Tiene acceso a los datos que nunca llegan al público, e incluso si él no sabe sobre el accidente, aún podía saber cuándo desapareció tu padre.



Sentía un torrente de emociones: ira hacia el padre de Dane por lo que él pudiera conocer y no le había dicho, la duda de que nada de esto pudiera ser real, y la esperanza, ridícula, estúpida, la esperanza impresionante. Sus palabras salieron en una cuestión de empresa. — ¿Cómo podemos averiguarlo?

—Dane hizo un gesto hacia el sótano —Miraremos. Es decir, si puedes romper de nuevo el programa de remoción de Zaniels.

Ella conocía su mirada. No necesitaba otra respuesta.

En momentos estaban en total oscuridad fuera del laboratorio de alta tecnología. Hubo otra serie de clips cuando Dane trabajaba en el bloqueo bajo el teclado, entonces la puerta se abrió. La luz de marfil brillaba de las máquinas. El suave zumbido de la habitación hizo una señal para que entrara. Y con un fuerte zumbido vibrante encendió el equipo de Zaniels. La luz se propagó como oro a través de la pantalla. Sus dedos se movían, interrumpiendo el proceso de carga y pasando por alto el programa de remoción de minas.

— Si tu padre era un estudiante aquí, sus registros deben estar en los archivos —había dicho Dane— Por lo menos, debería haber una imagen que puede utilizar para identificarle —Con el asesoramiento Dane, comenzó la búsqueda, entrando en los archivos restringidos de la escuela, entonces los archivos. Una caja blanca apareció, preguntando por un nombre. Sus dedos escribieron las letras, “A—N—T—H—O—N—Y—R—E—N—N—I—N—G.” ¡Zas! Los colores parpadearon en la pantalla como la máquina a través de su rayada memoria. Una pausa. Entonces apareció un directorio de base, con enlaces para los grados, los premios, y los datos de postgrado. Debajo de ellos surgió una simple foto de la escuela de un estudiante, un joven con los ojos negros. Un remolino comenzaba en su cabello oscuro a la izquierda de la frente. Piel intacta cubriendo los pómulos y la mandíbula. Su extensión de la boca era una sonrisa incontenible. Así, a diferencia del hombre que había conocido. Y sin embargo, era él. Su padre. Aerin miró, disfrutando de la vista de aquel rostro. Vivo. Ileso. Una imagen para sustituir a su imagen de inquietante pasado.

— ¿Es él, entonces? —preguntó Dane, cambiando su postura y trayéndola de vuelta al presente.

— Es él —Por segunda vez esa noche, el agua salada manchaba su visión. Su padre. Aquí. En la Alianza. Su corazón tartamudeó cuando pensó en las



consecuencias. Él era un ciudadano entonces. Y de acuerdo a las leyes aliadas, por lo que ella era... ¿Sería posible? Sí. De hecho, sabiendo lo que hizo ahora sobre la seguridad en la Academia 7, la única explicación real de por qué había sido aceptada aquí con su nombre real, y por qué ella nunca había sido expuesta como un impostora. Era porque ella no lo era. Ella tenía el mismo derecho legal de estar aquí como cualquier otro. Aerin parpadeó, reuniéndose a sí misma y calmando sus emociones. Pero si su padre había crecido aquí, ¿por qué nunca había hablado acerca de la Alianza? Y ¿por qué la había abandonado? Deslizó el cursor hacia el primer título de la página. Sus calificaciones surgieron en la pantalla.

— No parece que hayas heredado todas tus fuerzas de él —dijo Dane, apuntando a una fila de C para el análisis de alta tecnología.

— No —Ella hizo un gesto a otra C para el combate— Pero tuvo una de tus debilidades

— Yo —gruñó Dane— tengo una A en combate

— No sabes si me las enseñaba

— Bueno, hay una razón para lo que no eres —Dane deslizó su mano hacia una fila de A en virtud a introducción a la fuga— Parece que estaba destinado a ser un piloto

— Tal vez —fue su respuesta mientras se movía en la página de premios.

— Definitivamente —La lista de premios de vuelo cubría la parte superior de la pantalla—. Mejor en su clase, Piloto: Fila 1, Estratega del aire —Dane leyó algunos de los títulos en voz alta—. Uno pensaría que él estaba en la línea para el rango de General Militar en lugar de mi padre

— Supongo que tenían algo en común —susurró.

— Voy a decir —Dane respondió— Me pregunto si eran rivales.

— ¿Y los miembros del equipo de vuelo? —preguntó ella dudando. Se desplazaba por la página, esta vez leyendo en voz alta para sí misma—. El



mejor Primer ensayo del Año. *La Rebelión Planetaria*. El mejor segundo ensayo del año: *Volando en la Alianza*. Mejor tercer ensayo del año: *La Alianza Falla*.

— ¡Ouch! —murmuró Dane— Supongo que sabemos porque no fue General Militar.

— Segundo orador: equipo de debate. Debate campeón universal.

— Vaya, Aerin, tu padre sabía cómo discutir.

Ella miró a Dane y no pudo evitar que una sonrisa se propagara a través de su cara. Esta era una nueva sensación, compartir el orgullo de su padre con alguien más. Se movió a la parte final de la lista — Orador de la graduación.

— No está mal. —bromeó Dane.

Ella se sentó en la silla junto a la computadora e hizo clic en el título de los datos del postgrado.

Una pantalla en blanco horaño conoció su petición.

Ella esperó, pero nada aparecía, y su pecho comenzó a sentirse vacío.

Dane debió haberse sentido decepcionado también. — Prueba con una búsqueda más general —instó.

— Lo he hecho ya antes —dijo— Nada sale. Él no es famoso como tu padre.

— Inténtalo. Tal vez hay algo más en el banco de datos privado de la Academia, algo que no está en los archivos de los estudiantes.

Ella siguió sus instrucciones, la duda en conflicto con la esperanza abrió un nuevo cuadro de búsqueda. De nuevo escribió el nombre de su padre. Una vez más el color encendido de la pantalla indicó que el equipo buscaba y buscaba. Aerin vio el brillante reloj, 1:06 A.M. Se volvió a la pantalla.

La sangre comenzó a llegarle a su cara. El nombre, Anthony Renning, no había aparecido, una vez, otra y otra vez, por toda la pantalla. Su mano temblorosa se desplazaba a través de la lista durante casi un minuto.



Dane dejó escapar un silbido.

Hizo clic en un enlace. La oscuridad cubrió la pantalla, y esperaron, pero al igual que con los datos del postgrado, nada ocurrió.

Aerin volvió a la lista y eligió otro sitio. Una vez más, oscuridad.

Colocó un mechón de su pelo castaño entre sus dientes y se mordió el labio.

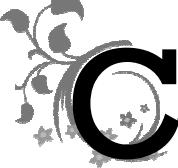




CAPITULO 18: "VUELO"

TRADUCIDO POR: Priisci!! & Sookie2125

CORREGIDO POR: cYeLy DiviNNA


lasificado. El término quemó el interior del cerebro de Dane, pero sus ojos se fundieron en Aerin. Era su palabra. Su barricada. Lo que no explicó la expresión de su cara. Esas cejas y labios fruncidos implicaron más que frustración y más que el tipo de pensamiento que requería para cubrir sus huellas mientras salía del equipo.

Una punzada de miedo se deslizó por la espalda de Dane.

Ella empujó su silla y salió del laboratorio.

— ¡Aerin! —Dane dio una última mirada a su alrededor para asegurarse de que todo siguiera justo como estaba. El se apresuró a cerrar la puerta, y luego corrió tras ella.

Ella ya había llegado hacia las escaleras exteriores para cuando la alcanzó.

Brinco los escalones y cayó delante de ella. — Háblame —él le exigió.

Las nubes se habían desviado, cubriendo una de las lunas, pero la luz todavía era suficientemente fuerte como para poder verle la cara. — Necesito encontrar respuestas'.

— ¿A qué?

— A lo que sea que está escondiendo el Consejo. — Salió a través de la hierba.

— ¿A dónde vas? —Él le dijo aunque no estaba seguro de querer saber.

Ella se detuvo. Y miró hacia arriba. Sobre el techo del Gran Salón. Sobre las sólidas paredes negras que rodeaban la base. Hacia donde las nubes derivaban alrededor de las bobinas de la torre oscura.



— ¡No! —dijo, respondiendo su instinto. Cuando ella empezó a escuchar rumores—. Ni siquiera sabes que hay allá arriba.

— El centro de la Inteligencia Aliada.

— Tú no puedes estar segura.

— No pero tu si, ¡verdad Dane! —Dijo dando vuelta para enfrentarlo—. Ser el hijo
de un miembro del Consejo debe servir para algo.

— Eso es injusto. *Verdadero. Pero injusto.*

— Si hay información clasificada sobre mi padre, tiene que estar almacenada en una computadora en alguna parte. ¿Y qué mejor lugar que en esa torre? La que curiosamente esta en las tierras de una Escuela dirigida por un miembro del Consejo. Y el husillo fue construido justamente después de que la Dra. Livinski se unió al Consejo.

Aerin y sus investigaciones. — No sabes lo que estás arriesgando. —Dijo tratando de razonar con ella—. Si alguien te encontrara husmeando en ese material, te acusarían de espionaje, y eso es solo si sobrevives al viaje—. Dijo, apuntando hacia las bobinas negras que giraban en el aire—. Ese tipo es la única entrada hacia el husillo. Se mueve en sentido contrario a las manecillas del reloj lo que significa que el piloto tiene que volar en rotación. Y los cambios de la pendiente. Algunos de los mejores pilotos del universo no podrían hacer ese vuelo.

— Tú podrías.

— No.

— Entonces lo haré yo misma—. Dijo saliendo en dirección hacia la pista de aterrizaje.

— ¡Demonios, Aerin, no tienes un avión! —El la siguió.

— Tomaré el tuyo.



— ¡Al diablo contigo! —dijo mientras le jalaba el brazo.

Ella dio la vuelta para enfrentarlo y dándole en el rostro con su cabello. — Tú empezaste esto, Dane. Tú eres el que anhela el peligro. ¿Porque estas asustado ahora?

Un millón de emociones cayeron sobre él. El había estado construyendo esto desde siempre. Desde que lo derrumbo ese primer día de combate. El debió haberlo averiguado cuando prácticamente había estropeado su camino de encierro ante la idea de ella bajo arresto o cuando exploto ante la amenaza de Yvonne. Pero él no lo había entendido. Ni siquiera cuando quería enyesar a su hermano a la pared después de que Paul la había atraído hacia el muérdago.

No hasta que había caminado por la puerta con ese vestido rojo. Su piel desnuda hasta su escote, terciopelo rojo cayendo por sus brazos, su pecho, su cintura y olas bajando hasta el piso. Eso le aterraba, no su belleza, pero si su repentina, necesidad de halarla hacia él. Porque se había dado cuenta de que esta relación fue más lejos de lo que él pretendía. Más allá de su control. Aunque tenía meses intentando negarlo, negar lo inevitable en este momento.

Él la beso. Por un solo segundo sus labios en los de ella, rogándole que entendiera. Que su miedo venia de su necesidad. Era el peligro de su vida lo que le daba miedo.

Entonces ella lo abofeteo, dando un grito agudo, como si hubiese sido ella la golpeada. — No necesito que alguien me diga que no.

Su rechazo se estrello contra su pecho con intensidad. Si él se hubiese detenido a pensar, sabría que ella aun no estaba lista para el beso. Su corazón seguía dolido por la muerte de su padre. Pero en ese momento sabía que estaba derrotado. No en la batalla por sí sola, sino la discusión. Ella se había arrojado al pozo y él tenía todo el derecho a estar asustado. Odiaba sentir al destino apretando sus garras, mientras él se deslizaba a través de la pista de aterrizaje. La humedad se había vuelto pesada, y las nubes seguían construyéndose, bloqueando los remanentes de luz de la luna. Estaba oscuro, demasiado oscuro.

:Pum! Aerin juró. — Lo siento. —susurró él, duplicando el error.



Él maniobró detrás de él y siguió adelante. La mano de ella estaba establecida en la espalda de él, empujándolo o tratando de calmar sus propios nervios a través del tacto humano, quizás ambas cosas. Pero él no estaba a punto de ser empujado. Todos los aviones tienen su propio sistema de alarma.

Él se acercó a lo largo de su camino, pasando las colas y las alas inclinadas. En dos ocasiones él se agachó para evitar que el equipo los viera hasta casi demasiado tarde, y él sacó a Aerin arriba cerca de salvarla de golpearse la cabeza en un tubo de escape.

Gold Dust estaba en la parte posterior del lote, donde había estado estacionado en los últimos dos términos. Él trazo su camino alrededor de los maltratados vehículos de entrenamiento utilizados por los estudiantes de segundo y tercer año, luego bordearon un puñado de máquinas más costosas que él asumió pertenecían a los miembros del personal de la Academia.

Por último, él vio la suave curva de su propia embarcación. La mano de Aerin cayó de su espalda, y en cuestión de minutos ambos habían abordado el avión. Dane apoyó la frente en el panel de control. La tensión se negó a la fuga.

Él no sentía ninguna prisa que por lo general lo acompañaba en un acto de desafío. Él podría perder su licencia por esto, por no hablar de su libertad y educación. Pero eso no era lo que le molestaba. Fue el conocimiento de que él no estaba solo. Un desliz. Un solo error allí, y ella iba a morir justo al lado de él.

Su mano se cernía sobre los controles. Él sabía que el siguiente paso era el más peligroso en términos de ser atrapados. Aunque Gold Dust tenía un motor suave, la puesta en marcha podría causar un sonido de explosión momentánea antes de caer en su zumbido. — ¿Estás segura de esto? —Él le preguntó a Aerin, manteniendo su voz suave—. Todavía podrías optar por un no. *Asistir a la ceremonia de la mañana, sin miedo al rechazo.*

— No puedo. —su voz era ronca.

Él entendió, aunque él quisiera en el fondo de su alma, que no lo hiciera.

— Arranca el motor, Dane.



Él obedeció. Los paneles de control se iluminaron, y el sonido rugió en sus oídos. El pelo del dorso de sus manos se levantó.

¡Levántate! ¡Levántate! gritó en su mente, instándolo a despegar antes de que nadie en la distancia tuviera la oportunidad de encontrarlos. El pánico reinó en él, obligándose a escanear el radar para el movimiento de arriba. Nada.

Y él despegó.

Verticalmente. Sin luces.

Cada músculo de su cuerpo entrenado argumentó que esto era peligroso, pero él no pudo correr el riesgo de poner las luces de este bajo el suelo. Él colocó su mirada hacia el radar. Se mantenía clara.

La lectura de altitud se amplió. A mil pies. Dos mil. Tres mil.

Esa era su señal. Los faros con vigas en la mira, y su mano salió disparada hacia adelante, cambiando a manual. Él manejaba el barco.

El punto más bajo del largo tubo negro estaba montado alrededor justo por encima del avión y salió corriendo en otro circuito. La oscuridad sirvió de camuflaje al resto del espiral, pero Dane sabía que ocho bobinas completas se extendían por encima de él. Un maratón.

Por ahora, sin embargo, sólo la apertura importaba. *Es todo sobre el ángulo*, él se dijo a sí mismo, la posición del avión. *El ángulo y la velocidad*.

Aerin quedó sin aliento cuando se acercaban a la entrada una vez más, moviéndose a setenta millas por hora.

Él no la miró a ella, no quería ver la duda en su cara. Era demasiado tarde. Los faros son sola una distracción para todos los que miraban hacia arriba desde el suelo. Él necesitaba entrar en la espiral. Y él necesita entrar ahora.

¡Ahora!

El le pegó al acelerador, y el tubo giratorio lo envolvió. Líneas blancas



dividían la oscuridad. Úsalas, Dane se ordenó a sí mismo. *Están allí para definición.*

La sangre retumbó en su pecho, y el sonido de bombeo creció más rápidamente y más rápidamente mientras se elevaba hacia arriba. *Mantente fuerte*, él se ordenó a sí mismo. *Constante*. Los bordes del dispositivo de dirección estaban en sus manos. Su pie se negó a levantar. No había aire, ninguno que él pudiera sentir. Ni pulmones. Ni aliento.

Sólo las bobinas de hilado de succión de las líneas blancas y la oscuridad. Él se acercó a estas. No existía nada más allá de las bobinas. Ni Aerin. Ni la Escuela. Ni su padre.

Dane se mezcló con el avión. Sus ojos eran el parabrisas, las manos en los controles, su corazón el motor, golpeando y golpeando y golpeando su camino a la cima.

Las bobinas decrecieron más pronunciadas, cambiando el patrón de vuelo. Y ahora había más líneas. Rojas esta vez y de forma transversal. Sin rectores. Distracciones. Salto en él. Brillaron al pasar. *Thrum. Thrum. Thrum.* Tratando de arrastrarlo abajo.

Dane se filtro en el rojo. ¿Qué pasa si las líneas blancas, también, estaban en un error? ¿Qué si también ellos se desviaron o desaparecieron a la nada?

¿Dónde estaba él? ¿En el quinto rollo? ¿El sexto?

No pienses. Vuela.

Y ahora el tubo estaba reduciéndose. Un centímetro a la vez. Acercándose más y más cerca del borde de las alas. Un tirón. Un tirón en la trayectoria de vuelo, y el avión se golpeó, rebotando en la espiral en un rebote golpes, y bañándose en una lluvia de llamas.

Había sido una locura intentar esto. Loco en pensar que tenía la habilidad.

¡Y entonces se habían ido las costuras! El color rojo. El blanco. El impulso lo llevó a entrar en el tubo negro de la muerte segura.



CAPITULO 19: "EL HUSO"

TRADUCIDO POR: vamp29 & Anne Iris Heaven
CORREGIDO POR: Nanis



l husillo

Luego la luz.

Un cono abierto de luz.

Gold Dust disparó en la cavidad vacía. La nave se subió encima de un arco escarpado, agotando su velocidad y cayó en el descenso lento, una vez más una máquina, una entidad separada. Flotando en el aire. Siendo incapaz de aterrizar.

Dane examinó la habitación abierta. El tallo negro del eje se levantó a través del centro. Un techo plano se extendía por encima de él, y una pared blanca que hacía juego inclinando su forma circular de los bordes del techo hasta un punto en la parte inferior.

Echó un vistazo a la superficie inclinada. Lisa. A excepción de una sola cresta. ¡Allí! Una costura soldada que barría horizontalmente alrededor del cono. Como se centró, podía sólo hacer un cambio de luz y una superficie plana de vidrio de la plataforma de aterrizaje.

Suavemente él llevó a Gold Dust abajo, liberó el equipo de aterrizaje, y sintió la ligera roca en la nave, cuando llegó al descanso. El curioseó su control desde el dispositivo de dirección, luego levantó las manos para contemplar con asombro a la sangre que goteaba por sus palmas.

Aerin miró. La sangre era como un puñal, un trozo más de lo que había pensado que sabía acerca de Dane, y no sabía. Ella lo había empujado a este vuelo, nivelándolo porque pensó que él no podía resistir el desafío. Desde la tierra, la espiral había sido sólo un diseño que se riza sobre una estructura a ella, un obstáculo decorativo en el camino de lo que quería y pensó que ella necesitaba. Sus deseos.



Su estómago se había absorbido cuando vio el tubo giratorio de cerca, pero aún no entendía realmente el peligro.

Hasta ese paseo. No era un viaje a través de un tubo de movimiento de material negro, no para ella. Ello había sido la vida, la quema de la memoria. No de una espiral en movimiento, sino de una espiral de accidente en otro buque, seis años antes. Con otro piloto. Alguien en quien ella confiaba y se basó. Uno con mucha más experiencia que el joven que había empujado a volar esta noche.

Y la sangre al final de ese accidente había sido mortal.

Mucho peor que el par de líneas de color carmesí que llovía por la palma de la mano de su amigo a su lado. ¿O era Dane más que un amigo? El beso, no había sabido reaccionar sólo había conocido el súbito miedo agudo de la incertidumbre.

Debería decir algo, agradecer a Dane o pedir perdón, pero sentía la lengua pesada, incapaz de formar las palabras. En cambio, arrancó dos hileras de revestimiento del interior de su uniforme y envolvió cada una de sus palmas con la tela, ató un nudo seguro en la parte posterior de cada mano.

Con el segundo nudo, su lengua volvió.

— No vamos a volver...

— ¿Qué? —Dane habló como en un sueño. Ella se preguntó qué horror había vivido su mente en el viaje aquí

— No vamos a volar de vuelta por nuestra cuenta. Vamos a llamar a alguien por radio y pediremos ayuda. Les diré la verdad. Fue mi idea. Nunca hubiera, nunca debería haberte pedido que hicieras esto por mí.

Sacó su mano bruscamente.

— Estamos aquí ahora. Vamos a encontrar lo que necesitas.

Salió de la nave, y un momento después, Aerin estaba en el piso de vidrio



transparente. Miró hacia abajo en el punto por debajo de ella con el tallo negro corriendo a través suyo.

Dane ahora se movía lentamente en círculo alrededor de la pista de aterrizaje.

— Esto es sólo el hangar. Los registros deben mantenerse en otro piso. Debe haber una entrada en alguna parte.

Aerin partió en la dirección opuesta, con los nervios temblando. Recorrió la pared blanca con la menor fisura, pero nada interrumpía el flujo de marfil suave.

— En el centro —dijo Dane, cuando él la encontró en el otro lado de la habitación— hay un teclado.

Se acercó al cilindro vertical. Una pequeña sección del tallo se dividió en paneles, todos negro y con letras o números, pero estaba, como Dane había dicho, en forma de un teclado.

Se mordió el labio inferior. No se trataba de una máquina simple. Aerin sabía que todos los equipos tenían un reemplazo, construido por el creador en caso de reparaciones necesarias, pero una cosa era encontrar el reemplazo en un ordenador normal. Si no, siempre se podía apagar la máquina y volver a intentarlo. Podía haber una segunda oportunidad con este teclado, y, a juzgar por la mortífera espiral, las consecuencias si ella fallara podrían ser fatales.

Sus dedos temblaban mientras escribía el código de entrada, de la Alianza. Una pantalla curva de luz blanca encendida en el tallo justo por encima del teclado. Antes de que tuviera tiempo para intentar un mando básico, un laberinto de letras y números comenzaron a cambiar a través de la pantalla.

Un mapa, pensó. Estos eran los pasos, si pudiera encontrar la manera de leerlos. ¡Allí! En medio del laberinto, la letra *J* se movió rápidamente desde la pantalla en una recta diagonal. Le pegó a la tecla donde la *J* debería estar. Luego la letra *A* en la misma formación. La letra *N*. Ella golpeó a ambos. *E*.

Y todas las otras letras y números se arremolinaron en un tornado hacia la parte inferior de la pantalla en la que desaparecieron. Una simple pregunta los substituyó seguido de un cursor parpadeante, — ¿Arriba o abajo?



Aerin giró hacia Dane. *¿Qué podría estar abajo?* Ellos podían ver el punto inferior del Huso.

— Y pensé que esto iba a ser difícil —dijo con una sonrisa.

Su frente se arrugó mientras escribía el término “Arriba”.

Zzzzh. Junto al teclado, una grieta se abrió y amplio en el tallo negro. Una apertura, de ocho pies de alto y dos metros de ancho, reveló el interior hueco de un tubo.

Oyó a Dane recuperar el aliento. Delgadas costuras blancas bordeaban el interior del tubo en dos largas líneas. Abajo. Todo el camino hacia la nada.

Aerin se agachó, colocando su mano sobre la superficie de cristal de la pista de aterrizaje. Deslizó la palma hacia adelante en el tallo hueco. Sus dedos se deslizaban sobre una grieta, luego se trasladó hacia adelante. Sólidos.

— Más de vidrio —susurró. Se acercó con cuidado al interior del tallo—. Es un ascensor.

Dane no manifestó ningún signo de unirse a ella. Todavía estaba mirando a las finas costuras blancas. Ante el temor de que pudiera ser abandonada, Aerin lo agarró por el codo y tiró de él en el tallo. Un segundo después, la puerta se había cerrado, por si misma. Una vez más, habían entrado en un tubo hueco, la creación de una pesadilla de alguien. Aerin sentía las manos de Dane alrededor de su cintura.

Inclinando la cabeza hacia atrás, podía ver la parte superior del tallo. La distancia era difícil de juzgar, tal vez cientos de pies. Entonces la superficie por debajo de sus zapatos le dio un ligero estremecimiento, y ella se movía. La distancia comenzó a menguar. Ahora, treinta metros. Ahora ochenta. Setenta. El mentón de Dane se hundió en su clavícula, y sus brazos estaban aferrados a su caja torácica.

Un segundo estremecimiento trajo el movimiento a su fin, y otra vez la grieta se abrió, revelando otra gran sala blanca, una imagen especular de la primera.

Ella tropezó hacia adelante, agradecida al escapar del estrecho túnel y por



estar en pie en el blanco piso sólido. El alargado muro se extendía hasta el punto más alto del husillo, la superficie inclinada una vez más suave.

Y vacía. Aerin sintió un nudo alojándose en su tráquea mientras buscaba algo que pudiera almacenar información. Ella bordeo la pared exterior y el tallo. Nada.

Ni siquiera otro teclado.

Se dio cuenta de esto a la vez que la puerta se cerró.

— Nos equivocamos. Sentía las piernas flaquear mientras la esperanza se escapaba de su cuerpo—. No es un Centro de Inteligencia.

Dane la estabilizó.

— Nadie pasó por el problema de la construcción de esta torre si no hubiera nada.

— Es una prisión.

— Yo no lo creo —respondió—. Hay altavoces en el suelo. —Se inclinó y pasó una mano por la superficie.

Ella se agachó a su lado y sintió las crestas pequeñas agrupadas.

Él se alejó hacia el borde exterior de la habitación y miró hacia arriba en la parte superior.

— A lo largo de la cresta del túnel. —Señaló—. Esas son las lámparas.

— Luces y altavoces. —Ella podía oír temblar su voz—. ¿De qué utilidad son en la búsqueda de respuestas?

Ahora Dane se encontró con su mirada, con un brillo en sus ojos.

— Es un simulador.

Pasó otra mirada alrededor de la habitación.



— Pensé que había sólo uno.

Él sonrió.

— Esto hace que sean dos.

— ¿Cómo... cómo activarlo sin un teclado?

Dane alzó la voz, ya no hablaba con ella.

— Simulador, solicitud de datos.

— *Código de acceso, por favor* —una voz electrónica respondió con claridad.

Dane miró Aerin, y ella lo miró. ¿Cómo podría cualquiera de ellos alguna vez adivinar el código de acceso? *Un reinicio?* le dijo, vocalizando sin hablar.

El sacudió la cabeza, pasó los dedos por los mechones de su pelo, y descansado las palmas de sus manos en la parte posterior de su cráneo. Ella veía el ascenso y caída de su pecho. Entonces, su barbilla se inclinó y habló.

— Emma.

Hubo una pausa, un leve zumbido, y una respuesta.

— *Código de acceso confirmado. En espera de datos de la solicitud.*

Aerin abrió la boca, luego la cerró. *Por supuesto, el código de acceso era el nombre de la mujer que había diseñado el primer simulador y sin duda este también.*

— *En espera de datos de la solicitud.* —El equipo repitió.

Dane hizo un gesto hacia Aerin. Esta era su misión, su búsqueda.

— Anthony Renning —dijo ella, dejando que su voz hiciera eco en las paredes blancas.

— *Un centenar de archivos disponibles. Limitar la búsqueda.*



¿Limitar la búsqueda? ¿Cómo iba a hacer eso? Ella quería saber todo sobre su padre. Pero ella no podía tener mucho tiempo. Tenía que empezar con sus preguntas más importantes.

— ¿Por qué dejó la Alianza?

Hubo un zumbido suave. Dane se deslizó a su lado mientras que la sala quedó a oscuras. Y la simulación comenzó.





CAPITULO 20: "SIMULACIÓN"

TRADUCIDO POR: cuketa_lluminosa, Dani, Anelisse & vamp29

CORREGIDO POR: Brooke


Los gritos invadieron la oscuridad. Aerin sintió a Dane ir rígido y moverse lejos al reconocer la voz de su padre. — No puedo creerlo, Tony. ¡Eres un traidor!

— Y tú eres un vendido, ¡Gregory Madousin! Pensé que querías salvar el universo.

Su corazón explotó con el sonido de la voz del segundo hablante. Siete años había estado intentando silenciar su mente de la memoria de esa voz, del hombre que la había criado y amado y la dejó atrás en el infierno cuando su nave se había estrellado. El hombre cuya muerte había roto su corazón en fragmentos y casi destruido. Y ahora la imagen de su padre era sólida: hombros estrechos, el oscuro pelo, los ojos grises salteados de verde. Era él.

Y sin embargo, no era él. Tanto él como el hombre frente a él parecían más jóvenes de lo que ella alguna vez había visto, apenas más que Dane o ella.

Toda la escena se sentía extraña. Sillas negras, igualando a las lámparas, y un par de taburetes surgieron, claramente los del vestíbulo de la Academia7. Y en el fondo, dos figuras femeninas vagamente familiares se quedaron en un sofá de color marrón.

Aerin, no tuvo tiempo para tratar de identificar a las mujeres jóvenes. Su enfoque, como el de ellos, giró en torno a la discusión entre su padre y el futuro General.

— Después de todo lo que la Alianza nos ha dado —la versión joven de Gregory argumentó,— la educación y las habilidades. —Alzó los delgados brazos— ¡¿Quieres hacer caso omiso de todo eso?!

— No estoy traicionando mi educación —respondió el padre de Aerin—. Quiero poner mis creencias en acción.

— ¿Qué creencias? El hombre que ella recordaba siempre había sido amable,



pero no podía recordar su empeño en algo más grande que su bienestar.

— Puedes hacerlo desde dentro de la Alianza, Tony. Únete a la flota.

— ¿Y seguir las órdenes como tú? No lo creo.

Una sombra de color rojo subió por el cuello de Gregory. — Es un honor volar para la Alianza.

Su padre dio un único paso atrás. — No estoy diciendo que no lo sea. — Dio una respiración—. Simplemente no es para mí, no es como si quisiera hacer una diferencia.

Un breve silencio se formó, y luego una voz femenina irrumpió en la calma.

— ¿A dónde vas a ir, Tony? — Una de las mujeres jóvenes salió del sofá y parecía flotar en lugar de caminar cuando ella se acercó para estar al lado de Gregory. Su negro cabello rizado de manera formal, y sus delgados brazos descansaron con facilidad a los costados.

— Pensé en empezar con Mindowan — Tony respondió—. No está muy lejos de la Alianza, y sus ciudadanos entienden el concepto de libertad aun cuando nunca lo hayan experimentado.

Mindowan, Aerin había oído antes ese nombre, en la clase de debate, por Yvonne, de entre todos, afirmando que la Alianza no podía darse el lujo de perder a otro socio comercial como Mindowan.

La mujer inclinó la cabeza. — Es una monarquía, ¿no? Con un rey.

— Y una princesa esperando a heredar. La gente no tiene absolutamente nada que decir en su gobierno.

— Entonces no han pedido por uno — Gregory se quejó.

— No han luchado por uno, quieres decir — Tony argumentó—. El Consejo se niega a ayudar porque Mindowan es un socio comercial fundamental. Es uno de los únicos planetas en la región dispuestos a vender ironite a la Alianza. Y oh, el Consejo nunca quiere interrumpir sus mejores intereses.



Una puñalada de dolor familiar se retorció en el estomago de Aerin, el mismo dolor que había sentido al aprender la política de no intervención de la Alianza con respecto a los planetas de Nivel—X.

— Mindowan es un planeta pacífico en medio de un sector violento —gruñó Gregory.

— Y esa es una de las razones por las que voy allí. Quiero llevar a cabo la protesta pacífica, no violencia.

— Yo sé que nunca has sido leal a la Alianza, pero pensé que por lo menos permanecerías fiel a nosotros. —Gregory movió una mano para incluir a las dos mujeres jóvenes—. Hemos sido amigos durante años, por lo menos yo creía que lo éramos.

Tony frunció los labios. — No los estoy traicionando a ustedes, y no creo que este traicionando a la Alianza. A veces tienes que romper las reglas para vivir los valores del Manifiesto.

La cabeza de Gregory vibró. — El Consejo no lo ve de esa manera.

— Entendemos lo que dices, Tony —dijo la joven tras el hombro de Gregory—. Ninguno de nosotros piensa que la Alianza sea perfecta. Y lo que quieras hacer, ayudar a liberar a la gente en los planetas que no son miembros, es un objetivo admirable.

— ¡Pero podría hacerlo a través de la Alianza! Gregory gruñó.

— No en Mindowan —dijo Tony,— O en cualquier otro planeta fuera de los límites marcados. Alguien tiene que ayudar a esas personas. —Su cara se había endurecido, las líneas afiladas surcaban su frente, su mentón prominente con la determinación. Aerin nunca había visto a su padre de esta manera antes, ruborizado de pasión. *¿Lo decía sinceramente?*

— Puede que tengas razón —dijo la mujer— Pero ya sabes que si tienes éxito, Tony, si incitas la rebelión en estos planetas, el Consejo te denunciara. Ellos no pueden permitirse el lujo de la ira de otros gobiernos.



— Por eso tengo que hacerlo yo, Emma, porque el Consejo no lo hará.

¿Emma? La mirada de Aerin regresó a la mujer joven. Ella sobresalía como un atenuante contra el futuro General a su lado. Donde él era pálido, ella era oscura. Cuando él estaba enfadado, ella estaba calmada. Ella deslizó su delgada mano en la de Gregory, y ahora Aerin sabía porque esa mujer le parecía familiar. Porque tenía los mismos ojos y cabello oscuro que su hijo. Por primera vez durante la simulación, Aerin evitó mirar fijamente a Dane. Sus ojos lucían demasiado brillantes, y ella sabía que la vista de su madre lo había afectado tanto como la imagen de su padre la había afectado a ella.

Dane se había puesto más pálido de lo que Aerin nunca lo había visto, el color desapareciendo de sus labios. Y entonces la simulación, también, comenzó a desaparecer. Su corazón se retorció cuando su padre desapareció. Ella cerró sus ojos, esforzándose para grabar cada momento de los pasados minutos en su cerebro.

Entonces la ironía la golpeó. Siete años había alejado las memorias de su padre, y ahora ella se adhería a la única que no era ni siquiera propia. El instante expandiéndose cuando ella luchaba con esa realidad.

Las palabras de Dane rompieron el silencio. — Bueno... ahora sabemos que sucedió entre tu padre y el mío.

— Eran amigos —ella se las ingenió para decir.

— Unos cercanos, o mi padre nunca hubiera estado tan enfadado con el tuyo por traicionar a la Alianza.

— ¿Tú crees que mi padre lo hizo, entonces, se marchó para comenzar una rebelión en un planeta del exterior?

— Eso es lo que le preguntaste al simulador, ¿No es así? Para explicar ¿Por qué tu padre dejó la Alianza?

Ella había olvidado su pregunta inicial. — Si. —Aerin luchó para entender las acciones de su padre. Sus motivos, desde luego, habían sido nobles, pero ¿Como él pudo haber arriesgado todas las bendiciones de la Alianza? Un



escalofrío traspasó sus extremidades—. ¿Y crees que mi padre fue denunciado por la Alianza, como dijo tu madre?

Dane frotó la parte de atrás de su mano sobre uno de sus ojos. — Eso explicaría porque tu padre nunca regresó.

Y porque nunca me habló de la Alianza. O de la Academia 7. O de alguna cosa sobre esa etapa de su vida. Pero eso no explicaba porque su padre había cambiado. Por qué había perdido la pasión que ella acababa de atestiguar y dejó de luchar por sus creencias. Por qué él había cambiado esos sueños por meses de aislamiento en un barco comercial con solamente su hija de compañía. O por qué de algún modo tenía una hija.

Y entonces Aerin sabía que pregunta hacer después. No había nada que hacer con la Alianza, nada que hacer con la revolución o políticas o que era legal o ilegal. Era la pregunta que ella solo había preguntado una vez y que nunca fue capaz de volver a preguntar. La pregunta sin contestar que había atormentado su vida mucho antes de la clase de debate, o la Academia 7, o incluso Vizhan. — Simulador —dijo— ¿Quién era mi madre? —Antes de que tuviera la posibilidad de cuestionarse o preguntarse como el computador podría aspirar a identificarla, mucho menos a su madre, el zumbido de la maquina comenzaba. Y otra vez la simulación comenzó con voces.

— ¿Qué pasa si perdemos? —preguntó un hombre.

— ¡Sí! gritó otro. “¿Qué pasa si somos arrestados? Tengo una familia en casa que será arrojada a la calle si no puedo trabajar.

— He visto ese lugar tuyo, George —dijo un tercero—. No considero que las calles serían mucho peor.

Imágenes se comenzaron a formar. Una diversa multitud en una plaza de adoquines se juntaba alrededor de un podio. Hombres, la mayoría de ellos en trapos, se empujaban en su camino hacia el centro, sus voces se amontonaban unas sobre otras. Un segundo grupo de hombres, estos en pantalones limpios y chaquetas acomodadas, miraban con curiosidad, y unas cuantas mujeres, algunas acarreando niños en sus amplias caderas, dispersaban los bordes de la multitud.



Aerin miró detenidamente a las mujeres, buscando por una que pudiera ser su madre, pero la voz de su padre la distrajo.

— Escuchen, no estoy aquí para decirles que es lo mejor para ustedes o sus familias. —Sus palabras vinieron desde el podio—. No puedo prometerles seguridad o libertad. Pero puedo decirles que su única oportunidad de cambiar Mindowan es trabajar como grupo. —Ausente estaba el uniforme de la escuela de su padre y el corte de cabello corto que había usado en la última simulación. Él estaba vestido como uno de los miembros de la multitud, con un chaleco, pantalón y una camisa de lana larga harapientos. Su cabello caía con mechones flojos en sus hombros.

— El rey no los puede arrestar a todos —continuó, cautivando a los espectadores con la fuerza de su voz—. Y no puede controlar las minas por sí mismo. Si ustedes quieren tener opinión en su gobierno, deben hablar juntos.

Hubo un rumor entre los miembros de la multitud.

— Y ¿Quién debe liderar de este grupo? —preguntó un hombre.

— Deberíamos tener una reunión —dijo una mujer.

— ¿Una reunión? —se mofó un hombre con una barba oscura—. ¡Muy bien, eso hará! Yo diría que el tiempo para la conversación ha pasado.

Los gritos estallaron, y Aerin perdió el hilo de la discusión. Entonces el silencio repentino cayó cuando un caballo galopaba en la plaza. Un hombre en un sombrero con plumas, camisa de volantes, y un par de pantalones de seda conducía a un alto caballo castrado negro hasta el borde de la multitud. Allí hizo una pausa, su elegante forma de montar alternando sus cascós de una manera difícil. El hombre metió la mano dentro de una bolsa de cuero en la parte de atrás de su silla de montar y sacó un tubo marrón.

— Correo para el Sr. Anthony Renning —dijo.

Murmurlos repercutieron en respuesta, y comentarios groseros salieron adelante sobre el elegante caballo del jinete y sobre la ropa.

— ¿Y tú eres? —Exigió el hombre barbudo cuando dio un paso adelante desde



la multitud. Él bloqueó el camino del caballo y cruzó sus grandes brazos sobre su musculoso pecho.

— Theodore Lorry, el mensajero real —dijo el hombre del sombrero con plumas.

Aerin sintió un estremecimiento traspasar su cuerpo. Incluso aunque sabía que todo esto había sucedido hace mucho, ella no podía menos que preocuparse. ¿Por qué tendría un mensajero real un mensaje para su padre, a menos que el gobierno estuviera consciente de sus esfuerzos de derrocarlo?

Un estrecho hueco se abrió entre el jinete y el podio. — Soy Anthony Renning —dijo su padre, sin dar un paso hacia delante—. ¿Qué quiere usted de mí?

El mensajero no desmontó, un movimiento por el cual Aerin no podía culparlo. En cambio, él condujo su caballo alrededor del hombre barbudo e impulsó al animal castrado a tomar ese camino hacia delante de la multitud. El caballo hizo como le dijeron, resoplando a cualquiera que se acercara mucho. En frente del podio, el jinete tiró las riendas, estirando el brazo para depositar el tubo marrón en la mano de Tony, e indicó con calma — Tiene una citación de la princesa.

Entonces, las imágenes comenzaron a disiparse. ¡No, no! El pánico se levantó en la garganta de Aerin. Sin embargo, para saber la respuesta a su pregunta. Pero la simulación no había llegado a un final, sólo esa escena, y una novedad era su lugar.

Una sala elaborada iluminada por un candelabro de oro surgió delante de ella.

Las sillas de robles tallados y barridas en una media luna alrededor de los bordes de la habitación. Un escritorio pulido servía como centro de habitación, y con hojas de papel limpio, la ondulada caligrafía se disseminó por la superficie de su escritorio. Dos cuadros colgados en las paredes, uno del establecimiento de una hermosa pastoral y el otro de un hombre de edad avanzada con un cetro en la mano. El rey, supuso Aerin.

La única ventana, situada en una pared de cinco pies de grueso, daba a un patio. Su padre se quedó mirando, en silencio, apretando los dedos de piedra. Sus ropas eran las mismas que había llevado en la última escena, aunque se



había quitado el chaleco harapiento, metido su camisa, y atado su pelo en una cola ordenada.

— Así que usted es el que intentó iniciar una guerra en la propia ciudad de mi padre —una voz de mujer se escuchó desde la puerta. Tony se volvió, y abrió su boca al ver a su acusador.

La joven era diferente a cualquiera que Aerin había visto nunca. Su cabello castaño enrollado alrededor de los bordes de un círculo de plata. Los ojos oscuros brillaron debajo de una suave frente y las cejas arqueadas. La propagación de color rosa oscuro en los pómulos altos y los labios fruncidos, y un vestido canela oscuro que se aferraba a los hombros curvados antes de deslizarse en el piso.

Tony, después de haber recuperado la compostura, dejó caer la cabeza en el más mínimo indicio de una inclinación de cabeza. — Su Alteza. —dijo.

— Tome asiento, Sr. Renning —Hizo un gesto hacia una silla—. No me gustaría tener una falta de hospitalidad añadida a la lista de faltas que se han estabilizado en contra de mi familia.

No se sentó.

— Por favor, dígame, Señor, cómo un hombre joven de la Alianza llegó a la atención tan cerca de perturbar el único planeta en esta región que se preocupa para hacer frente al Consejo

Tony dio una media sonrisa — Dudo que vuestra Alteza tenga ningún deseo de escuchar la verdad.

— Por el contrario, me han planteado a escuchar las opiniones más allá de mi propio entendimiento. —Ella se acercó a la mesa en el centro de la sala, levantó una botella de tinta, y la volvió a dejar con un ruido sordo.

— Si no lo hiciera, estaría pudriéndose en un calabozo en este mismo momento. Y la Alianza tendría que arreglárselas sin su prodigo más reciente.

— Estoy aquí por mi cuenta. —Tony enderezó los hombros— No en nombre de la Alianza.



— Así que ellos tendrían que creer. Según el embajador, si usted regresa al espacio de los aliados, se le enviará a la cárcel. ¿Estaba usted enterado de esto?

Sus pómulos temblaron. — No es inesperado.

— Dígame entonces — Ella volvió la potencia de los ojos oscuros sobre él. “Si no estamos aquí para ayudar a la ganancia de la Alianza con el control de nuestro suministro de ironite, ¿Por qué está tratando de provocar una rebelión en este planeta?

— Porque la gente de Mindowan merece algo mejor.

La princesa dio un paso adelante tartamudeando, luego de regreso, y sus palabras cuando ella intervino habían perdido su anterior tono de mando — ¿Mejor que qué, Señor Renning?

— Que en años de trabajos forzados en las minas para que otros puedan disfrutar de las ventajas del metal descubierto.

Trabajo duro. Cientos de recuerdos de los campos de Vizhan rasparon a través de la mente de Aerin: Las rasgaduras en sus manos sin protección después de la escarda, sin guantes, un dolor agudo en la espalda y los hombros de trabajar encorvada, el implacable calor de su sangre seca. ¿Su padre había estado tratando de salvar a la gente en este planeta de la oscuridad de trabajo duro sin esperanza? Ella había vivido a través de esa oscuridad. Su eliminación se podía defender.

La princesa levantó una pluma del escritorio y pasó los dedos a lo largo de las plumas — Estamos totalmente de acuerdo en eso. ¡Y qué debería hacer mi padre? ¿Afiliarse al Sindicato?

— El Sindicato busca el poder, la vida no es mejor para su pueblo.

— Entonces, repito, ¿Qué quiere que mi padre haga? Él ha trabajado toda su vida para mantener Mindowan libre del control del Sindicato. Le aseguro, que no pasó por todo ese esfuerzo sólo para que sea ingerido por la Alianza.

La mandíbula de Tony se tensó — No estoy sugiriendo que dé Mindowan a la



Alianza.

Sus ojos se entornaron. — Entonces, ¿Qué sugiere usted?

— Que el pueblo de este planeta tiene el derecho a gobernarse a sí mismo.

La princesa respondió a la declaración, su pluma de ave cayó al suelo. — ¿Y usted cree que podría funcionar? —preguntó en voz baja.

— Creo que la gente debe tener la oportunidad.

— ¿Y usted tiene la intención de ayudarles a alcanzar esa oportunidad?

— Sí. —contestó.

— ¿A través de la violencia?

— A través de palabras y convicción.

Poco a poco recuperó la pluma, su movimiento tan suave que ni siquiera la falda crujío. Por un momento Aerin podía imaginar a la princesa estirando el dedo en un gesto de mando y ordenar la muerte de Tony en el instante. Sin embargo, las próximas palabras sorprendieron a Aerin, ya que debían haber sorprendido a su padre.

— Entonces voy a arreglar para que usted pueda hablar con el Rey, Sr. Renning.

La simulación se desvaneció, las imágenes desaparecen sin decir una palabra hablada.

Aerin esperaba una nueva imagen a la forma, pero ninguno llegó — ¿Está hecho? —Ella murmuró.

Dane estiró los brazos a la espalda — Respondió a tu pregunta.

— No, no lo hizo. Le pregunté...

— ¿Quién era tu madre? —El equipo respondió.



La mente de Aerin se remolinó. *¿Esa bella mujer con el porte real y el aura de comando?* — No podría ser mi madre.

— Ella podría —dijo Dane con firmeza. Dejó de estirarse y devolvió su intensa mirada hacia Aerin,— Te parecías a ella en Navidad, con ese vestido rojo.

Aerin miró más allá de la profundidad de sus ojos marrones. Ella se había sentido como de la realeza esa noche, como que pertenecía. Y no podía estar más equivocada. — Tal vez el equipo piensa que soy otra persona. *¿Cómo puede saber quién soy yo?*

Él rompió la mirada. — Debe de haber recogido quién eras cuando estábamos hablando después de la primera escena. Un simulador está diseñado para introducir datos siempre que estos corran.

¿No podría haberle mencionado que antes? Ahora, la máquina sería capaz de rastrearla. Pero, ¿Qué importaba eso con todo lo que ella había visto? Además, ya estaban atrapados aquí. Bien podría tomar ventaja de cada momento.

— Simulador, mi nombre es Aerin Renning. Si esa era mi madre, *¿Qué fue lo que sucedió con ella?* —Fue una pregunta vaga que tan pronto como Aerin la había dicho, ella quiso borrarla, pero la habitación estaba oscura, y no había nada que pudiera hacer más que mirar.

Sintió el deslizamiento del brazo de Dane alrededor de su cintura.

Estaban en una habitación pequeña, sencilla, con poca luz. La noche había caído. Una mujer en un vestido de andar por casa y una bufanda azul claro estaba en cuclillas junto a la chimenea. Ella balanceó los lados de la cuna y tarareó una melodía suave. Su rostro brillaba a la luz de las velas, la misma cara que había pertenecido a la princesa.

¡Es verdad! Aerin comprendió. *Esta mujer es mi madre. Y el bebé en la cuna debo ser yo.* Desesperadamente, Aerin tomó la imagen de su madre, llenando el vacío que había existido durante toda su vida. Mientras que era mayor que en la escena anterior, la mujer seguía pareciendo joven, ya no era rica, pero tenía buena salud. Sus ojos negros, miraron la puerta. Entonces una palpitación feroz hizo vibrar la pasarela de madera. La madre de Aerin se puso de pie y levantó el pestillo. Un hombre estaba en el umbral, anhelante.



- Oh, es usted, Stephen. —La decepción sonó fuerte en su voz.
- Señora Renning. —dijo, luchando para recuperar el aliento— ¿Aquí está su marido?
- No, Tony, está afuera esperando el anuncio.
- El anuncio se produjo, hace más de una hora. Pensé que ahora estaría aquí para decirle.
- ¿Ha pasado entonces? ¿Mi padre ha cedido Mindowan a su gente? Sabía que lo haría. Si alguien podía ganarle, Era Tony.
- Es mucha la fe que tiene en su marido, señora Renning, para dejar todo y seguirle.
- Él es un hombre fácil de seguir, como estoy segura que usted sabe. ¿No ha llevado a todos los ciudadanos de Mindowan a la libertad de esta noche?
- Estalló de orgullo el pecho de Aerin. ¡Su padre había tenido éxito entonces! Su madre hizo un gesto para que el visitante entrara en la habitación, pero él sacudió la cabeza.
- Él lo tuvo. —dijo Stephen— Pero es por eso que yo lo estaba buscando. Las multitudes no están afuera de fiesta. Ellos asaltan el castillo.
- La oleada de orgullo se desplomó.
- El temor pasó a través de la voz de su madre. — ¿Qué?
- Están borrachos, Señora, y quieren demostrar que han ganado. Usted sabe que hay quienes se oponían a las negociaciones de su esposo con el Rey. Querían acción, no palabras. Y después de su matrimonio...
- Ellos rompieron con Tony. Pero tenía razón. Deben verlo ahora. Ellos tienen su libertad y sin derramamiento de sangre.
- Hay quienes no lo ven de esa manera. Ellos no quieren una transferencia pacífica del poder. Ellos quieren venganza.



Aerin sintió la decepción marcada por el miedo. ¿Era esto lo que le había sucedido al sueño de su padre? Su madre alcanzó un chal de lana pesada en una percha de la puerta. — Vigila a Aerin, ¿Quieres?

— Pero yo quería encontrar a su marido. Él es el único que puede detener esa mafia.

Ella hizo una pausa. — Y ellos lo saben. Ellos podrían haberlo atrapado en algún lugar, o... — Su rostro se drenó de todo color, y no terminó la declaración. En cambio, ella pasó rozando al hombre en su puerta—. Tengo que ir.

— No, Señora, dígame dónde, y voy a buscarlo.

— Yo no voy por Tony. Debo advertir a mi padre.

— Pero es peligroso. Pensé que su padre no le había hablado desde que la desheredó antes de su matrimonio. ¿Y si no escucha?

— Tiene que hacerlo —Ella corrió, desapareciendo en la noche.

Aerin apenas tenía tiempo de asimilar la noticia de que no sólo no era de la realeza, hecho que no tenía problemas en aceptar. Si no que su madre había renunciado voluntariamente a su propio estatuto con el fin de casarse con Tony. ¿Por qué entonces había sido tan reticente a mencionar el nombre de su madre? Una vez más, la simulación cambió.

Pound. Pound. Pound. Casi pasó un minuto antes de Aerin pudiera reconocer a su padre en la oscuridad. Él martillaba con un palo improvisado contra el interior de una puerta vieja, y se dio cuenta de que debía estar atrapado, como su madre había dicho. *Pound. Pound.* Entonces, *¡crack!* La hendidura de la puerta cerca de la cerradura.

Tony atacó la debilidad con ferocidad, y el palo hizo su trabajo.

Se abrió la puerta rota y echó a correr en la noche sin mirar hacia atrás. Las sombras de los edificios de madera pasaron rápidamente junto a él en todo lado de la calle. Él tomó una esquina, luego otra, en dirección hacia arriba. Dos veces tropezó con los invisibles obstáculos, pero él siguió su camino, su respiración entrecortada llegó en aientos pesados. Él debía estar muerto en



pie por ahora, Aerin pensó cuando cortó detrás de la tienda de un comerciante y pasó por encima de una valla, a continuación, se lanzó una vez más en una carrera constante.

El cielo comenzaba a aclarar en la distancia, y todavía seguía adelante. Ahora fue bordeando la orilla de un alto muro de piedra, la silueta del castillo, en el fondo. La puerta, arrancada de sus goznes, yacía en el suelo.

Su padre corrió a través de la abertura. No había guardias que bloquearan su camino. Ni una sola persona estaba en el patio. O en la entrada del castillo. O el vestíbulo.

Tony corrió por un pasillo cubierto de vidrios rotos y patinó hasta detenerse en el borde de una puerta de espesor. Estaba entreabierta. Por un momento, Aerin sólo podía verlo a él, no la sala en la que su padre estaba mirando. Luego cayó al suelo.

Y ella vio lo que él hizo: las gruesas vigas que corrían por el techo, las cuerdas envueltas alrededor de las vigas, y las figuras que colgaban de las cuerdas y dos cuerpos, sus cabezas colgando en contra de los nudos que habían cortado su aliento y terminado con sus vidas. La de un anciano de pelo blanco. Y la de la madre de Aerin.

Los gritos de Aerin llenaron la cámara del huso. Un pánico agudo golpeó contra las paredes y se hizo eco de nuevo en ella, como un láser cortando en su piel y quemándola a través de sus órganos. Se dejó caer al suelo.

La simulación hacía tiempo que había llegado a su fin, su imagen final había abrazado su cerebro.

¿Qué más se necesitaba para hacer a su padre en el hombre que ella conocía? Un hombre, sin pasión y sin convicción, que se quedó en silencio durante horas en un momento y había planteado a su hija sola, fuera del ámbito de cualquier planeta o límite político.

Sus pulmones comenzaron a doler, pero no podía detener los gritos. Después de años de horror, la angustia había encontrado una salida, y no podía hacer nada para frenar su fuga, no tendría si pudiera.



Entonces brazos cálidos rodearon su pecho y la mecieron adelante y atrás. Dane estaba diciendo algo. Al principio, las palabras no lograron romper a través de su emoción, pero continuaron, suaves y constantes, hasta que ella se dio cuenta que estaba repitiendo la misma línea una y otra vez. — Estás bien. Estás bien. Estás bien.

Ella quería discutir con él, para decirle que no podía estar bien, que ella no debía estarlo. Pero las palabras se enredaron en su cerebro, y los gritos se ahogaron en lágrimas. — Yo no... Yo no... —Se atragantó.

— ¿No qué? Le susurró al oído.

Estaba pensando en su madre. — Yo ni siquiera sé su nombre.

— Ilaina. —No fue Dane quien respondió—. O, más correctamente, su Real Alteza, Ilaina Seranee de Mindowan —Y la figura rígida de la Dra. Livinski salió del ascensor.

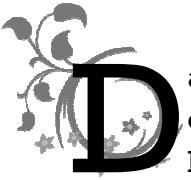




CAPITULO 21: "PERCUSIONES"

TRADUCIDO POR: priisci!

CORREGIDO POR: obsession

ane estaba viviendo otra pesadilla. Con los ecos de los gritos de Aerin en el fondo y las imágenes de ayer por la noche iban a la deriva libremente de su visión; la penetrante mirada de la Dra. Livinski cuando ella salió del elevador; el largo silencio de la oscuridad en el paseo hacia abajo, abajo a través del pie del husillo, y no al paso, sino todo el camino hacia el túnel secreto que llevaba al cuarto vacío del sótano del Gran Salón y el hueco caparazón que había sido Aerin cuando ambos fueron llevados a la oficina de la Directora. Y el amor, sí, el amor, que había sido mostrado en los ojos de su madre mientras ella tomaba la mano de su padre en la primera simulación.

Él trató de hacer a un lado esas visiones. Sin embargo, la experiencia actual de la espera para el inicio de la ceremonia del anuncio no era más confortante.

El duro banco excavado repetitivamente en sus muslos mientras los otros de primer año se movían de arriba, abajo sin descansar. Las voces pululaban una sobre otra, y el sudor se acumulaba atrás de cuello, sin duda por culpa de la densa multitud en el auditorio; padres, madres, abuelas, abuelos, hermanos, hermanas, tíos, tíos, y quien sabe quiénes más; todos emocionados y dispuestos a proporcionar su apoyo a sus propios Zack o Zelda. El padre de Dane no había ido.

La Directora se trasladó a la parte delantera de la sala con una gruesa pila de invitaciones para los afortunados estudiantes que estarían de regreso a la Academia 7.

Él no estaría entre ellos.

No te importa, se dijo a sí mismo. No sientas nada.

Él sabía que el haber accedido a llevar Aerin al husillo le costaría. Y no le importaba que todavía faltara el castigo. Porque sabía que esa mujer parada en el estrado con la cabeza en alto, con el cuello duro, era la misma mujer que lo



había mirado con decepción anoche. Él no sabía de qué otra forma describirlo. Ella controlaba su destino, y él no podía hacer nada para alterar ese poder.

No te importa, se recordó así mismo. Porque si no le importaba, ella no lo podría lastimar.

Pero ella podría lastimar a Aerin. No podía sacar la memoria de los gritos de Aerin. Rompían a través de él, explotaba de ella como la voz de la locura, y no hubo nada que pudiera hacer. Nada además de agarrarla y mentirle al decir que estaría bien.

Él no podía mirarla ahora. No podía soportar los ojos en blanco que habían pasado justo por su lado cuando ella se había ido la noche anterior.

— Damas y caballeros. —la voz de la Dra. Livinski rompió a través de la habitación—. Bienvenidos a la ceremonia de anunciaciόn de la Academia 7.

La habitación se hundió en un silencio brutal.

Su corazón latió rápidamente. Quizás fue por eso que ella no lo castigó anoche. Porque sabía que sería más doloroso estar en la ceremonia y saber que no escucharía su nombre.

No. Te importa.

Ella empezó con los estudiantes de segundo año. Los de tercer año tendrían su fiesta de graduación más tarde, un momento de pura celebración.

Esto. Esto era completamente diferente.

A él casi se le olvida que los de segundo año estarían ahí, que ellos también tendrían que ser invitados de vuelta. No había un número límite de los nuevos estudiantes de tercer año. Ellos sólo tendrían que satisfacer a la Dar. Livinski.

Una tarea, que Dane sabía que no valía la pena dar por concedido.

Él escuchó con una conciencia sorda como uno a uno los de segundo año se paraba al escuchar sus nombres. Esos estudiantes, con sonrisas de alivio en sus caras, retiraban sus invitaciones y tomaban las pequeñas hacia la plataforma. La



línea de humanos creció lentamente hasta cubrir las gruesas distancias de las cortinas.

La Directora se sentó al lado de los sobres y puso sus manos juntas. — Les presento al último curso del año que viene.

Aplausos de cortesía llenaron la habitación pero se desvanecieron rápidamente por el aumento de la presión de los estudiantes. Y el clímax de la mañana se acercaba. Dane no podía sentir sus manos. O sus pies. Un extraño, aliento deshilachado llenó su pecho mientras la Directora otra vez tomaba una invitación en sus manos.

Y dijo un nombre. No el de él. O el de Aerin. Su alma queda vacía, y luego volvió a llenarse cuando tomó una invitación.

No, se ordenó a sí mismo. No tengas esperanzas.

Pero una y otra vez su pecho se levantó y se cayó mientras las invitaciones disminuían. A pesar de sí mismo, él empezó a contar a los estudiantes de primer año en el escenario. Veintiuno, veintidós, veintitrés. Sólo faltaban dos.

Pero esos nombres nunca fueron mencionados. La Dra. Livinski levantó su mano, para presentar a los del próximo año. Dane no podía escuchar las palabras. Aplausos rompían a través de la habitación. Y las invitaciones se habían ido.

No te importa. No lo sientes. Pero era demasiado, demasiado tarde para eso. Porque sí le importaba. Le daba miedo cuánto le importaba esto. Y sí sentía. Sintió como cada músculo de su corazón se partía en dos, y no podía hacer nada más que ver como cada sueño que nunca deseó tener, desaparecía.

Un grito desgarrador escapó del final de la banca. Yvonne. No le había tomado mucho pensar para darse cuenta de que había sido mandada a la oficina de la Dra. Livinski anoche, pero no había nunca satisfacción sabiendo que ella tampoco pudo realizar el corte. O que los últimos dos puestos, los que la directora decidió no llenar, le pertenecían a Aerin y a él. Hasta anoche.

La audiencia descendió en un enjambre estridente: corriendo para consolar a los estudiantes rechazados y felicitar a los que no. El balanceo de los brazos y



codos empujando le pasaban por el lado. Piernas revueltas sobre el banco, y las voces resonaban en sus oídos. Sintió que alguien se acercaba.

Aerin. Él aún no la podía mirar la cara.

Luego otra sombra se acercó, de ésta no se podía escapar o evadir. Una desaprobación llenó el aire mientras la Dra. Livinski emitía su austero directo.
— Ustedes dos. En mi oficina. Ahora.





CAPITULO 22: "COMPROMETIDOS"

TRADUCIDO POR: *sookie2125 & vamp29*

CORREGIDO POR: *cYeLy DiviNNa*

Dane sentía que las paredes de cristal de la oficina del Director se acercaban a su alrededor. Él se dejó caer en una silla, dejando que los barrotes de hierro cavararan en su columna vertebral recordándole a donde se dirigía.

Hubo un silencio prolongado.

Vagamente, Dane se dio cuenta que Aerin aún no se había sentado. Tomó su mano, pero ella se la sacudió.

La Dra. Livinski, también estaba de pie, comenzó a recitar los delitos de la última noche, contando deliberadamente con los dedos. — Invasión de propiedad, allanamiento de morada, acceso ilegal a la base datos clasificados...

— Fue mi culpa —espetó Aerin.

¡No! Dane intentó tirar de ella hacia abajo. *Soy yo el que tiene el registro. Mantén la boca cerrada.*

Pero de nuevo Aerin lo rechazó. — Fue mi idea entrar en el husillo, no de Dane.
— Ella se liberó de su agarre.

Patas de sillas rasparon el suelo de baldosas mientras la directora se deslizaba en su asiento, con las cejas arqueadas. — Excelente Trabajo, Señorita Renning.

Dane se encogió. Él no podía esperar que Aerin compartiera la cuenta brutal de su vida. Ella se había desnudado emocionalmente anoche, y él había visto el precio que había tomado. Pero antes de que él pudiera abrir la boca para discutir, ella comenzó a hablar. Su barbilla estaba en alto, al nivel de su mirada. Los hechos eran los mismos que ella había compartido anoche, pero las palabras salieron más rápido, sucintas, descaminadas de los labios con... confianza.



La Directora interrumpió una sola vez, aclarándose la garganta. — De hecho, fui consciente de la muerte de su padre, justo antes de Navidad. Su barco fue identificado antes de que fuera aplastado. —Ella se pasó los dedos largos juntos—. Algunos de nosotros en el Consejo celebramos una reunión para escuchar a los registros de vuelo del *Fugitivo*.

Dane se estremeció y cerró los ojos. Luego eso explicó la verdadera razón de porque el General había regresado y cómo había conocido... conocido como el padre de Aerin había muerto. Y sabía que Aerin estaba mintiendo. *Él pensó que yo estaba burlándome de él por llevarla a casa*, Dane se dio cuenta, *de que ambos lo estaban*.

Pero Aerin no permitió que la revelación de la Directora interfiriera con la suya. Ella metió un mechón de pelo castaño detrás de su oreja, hizo una breve inclinación de cabeza, y comenzó a hablar acerca de la ruptura de laboratorio de alta tecnología, a continuación del vuelo a través de la espiral y, finalmente, de las simulaciones, que terminaron con la cruda descripción de la muerte de su madre.

La Dra. Livinski enrosca los dedos y se frotó la frente. — Toda la rebelión. —La rabia rallaba a través de su voz—. ¡Que desperdicio!

Los ojos de Dane se abrieron en el comentario sin corazón. Él no había pensado en la posibilidad de que la Directora pudiera saber más acerca de los acontecimientos que rodeaban las simulaciones. Sus palabras de anoche de pronto volvieron a él: *Ilaina Serranee*, el nombre de la madre de Aerin.

Por supuesto, la Dra. Livinski sabía más. Ella estaba en el Consejo. — Mindowan fue absorbido por el Sindicato —dijo ella, y luego metió la mano en el cajón de su escritorio y sacó un objeto negro delgado—. La rebelión se desmoronó sin Tony.

¿*Tony*? El nombre informal sonaba en la habitación.

Y Aerin agarró el borde de la mesa, luego se hundió en la silla vacante. — ¿Usted... conoció a mi padre? —Su voz se quebró por primera vez en toda la confrontación.



Hubo una larga pausa, mientras la Directora corría un pulgar por el borde del rectángulo en la mano, que a continuación, se volcó sobre el objeto.

Para revelar una fotografía.

El shock atravesó el cuerpo de Dane. Nunca había visto la foto antes, pero reconoció a cada uno de los cuatro estudiantes de la Academia de 7: el padre de Aerin, luciendo una amplia y radiante sonrisa; el propio padre de Dane, menos jovial, pero sin dejar de sonreír; la madre de Dane, tan bella, tan... feliz, y la joven desde la última simulación de noche, la que había permanecido en el sofá a través de su argumento de su padre con Tony. Dane levantó la mirada lentamente a la cara de la Directora, luego cayó de nuevo en la joven en la foto. Las características agudas eran las mismas.

— Éramos unidos. —dijo la Dra. Livinski, la compasión exentó de su tono— todos nosotros. —Hizo una pausa—. En un tiempo.

Nunca se le había ocurrido que podría haber conocido a su madre.

— Usted estuvo allí durante la discusión entre mi padre y el de Dane —Aerin susurró.

La Directora tocó el borde de la imagen, balanceándola de golpe. — Y yo preferiría no haber estado. Gregory se puso furioso. —Sus ojos grises se enfocaron en Dane, a continuación, volvieron a Aerin—. Por supuesto, Tony podría haber dado la noticia con más suavidad.

— ¿La amistad no sobrevivió? —Aerin preguntó.

— No. —La Directora dijo— Gregory acababa de alistarse en la Fuerza Aérea de los Aliados, y no lo hizo a la ligera.

Él nunca hace nada a la ligera.

— Cuando se alistó, comprometió toda su alma a la Alianza. —La Dra. Livinski barrió el marco bruscamente en el cajón—. Tony nunca hizo eso. Para él, la libertad valía la pena para luchar, pero no era inseparable de la Alianza. Él creía que el mejor lugar para hacer una diferencia, era en un



planeta donde la gente no podría obtener el apoyo de los Aliados. Gregory nunca entendió eso. —Ella hizo una pausa, luego extendió el pensamiento—
— Aunque Emma si lo hizo.

Algo en el pecho de Dane se desgarró ante el sonido de ese nombre. La ira comenzó a hincharse dentro de él. ¿Qué le daba a esta mujer el derecho a tener recuerdos de su madre?

Una sombra breve sustituyó la dura mirada en los ojos de la Directora.
— Creo que Tony esperaba que ella cambiara la mente de Gregory. Había mucho más en Emma que su familia rica. Ella era brillante, ya sabes.

Las palabras estallaron en Dane antes de que pudiera contenerlas. — Entonces, ¿por qué ella se casó con mi padre?

La Directora parpadeó. — Tu madre conocía su propia mente. Ella comprendió a Gregory y aliso sobre todas sus asperezas. Sus padres no lo aprobaban... así que por supuesto se casó con él, justo después de la escuela.

— No entiendo —Aerin interrumpió— Si ella hubiera podido convencerlo para que perdonara a mi padre, ¿por qué ella no lo hizo? ¿Qué pasó?

Una sensación de frío se desarrolló en la boca del estómago de Dane.

Los ojos grises volaron a su cara. A él no le gustaban esos ojos. Estos habían visto demasiado.

— Emma murió, dijo la Directora—. Ella se enfermó durante su segundo embarazo. Los médicos trataron la fiebre, pero la dejaron muy débil, y le sugirieron que abortara el bebé.

Un escalofrío se deslizó a través del cráneo de Dane. Nunca había oído hablar de los detalles.

— Gregory se encontraba lejos en ese tiempo —continuó la Directora—. Él había sido promovido sólo unos meses antes. Cuando él se enteró de que ella estaba enferma, él trató de regresar a casa, pero para entonces, Emma había terminado con la fiebre. Ella se puso en contacto con él a bordo del barco, le



dijo que no se preocupara, y le permitió pensar que había previsto un aborto. *Le dejo pensar:* la frase tenía un anillo inquietante.

— ¿Pero ella no lo tenía planeado? —Aerin preguntó.

— No.

La Dra. Livinski respondió a su pregunta, pero habló directamente a Dane. — Tu madre nunca pensó dejarte. Ella sabía que en el momento que tu padre volviera a la Caballería, sería demasiado tarde para terminar el embarazo, y supuso que tendría el tiempo para persuadir su manera de pensar. Pero en su camino a casa, el buque de tu padre fue desviado a Mindowan para eliminar diplomáticos aliados durante la rebelión. Cuando llegó, Gregory rastreó a Tony y trató de convencerlo a que se entregara. Para ese momento, tus padres y yo habíamos adquirido una cierta cantidad de respeto entre el gobierno. Nosotros hubiéramos declarado en su nombre, pero Tony se negó.

— ¿Así que la culpa fue de mi padre que nunca se reconcilió? —Aerin preguntó.

La Directora cuadró sus hombros. — Tony era un desastre. Se culpó a sí mismo por la muerte de su esposa, y Gregory lo sabía. Podría haber perdonado la discusión. Salvo que entonces Emma murió.

— ¿Cómo? —Aerin susurró.

— Yo la maté. —Las palabras corrieron de boca de Dane antes de que pudiera detenerlas. Se quedó quieto en la habitación, rompiendo el fuego, como congelado.

Los ojos grises volvieron a él cuando la Dra. Livinski sacudió la cabeza, otra cosa uniéndose a la firme nota en su voz. — Ella pudo haber muerto al nacer usted, pero era su decisión, su elección. El dolor casi destruyó a Gregory. La amaba tanto que no podía encontrar en él la culpa de ella, y no podía manejar toda la culpa en sí mismo por lo que la extendió alrededor. Culpó a Tony y lo tuvo definitivamente exiliado de la Alianza, acusándolo de traidor y de chivo expiatorio de la violencia en Mindowan.

Así que el padre de Aerin también había sido víctima de la cólera del General.



— ¿Por qué nunca aprendimos esto en la escuela? —Aerin susurró—. ¿Por qué es clasificado?

Dane sabía la respuesta, pero la Directora, fue quien explicó. Ella no midió sus palabras. — Como la pérdida de Mindowan como socio comercial fue el mayor revés al que la Alianza se ha enfrentado en el último milenio. Esto autorizó la expansión súbita del Sindicato, y en el momento de la toma del poder, a nadie en el Consejo le agrado admitir públicamente que el instigador detrás de la pérdida fue un traidor.

— ¡Él no era un traidor! —La voz de Aerin adquirió la furia que tuvo en su primer debate.

— Tal vez no. —La Dra. Livinski detuvo la tormenta—. Pero él era un ciudadano Aliado formado en nuestra mayor institución de aprendizaje. El Consejo no tenía ningún deseo de compartir ese hecho, y los miembros actuales, especialmente Gregory, nunca han sido obligados a corregir la historia. —La forma en que dijo la última frase, apoyada ligeramente hacia adelante, con la mirada clavada en Aerin, hizo temblar a Dane. Era un desafío.

— Mi padre hizo lo correcto —Aerin entró en la trampa—. Los ciudadanos de La Alianza deben saber la verdad.

Ella estaba en lo cierto, por supuesto. Su padre no había merecido ser elegido como la única causa de los problemas entre la Alianza y el Sindicato. Había cumplido con los ideales en el Manifiesto. Y no podía haber sabido que sus acciones terminarían en desastre.

Pero tampoco su hija debía hacer frente a las acusaciones que vendrían con el conocimiento público de lo que su padre había hecho en Mindowan. — Es tu secreto, Aerin. —dijo Dane—. Tú eres la única que necesita saberlo.

— Yo no me avergüenzo de mi padre. —Ella encontró la mirada fija de Dane—. Los secretos nunca me han... o a ti, —sus ojos parecían decir— hecho bien.

La Dra. Livinski se echó hacia atrás, con las manos descansando en los brazos rígidos de la silla. — Usted insiste en decirlo públicamente entonces.

Aerin enderezó su columna vertebral. — Lo haré si nadie más lo hace.



Finalmente la satisfacción velada emanó a través de la voz de la Directora.

— Voy a informar al resto del Consejo de su decisión, señorita Renning. No tengo ninguna duda de que la mayoría preferiría liberar los archivos clasificados por ellos mismos, en lugar de esperar a responder a una conferencia de prensa. Gregory, por supuesto, se disgustara. —Su atención se dirigió a Dane—. Aunque tu padre no siempre fue tan aficionado a los secretos. Tony no era el único blanco de su ira después de la muerte de tu madre. Gregory me echó la culpa porque mantuve en secreto la elección de Emma sobre tener el bebé. —Los ojos grises eran directos—. Y me temo, Dane, que te culpó a ti.

Ella sabía que su padre lo odiaba. El conocimiento hizo sentirse a Dane físicamente casi enfermo.

— Me he dado cuenta que algo andaba mal cuando trató de expulsarte de la Escuela al principio de año —dijo la Directora— pero sólo pensé que estaba poniendo a prueba mi autoridad. Yo lo rechacé —dio una irónica sonrisa— y a la mañana siguiente me desperté con una crisis de nervios. —Su sonrisa se desvaneció— Yo asigné a los dos a trabajar juntos, esperando que pudieran formar una conexión y convencer a Gregory finalmente de perdonar a Tony. Por supuesto, antes de que yo supiera que estaba muerto. Supongo que debería haberte expulsado, ¿pero que hubiera logrado?, excepto liberar a mis estudiantes más dotados en un inocente universo.

¿*Superdotado*? Nadie había llamado a Dane así nunca.

— No todos los estudiantes tienen un avión en el hangar del huso.

Y allí estaba la esencia amarga de esta conversación. En un breve comentario, ella le había recordado por qué estaba allí. Había violado la ley, y tenía la evidencia que necesitaba para condenarlo. Nada más importaba.

— Esta Escuela es el futuro de la Alianza —la Dra. Livinski continuó, con las manos enlazadas y apretadas— Se trata de la capacitación de líderes: los líderes que ven más allá de los problemas y de los conflictos de hoy para encontrar soluciones a largo plazo, los líderes que asumen riesgos y fijan objetivos más allá de las expectativas actuales, y los líderes que desafían lo que es seguro o popular —ella miró tanto a Dane como a Aerin— para defender lo que es moralmente correcto.



Las siguientes palabras de la Directora exigieron una respuesta. — ¿Por qué has venido a esta Escuela, Dane?

Se esforzó por hablar, decir algo, cualquier cosa para defenderse, pero las únicas palabras que vinieron fueron la verdad. — Para vengarme de mi padre.

— ¿Y tú, Aerin? —Preguntó la Dra. Livinski.

— No tenía otro lugar a donde ir.

La Directora hizo una pausa.

Dane luchó contra el silencio. Trató de convencerse a sí mismo para formar un argumento antes de terminar en la cárcel, pero todo en lo que podía pensar era que había perdido su lugar aquí y, con él, una salida a un futuro.

Las siguientes palabras de la Dra. Livinski confirmaron sus pensamientos.
— Ninguna de esas razones son lo suficientemente buenas.

No, no lo eran. Estaban lejos de ser suficiente. Pero tenía miedo de soñar con quedarse. No había sabido, cuando vino aquí, que ello se interpondría entre él y su padre. O que los profesores le animarían a pensar por sí mismo. O que se reuniría con Aerin, cuyos problemas eran peores que los de él y cuya voluntad era más fuerte y que le haría lamentar no poder tener un futuro en el que podría llegar a conocerla mejor. Ahora era demasiado tarde.

— Ustedes dos han hecho su mejor esfuerzo para deshacerse de la oportunidad de asistir a esta escuela —dijo la Directora— Y ustedes no se quedarán aquí como forasteros. Este no es un lugar para esconderse, o vengarse, o —arrugó la nariz— soplones. Si se quedan, lo harán como líderes.

La cabeza de Dane voló.

— Hay dos puestos restantes para los estudiantes en la Academia 7 el año que viene. —La Directora levantó una mano antes de que Dane o Aerin pudieran hablar— Si ustedes aceptan esos lugares y quedan por debajo de mis expectativas, las que les aseguro son astronómicas, saldrán de aquí a la velocidad de la luz. Quiero que ambos consideren si ustedes realmente desean



volver. Esta es una elección. Ustedes deben tomarla en base a la responsabilidad de hacerlo.

La realidad dio la vuelta y chocó en su interior. *Su elección*. La pulsación de los recuerdos del año pasado llegó a Dane a la vez: la demanda de Pete de que la invitación era el futuro de Dane y lo mejor era aceptarla; la acusación de su padre de que lo había engañado y no merecía estar ahí, y las palabras de la Directora hacía unos pocos minutos, las palabras que habían cambiado su vida. Su madre nunca consideró dejarlo.

Eso era algo, ¿no?

Aerin le observaba con expectativa remachada.

— ¿Te quedas? —Preguntó, sin importarle si oía el miedo en su voz.

Su sonrisa se volvió una risa. Había una luz en su rostro que jamás había visto antes. — Bueno, muy bien no puedo dejar el futuro del universo en tus manos — bromeó. Sus ojos brillaban. Bromeando. A pesar de todo lo trágico que había aprendido de sus padres, se había vuelto más segura de lo que jamás la había conocido.

— ¿Y tú, Dane? —Preguntó la Directora— ¿Te quedas?

— Sí. —dijo. Y finalmente lo creía.





CAPITULO 23: "LA FUENTE"

TRADUCIDO POR: Anne Iris Heaaven

CORREGIDO POR: Nanis

Aerin se escapó esa noche. Era una tontería, supuso, mientras deslizaba una pierna sobre la ventana y envolvió las manos alrededor de las sólidas ramas del árbol de arce. Con el semestre oficialmente acabado, no había toque de queda.

Y ningún monitor en el deber de impedir que simplemente caminara por las escaleras y saliera por la puerta principal.

Pero ella había elegido escaparse.

La ceremonia de graduación había durado hasta las altas horas de la noche, y mientras muchos de los estudiantes y sus familias se habían dispersado por toda la ciudad, todavía había demasiados en el dormitorio como para asegurarse de que su huida pasaría desapercibida. Y necesitaba completar esta misión en solitario.

Se facilitó su camino a través de las ramas entrelazadas, tomando el tiempo para disfrutar de su abrazo y su fuerza. Por ahora cada mano, cada punto de apoyo estaba impreso en su cuerpo de forma que ella no tenía que pensar acerca de la mecánica del ascenso. Y mientras tenía cuidado de no provocar algún ruido innecesario, la amenaza de un peligro real se había desvanecido. Era libre de dejar ir sus pensamientos esa noche.

Los grillos habían comenzado sus llamadas, y el coro de la rana proveía la melodía. Al tejer su camino hacia abajo, sobre una rama y en otro, la canción llevada a su clímax vibrante, a continuación, planificó su instante de silencio para que coincidiera con la última caída de sus pies en el suelo. Aerin sabía que el coro volvería a empezar dentro de un momento, y efectivamente, mientras se deslizaba en el jardín del laberinto, un anfibio solista comenzó a interpretar las primeras notas de la canción.

Los árboles le dieron la bienvenida a su quietud. Una pesada humedad había acechado durante el día, y mientras que la caída del sol había aliviado la opresión, ni siquiera el más pequeño soplo de brisa movía los vestidos de hojas



de roble y cedro. Esta noche, el jardín estaba en paz. A diferencia de la noche anterior.

O tal vez el jardín en sí no era tan diferente. Tal vez sólo los ojos y su corazón habían cambiado, en algunos aspectos y no en otros. ¿El jardín no la había llamado desde su primer día de llegada? Y la fuente, ¿desde la primera vez que había visto su reflejo espumoso?

Ella había respondido decenas de veces.

Pero esta noche, ella sabía por qué.

El recuerdo había llegado después de los otros, mucho después de la primera ola de la noche anterior en la que había abierto el cofre en el fondo de su mente, permitiéndose ver todos los momentos con su padre que habían estado clamando por atención estos últimos siete años. Los gritos y las lágrimas que habían escapado a través de ella a la vista del cadáver de su madre la habían conmocionado, pero también habían sido una liberación. Una desconocida e inimaginable liberación.

Había sido demasiado duro, en Vizhan, pensar acerca de lo que había perdido. Y después de su huída, había tenido miedo. Pero mientras que las simulaciones se habían cubierto con la pérdida, la ira y la muerte, también se habían llenado con su padre. Y le recordó que él no era una de esas cosas. Le había dolido, sí, recordar, pero el dolor había disminuido con cada recuerdo. Y al amanecer, Aerin había sabido que podía sobrevivir.

El recuerdo de la fuente, había llegado más tarde, esa tarde, por una vez estaba en paz. Se había presentado. Como un regalo. Ella había visto a su padre, alto y firme, como la había mirado cuando tenía siete u ocho. Ella se había enfadado con él porque se había negado a responder a su pregunta acerca de su madre.

La había llevado a un parque en un planeta cuyo nombre no podía recordar y la había llevado hasta la hundida cuenca de una fuente. Sabiendo que lo había hecho tratando de hacer un trueque por su perdón, ella tenía la intención de ponerse de mal humor. Pero esa fuente. Se había sentido enorme, con su borde redondo y largos lados inclinados. Había habido música. Y colores, verde brillante y rosa y azul fuerte habían bailado en el agua del arroyo.



Pero lo que más recordaba eran los niños: corriendo y gritando, mientras perseguían los rítmicos rociadores de agua, con la inevitable esperanza de la captura. Su padre le hacía señas para que se reuniera con los niños y niñas con sus ropas empapadas y movimientos salvajes. Y ella hubiera querido. Oh, ella había querido hacerlo.

Pero ella se había asustado. Los otros niños tenían hermanos y hermanas y amigos, alguien con quien jugar. Su padre se había ofrecido a ir al agua con ella, pero ninguno de los otros niños tenía a sus padres sosteniendo sus manos.

Y ella había dicho que no.

Lo había herido. La mirada en sus ojos había demostrado que él creía que había sido rechazado. Ella no había querido, pero estaba demasiado avergonzada para admitir su miedo.

En su lugar, ella se había sentado con su padre en silencio por un largo tiempo en la parte superior de la cuenca. Y envidiaba a los niños corriendo, jugando y riendo en el agua.

Nunca la había llevado de nuevo a ese parque.

Y ella nunca había preguntado por su madre. Pero Aerin tampoco le había explicado nunca acerca de su miedo a la fuente. Nunca se disculpó. Y tal vez nunca se perdonaría por no decirle toda la verdad.

Quizá por eso no había querido recordar. No sólo porque era miedo de sentir la agonía de su pérdida, sino porque le daba vergüenza de que, a pesar de su muerte y todo su amor, ella no había podido perdonar una sola cosa.

Hasta anoche. Cuando por fin había entendido por qué no le había dicho acerca de su madre. *Porque la amaba*, la amaba demasiado como para hablar de ella, y amaba demasiado a Aerin para compartir con ella el dolor de su pérdida.

Y ahora solo podría pensar en una sola manera de pedir perdón.

Voy a hacerte sentir orgulloso, le dijo a su padre en sus pensamientos. *Voy a demostrarle a todos que tú me enseñaste bien, que eras leal a los ideales del Manifiesto, y que mi lugar está aquí, en la Alianza.*



Ella ahora lo creía. A pesar de que no había sido el conocimiento de que era una ciudadana lo que había cambiado sus sentimientos. Había sido el idealismo de su padre y la valentía de su madre. Fue su legado lo que le había dado la confianza a Aerin para aceptar la oferta de la Dra. Livinski para volver. Y era el legado que debía asumir.

La fuente estaba esperando por ella. No tenía las luces fluorescentes o los altavoces ocultos, pero tenía el color, el verde profundo de la noche brumosa de la Academia y el brillante brillo de luz de la luna reflejada. Las ranas y los grillos seguían cantando, su música unida al *shhh* siempre presente en el rocío del agua.

Ella extendió sus manos, los dedos primero, dejando que interrumpieran el flujo perfecto. Con las manos abiertas y cerradas, tratando de capturar la esencia del vapor, pero en su lugar, el fresco líquido se derramó por sus muñecas y sus brazos, chorreando dentro de la piscina bajo sus codos.

Y luego entró en la lluvia, cerró los ojos, inclinó su rostro, y pensó con temerario abandono, *Yo no tengo miedo*.

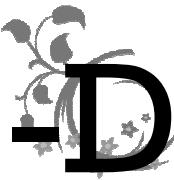




EPILOGO: “CASTIGO”

TRADUCIDO POR: cuketa_lluminosa

CORREGIDO POR: obsession

**D**ane. —Aerin dijo balanceándose sobre el andamio. La tabla se sentía caliente bajo sus pies descalzos, y el sol de mediodía caía sobre la frente. Sus manos golpearon los carriles que recorrían la longitud del tubo negro enfrente de ella. El espiral del eje. Inmóvil—. Creo que podemos haber subestimado a la Dra. Livinski.

— ¿Qué te da esa idea? —Dijo sobre el zumbido de la máquina de cortar de mano cuando él la guiaba a través de la superficie de ironite.

— Que ella nos sorprendió cada vez que rompimos las reglas, o que ella nos ha proporcionando una labor libre a miles de pies sobre la tierra. —Él curvó la máquina de cortar Ephesian hasta el borde y vio el pedazo de material sólido y negro que caía dentro de la cesta.

Aerin tiró de la cesta, comprobando los ganchos del sistema de poleas, y dejando los contenedores navegar por el suelo. Hizo caso omiso de la queja de él. — El hecho de que ella creó un castigo que nos ayuda a todos.

— ¿Ah, sí? —Dane apagó el interruptor. El zumbido disminuyó a medida que colgó la ligera herramienta en un poste cercano—. ¿Y qué? —dijo, sopesando su caja de almuerzo sobre su hombro— ¿Es tan grande el pasar nuestro verano reconstruyendo esta mortal trampa giratoria? —Agarró los rieles de los andamios y subió al lado de la espiral, no esperando una respuesta.

Aerin subió a su lado, asegurándose de colocarse en la pendiente.

Él enganchó la bolsa del almuerzo a la barandilla y le entregó una botella de agua. Ella peleó por la manzana, perdió la pelea, y cogió una nectarina en cambio, luego volvió a la anterior conversación.

— Bueno, desde la perspectiva de la Dra. Livinski, ella nos hace limpiar la suciedad de nuestros padres.



Dane gimió. — Yo debería haber sabido que este tuvo fue idea de la locura de mi padre. —Él dio un mordisco a la manzana y frunció el ceño.

Aerin sonrió, contenta de que ahora pudiese hablar de su padre. De acuerdo con la admisión a regañadientes de la Directora, el proyecto de la Bobina había sido el proyecto para ella y sus, una vez, unidos amigos. El simulador había sido el invento de Emma; el ascensor, el de Dr. Livinski, y los padres de Dane y Aerin eran los culpables de la espiral en movimiento.

— Tú sabes que ninguno de ellos nunca tuvo la intención de colocar en peligro a nadie. —Le recordó Aerin— Pensaban que el tubo impediría a la gente que continuase intentando entrar en el eje. Después de todo, ¿quién sería tan imprudente para volar en una cosa así? —Ella lo esquivó cuando Dane le arrojó la manzana.

— Como iba diciendo —él dijo— ¿Cómo cree la Dra. Livinski que desmantelar esta trampa mortal nos ayuda?

— Llegamos a estar aquí todo el verano. —Aerin respondió— Ninguno de nosotros tiene que encontrar un lugar para vivir o un empleo a corto plazo.

— Ciento, porque trabajar a miles de pies sobre la superficie del planeta es una posición cómoda, no queremos renunciar a eso.

Aerin se recostó en una mano y dio un mordisco a la suave nectarina. Su rico jugo fluyó por su lengua. Extendió sus pies descalzos en el sol y dejando que ellos disfrutaran de su calidez durante varios minutos y bajó la mirada a la escena siguiente, no al Gran Salón o sus alrededores, sino más allá de la pared exterior de los kilómetros y kilómetros de los edificios de la ciudad, parques, bibliotecas y librerías, sólo esperando a ser explorados. — Al menos estamos libres de viajar más allá del muro —dijo— todo el verano. Y no tenemos a nadie para supervisar nuestro trabajo.

— Tienes razón. —Dane se acercó, la sombra de sus ojos castaños estaba cambiando— Eso es un plus. —Se inclinó hacia delante, el pelo cayó frente a sus ojos, y bajó la boca como si fuera a besarla. Luego se detuvo, con sus ojos pidiendo permiso.



Los rayos del sol irradiaban por encima de los pies de ella, a través de sus piernas, sus brazos, su rostro.

No hubo estremecimiento, ni frío, ni un deseo irrefrenable de huir. Ella unió sus manos por detrás de su cuello, tirando de su boca más cerca. Y sentía el sabor caliente de seguridad cuanto los dedos de sus pies se curvaron.

FIN DEL LIBRO





ANNE OSTERLUND

Nació en el este de Oregón, creció en un rancho de trigo. Allí desarrolló un gran amor por la lectura y la escritura. Anne asistió a la escuela en un pueblo pequeño, donde participó en casi todo. Entre otros esfuerzos, participó en 4 producciones de teatro. Se especializó en Educación Primaria con los campos de segunda enseñanza en Español e Inglés, viajó a España, México, Grecia, Italia, Suiza, Francia y el Reino Unido como parte de su programa de pregrado.

Después de su graduación, Anne regresó al Este de Oregon donde enseñó a una serie de extraordinarios estudiantes de tercer grado antes de regresar a la escuela para obtener su Maestría de Educación de la Southern Oregon University. Se mudó a Washington Occidental, enseñó 4-6 ° grado en la Escuela de Asociación Orting.

Después decisión tomarse un año sabático de la enseñanza con el fin de escribir. Se mudó de regreso a Eastern Oregon y pasó ese año revisando *Aurelia* y tratando de aprender todo lo que pudo sobre la edición. Conoció a mucha gente grande, incluyendo a su futuro director, Angelle Pilkington, que caminaba por Silver Falls con ella y le daba consejos acerca de su manuscrito. Anne reviso un poco más y entonces lo envió por el correo. Comenzó su El segundo libro, obtuvo un puesto de enseñanza, y compró una linda casa. Se pasó el siguiente año aprendiendo el oficio en su nueva escuela, en la revisión de su segundo libro, y entonces *Aurelia* fue aceptado por Penguin Books donde firmó un contrato por dos novelas para adultos jóvenes, esperando la posibilidad de mas, porque ella tiene una gran cantidad de historias en la cabeza intentando escapar.



Otros Libros De La Autora

- *Aurelia*

<http://anneosterlund.com/>



Academy 7

Anne Osterlund



Traducido y corregido en el foro Purple Rose

Visítanos en:

<http://www.purplerose1.com>

